



AMY MEYER

Amor a la italiana

CAPITULO 1

Al pesto.

Aquí estoy, en Piamonte, machando los piñones con la albahaca y mezclándolo con el parmesano, el aceite de oliva y el queso de cabra. Empiezo a darle vueltas para que cuaje, solo queda triturar medio diente de ajo y echar una cucharada de sal y ... tachán ... ya tenemos la salsa al pesto.

La verdad es que cuando llegué a este pueblito de Piamonte se me cayó el alma a los pies, todo me parecía mortalmente aburrido, no hay discotecas, no hay tiendas de ropa, lo que es peor, no hay calzado ... tardes y tardes enteras me he tirado yo por Boston buscando calzado, probándome ropa, llenando bolsas y bolsas de abrigos , tacones, chaquetas, bufandas, guantes, gorros de lana y todo lo necesario para afrontar el frío de Pensilvania. Aquí, en pleno verano, apenas necesito más que un par de pantalones cortos y algunos polos y camisetas de tirantes. Se diría que mi padre, que ha sido quien ha organizado esta caza de brujas, sabía muy bien que no había distracciones que pudieran despistarme del objetivo de mi visita a esta región de Italia; aprender a cocinar.

Mi padre es el dueño de una cadena de restaurantes de comida de diversos países. En algún momento decidió que había llegado la hora de que dejara de gastar sus tarjetas de crédito y me pusiera a estudiar. Lo intentamos con contabilidad y fue un desastre. Los números me bailaban en la cara y me producían sueño. Yo no tenía la culpa, había crecido pensando que el dinero salía de algún árbol de frutos inagotables, nunca nadie me había explicado que la gente se levanta muy temprano, desayuna, se ducha y sin tiempo apenas de acabarse la magdalena se va a trabajar, es más, nadie me había dicho que el propósito del trabajo era poder mantenerse, criar una familia, sacar adelante unos hijos. ¿Qué quieres que te diga? Si nadie te lo explica, ¿cómo lo vas a saber? Cuando vine a descubrirlo tenía ya como catorce años y no fue porque nadie me lo explicara, fue porque yo misma lo vi cuando tuve amigas que no podían seguir mi ritmo de vida.

Una vez descubierto el gran secreto de la vida, ergo, trabajar para poder

vivir, descubrí otro aún más importante: Mi padre era rico, así que decidí disfrutar de esa vida que yo hasta ese momento no sabía que era privilegiada. No creo que hiciera nada malo. Ya que era una privilegiada ¿por qué no disfrutar de las ventajas de serlo? Y eso hice, sin hipocresías, sin complejos y sin disimulos.

—Así... despacito —dice mientras me coge por la muñeca y frena el ritmo en el que muevo la salsa.

El que acaba de hablar es Luca, el profesor de comida italiana, el ingrediente principal que yo le echaría a todas las salsas de mundo. Italiano hasta la médula, moreno, ojos verdes, piel bronceada, sonrisa fácil y ese gusto por la vida que parecen tener todos los italianos. Con toda la razón dicen que los hidratos de carbono generan felicidad, engordar, engordan, no nos engañemos, pero una se come un plato de pasta con salsa al pesto y se siente en la gloria.

Luca recoge con su cuchara un poquito de salsa y se la lleva a los labios. La degusta lentamente, la paladea. Yo miro como sus labios se mueven mientras lo hace y mi imaginación vuela. ¿Me pasa esto solo a mí o a todas las alumnas? Lo digo porque no puedo evitar imaginar esos labios saboreando otras cosas delicadas y deliciosas. Soy una cochina.

—¿Cuanto sale hai messo? —Pongo cara de idiota mientras mi mente intenta traducir sus palabras al idioma español, mi lengua materna, o al inglés. El sonrío comprensivo y el cielo se abre haciéndose aún más luminoso—. ¿Cuánta sal le has puesto? Está muy salada.

Veamos, contando con la pizca de sal que he tirado por mi hombro izquierdo y que ha debido caer en la salsa de la alumna que tengo detrás, creo que lo correcto.

—Una cucharada pequeña, tal y como dijiste. —Si él se ha equivocado no es mi culpa.

—No, yo dije media cucharada.

Me giro buscando un apoyo. No estoy dispuesta a consentir que me diga que lo hice mal cuando la culpa es suya. Me encuentro con la mirada de carnero degollado de Sally, otra americana pero mucho menos disimulada que yo que con voz engolada dice:

—Dijo media, profesor. —Idiota, las amigas se apoyan, ahora ya no pienso dirigirte la palabra, pava.

Luca vuelve a remover la cuchara en la salsa que ya está demasiado

espesa. Se la lleva de nuevo a los labios. Paladea, entorna los ojos y dice:

—Lleva pocos piñones y demasiada harina, por eso está espesando tanto. No noto el queso de oveja por ninguna parte —mierda, olvidé echarlo —lo único que encuentro en su punto es la albahaca —no me extraña, le he echado el ramo entero —y el queso parmesano.

Genial, de siete ingredientes solo he cuadrado dos. Me parece a mí que la cocina no es lo mío tampoco, por lo menos para las salsas estas de las narices. Luca se aleja después de decir su veredicto como si estuviera en un concurso de la tele y se coloca junto a la mesa de cocinar de Sally. Remueve la cuchara en la salsa de la asquerosa y dice:

—Maravilloso, increíble. Está en su punto. Muy bien, Sally.

Sally me mira de reojo. Hija mía, ni que hubieras ganado el Masterchef, no te jode la pava.

—Ahora vamos a echar la salsa pesto que cada uno ha preparado en el plato común de pasta y vamos a comer.

Hala, hala, alegría. Cuando me dispongo a echar mi sabrosa salsa Luca me detiene.

—Lo siento, principessa. —No dice nada más, pero es suficiente para que sienta como los ojos me pican y luce para no llorar.

El mundo es duro, lo sé, o tal vez no lo sé y lo esté descubriendo ahora. Odio a Sally moviendo su melena de rizos rubios y parpadeando sus ojos azules delante del profesor. ¿Les gustarán a los italianos estas mujeres con aire añinado tan típicas en Estados Unidos? Pues seguramente porque él la vuelve a felicitar con entusiasmo para satisfacción de ella. Me cae gorda.

Alguien abre una botella de vino. Por algo Piamonte produce los mejores vinos italianos, los que se exportan a todo el mundo. La botella que sostiene un chico en el que me fijo por primera vez es igualita a una que le encanta comprar a mi padre.

—¿Alguien sabe que vino es? —pregunta Luca.

Esta es la mía. He oído hablar a mi padre cien mil veces de sus barbarescos.

—Es un Barbaresco, la cepa es el Nebbiolo, la uva más difícil de producir. Si el vino ha madurado durante el tiempo adecuado en una bodega tendrá un aroma afrutado y dulce, sino resultará seco y astringente. —Chúpate esa Sally, pienso mientras la veo como me mira con la boca abierta.

Por supuesto yo no tengo ni la más remota idea de vinos. He recitado de

memoria lo que le escucho decir a mi padre cuando tenemos invitados y les saca un barbaresco. Seguramente él también lo habrá memorizado para quedar bien y no tiene ni pajolera idea de lo que significa la parrafada. Pero a mí me da igual. He hundido a Sally en la miseria. Mi salsa pesto no ha salido bien pero cómete ahora la cara de respeto con la que me mira Luca.

Ingredientes para la salsa pesto:

15 gramos de albahaca fresca

50 gramos de piñones

30 gramos de parmesano

30 gramos de queso de oveja

Un diente de ajo

Media cuchara pequeña de sal

Un chorrito de aceite de oliva extra virgen

CAPÍTULO 2

Salsa cuatro quesos.

Suena el despertador a las siete de la mañana. Joder, ¿de verdad para aprender a cocinar pasta italiana hay que darse estos putos madrugones? Lo siento, soy una mal hablada, una maleducada, tengo genio y soy muy irritable. Razón: No estoy acostumbrada a madrugar. Seguro que Sally se levanta de la cama de un tirón y se pone sus mejores galas para ir a la clase de Luca, pero vamos, yo ni por Luca ni por nadie me doy estos madrugones, lo hago porque me está obligando mi padre.

Creo que debo decirte la verdad. Una verdad ineludible que me ha traído hasta Italia. No es que yo sea una gran chica que de repente descubrió que la gente suda la gota gorda para comer cada día, te digo más, poco me hubiera importado eso si hubiera seguido llevando mi vida... bueno, mala del todo no soy, quizás alguna obra benéfica, después de todo ¿quién no puede ser generoso cuando le sobra? Pero no, lo reconozco, no soy una convertida, la verdad inevitable es que ...¡me anuló todas las tarjetas! También dejó de darme efectivo y me dijo con una voz cavernosa “a partir de ahora si quieres gastar dinero tendrás que ganarlo tú”. Ese fue el momento más amargo de mi vida.

Soy joven, quiero decir que gracias a Dios o a Dio, como dicen los italianos, en mi corta vida no pasé grandes tragedias, pero claro, tengo solo veintiuno, vete tú a saber más adelante. No me quiero poner trágica pero precisamente se trata de eso... disfrutar mientras se pueda, no termino de entender porque mi padre no lo comprende. Yo lo veo muy claro. Todas las grandes familias empezaron por un gran tipo que partiendo de cero construyó una fortuna. Alrededor de ese tipo hay dos clases de personas ; unas, las que intentan conservar la fortuna y hacen como que trabajan, puede que alguno de estos trabaje realmente aunque la mayoría no hubiera llegado a nada si no fuera por el primer gran hombre de la familia (el que consigue la fortuna, o sea, mi padre), y luego estamos los otros, los que valoramos muchísimo la inteligencia y la tenacidad del que se hizo rico de la nada, pero como sabemos

que nunca vamos a llegar a tener ese talento pues simplemente nos dedicamos a vivir. Generalmente solemos ser familia íntima por lo que el gran patriarca nos aguanta. Te cuento todo esto para que te hagas una idea. No es por vaga, es que no me gusta ser hipócrita.

Me pongo un short y una camiseta blanca de tirantes. Menos mal que me traje buenos sujetadores porque estas camisetas no aguantan con argumentos un busto pequeño como el mío. Después de ponerme unas sandalias con algo de cuña salgo decidida a mi clase de cocina.

El móvil suena.

—¿Qué tal, hija, estás aprendiendo mucho?

—Sí, papá, mucho —no le voy a quitar la ilusión al pobre.

—¿Qué has aprendido a hacer?

Mmmmm... ains, me sabe mal mentirle pero no quiero decepcionarlo.

—Uy, ya domino todas las pastas italianas, y ahora estoy aprendiendo a hacer salsa. Hoy vamos a hacer una de cuatro quesos.

—Muy bien, hija —me dice lleno de orgullo—. Puede que hasta termines de chef en uno de nuestros restaurantes.

La culpabilidad me puede y cuelgo el teléfono. Ni en un millón de años sería yo una gran chef, vamos, es que ni siquiera una buena cocinera, si yo creo que no me han echado del curso porque mi padre es quien es.

A lo lejos diviso el grupo de alumnos en torno a Luca. Uno de ellos me sonrío. Es el del otro día, el que sostenía la botella de barbaresco. Americano, sin duda, tal vez de Florida porque es rubio y con los ojos azules pero su piel está bronceada del sol y su aspecto es muy saludable. Dicho de otra manera para que nos entendamos, está muy bueno. ¿Más que Luca? Tendría que meditarlo porque son dos estilos distintos.

—Casi nos íbamos sin ti —dice Luca.

No respondo a su sonrisa de bienvenida.

—¿Por qué está todo el mundo fuera en lugar de en clase? —pregunto sin esforzarme en ser simpática.

—Vamos a la quesería a escoger los quesos —ya claro, que novedad, si es una quesería es para comprar quesos, si fuera una huevería sería para comprar huevos. A ver si se ha pensado que soy idiota. —Hoy elaboraremos salsa cuatro quesos ¿recuerdas?

—Claro que lo recuerdo —digo con tono de fastidio que él prefiere pasar por alto.

Vamos caminando por una pequeña calle de adoquines. Aunque hace calor se puede soportar muy bien con la brisa ligera que corre. Se coloca a mi lado el chico del barbaresco.

—Soy de Florida —Bingo, tal y como yo había supuesto. A lo mejor debería convencer a mi padre de que en lugar de chef debería ser detective. — Me llamo Romeo.

—¿Romeo?, ¿cómo el personaje de Shakespeare? —Asiente con la cabeza. —Me gustaría decirte que soy Julieta, pero la verdad es que me llamo Clara, Claire para mis amigos de Nueva York. ¿Y tu apellido?

—Encantado, Claire, espero ser también tu amigo. Somos los dos únicos americanos del grupo.

—Estás olvidando a Sally.

—Ah, la pestañazos —dice risueño.

—¿Tu también has notado como tontea con el profesor?

Ambas carcajadas, la suya y la mía, resuenan en el aire haciendo que el resto del grupo nos mire.

—Walls —dice él bajando la voz —Romeo Walls.

—Holmes —le respondo aún sonriente —Claire Holmes.

Un olor fétido llena el aire. Seguramente estamos llegando a la quesería. Eso pienso cuando ante mi vista se abre un pequeño y abarrotado mercadillo lleno de puestos de quesos. Caminar por las calles de los diversos pueblos de Piamonte es una experiencia maravillosa; fachadas de piedra conservadas pero con ese toque recio de antaño, tejados de tejas brillantes y rojas, vegetación abundante, verde en diversos tonos eucaliptos y pastel, olores naturales mezclados con los urbanos ... único, pero en este momento el olor lácteo del queso fermentado se hace difícil para mis fosas nasales.

—Vamos a coger ya el fontina —dice Luca.

Oh Dios, no puedo soportarlo, el olor es insufrible. Hay quesos por todas partes, unos envueltos en hierbas aromáticas, otros rociados de licor, algunos incluso con bichos dentro, fermentados, curados, derretidos, en lonchas, rallados, todos los quesos del mundo mundial. Tengo ganas de vomitar, no puedo aguantar. Contengo una arcada pero mi estómago no se detiene y provoca otra. Esta vez no puedo contenerla. El líquido asqueroso sale de mi boca sin compasión e inundo todo el puesto con mis asquerosos líquidos. Romeo me coge de la cintura cuando me ve temblar. Veo que Sally se ríe sin ningún disimulo. Hija de la gran puta, ya me las va a pagar.

—Romeo, acompáñala a clase. Yo iré en cuanto haya cogido todos los quesos.

Bueno, por lo menos me libro de la tortura de derretir semejante asquerosidad para mezclarlo con la pasta. No quiero ir a clase, me siento en el banco de un delicioso parque a la sombra de unas enormes encinas que dibujan ondas verdes movidas la brisa. Miro a mi alrededor. Piamonte podría ser tan hermoso si no fuera por esta penosa obligación del curso de cocina.

—¿Por qué estás aquí, Claire?

—Es largo de contar —le respondo mientras me sumerjo en sus ojos azules como el Mediterráneo.

—Io ho molto tempo —me dice en un perfecto italiano. Yo apenas lo chapurreo.

—Así que tienes mucho tiempo... muy bien, mi padre quiere que llegue a ser la chef de alguno de sus restaurantes.

—¿Restaurantes italianos? —me pregunta intrigado.

—Italianos, franceses, españoles y mexicanos, los tiene de todos los colores.

—¿Y qué pretende, que hagas un tour alrededor del mundo para estudiar cocina?

—Creo que sí —respondo riéndome.

—Pero vamos a ver, Claire, ¿a ti te gusta cocinar? —Niego con la cabeza —. ¿Y él lo sabe? —Vuelvo a negar—. ¿Y por qué no se lo dices?

—No me atrevo. —Romeo me mira con una ceja arqueada—. Toda mi vida despilfarré su dinero, por eso él ya no tiene paciencia para escucharme. Mi padre es un trabajador incansable pero yo no heredé nada de su constancia.

—No se le puede llamar trabajador a un tipo que tiene una cadena de restaurantes.

—Si por trabajador entendemos a una persona que trabaja mucho desde luego mi padre lo es. Hizo su fortuna él solo con su trabajo y su tesón.

—Admirable —dice Romeo.

—Sí, ¿cómo voy a decirle que soy un desastre, que se me queman las salsas, que me desmayo con el olor a queso?

—No tienes que contárselo en detalle, simplemente debes explicarle que no deseas ser chef de cocina, que hay otras cosas que te gustan más.

¿Otras cosas que me gustan más?, ¿cuáles? Me paro a pensar y no consigo dar con ninguna de esas cosas. No creo que comprar zapatos sea algo que se

pueda considerar un trabajo productivo.

Romeo debe notar la expresión de mi cara porque dice:

—Debe haber algo que te guste hacer.

—Que sea productivo, no.

—Tal vez puedas ser la encargada de las relaciones públicas en los restaurantes de tu padre.

—Ya lo intentamos pero no funcionó.

Eso parece haberlo sorprendido mucho.

—¿Por qué no funcionó?

—No me gusta que se trate mal a la gente —. Él vuelve a arquear sus cejas en un gesto que ya me es familiar. —La gente que va a comer a los restaurantes de mi padre son millonarios, acostumbrados a que todo el mundo hagan caso de sus órdenes, no me gusta como tratan a los camareros, no me gusta la forma que tienen de exigir las cosas en lugar de pedir las cosas con educación. No soporto a los clasistas y todos ellos lo son. Después de discutir con varias personas por este motivo y hacer que mi padre perdiera clientela decidió que no era lo mío.

—¿Lo decidió tu padre?

—Sí.

Pareció quedarse en otro mundo durante un largo minuto en que me refugié en los giros vaporosos de las nubes que cubrían el cielo de Piamonte.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Nada, no quiero hablar de más.

—Oh vamos, Romeo, di lo que sea, yo te doy permiso —digo bromeando.

—No sé, no me parece bien que te despidiera por defender los derechos de la gente más humilde, o por llamar la atención a un superado de la vida por sus malas maneras. Tu padre se equivocó ahí.

Puede que lleve razón, yo misma lo pensé en ese momento, no era justo, si esta gente no fuera tan soberbia no habría habido lugar a ninguna discusión. Sin embargo, es algo en lo que no quiero pensar demasiado.

—Romeo, no me has contado qué es lo que has venido tú a hacer aquí. ¿Te gusta cocinar?

A pesar de que advierto la sombra gris que le cruza la frente como si su mente hubiera ido a algún lugar poco agradable, le escucho decir:

—Sí, mucho. Pretendo abrir un restaurante de comida italiana en Florida. De momento trabajo en uno de los mejores restaurantes de la zona.

No sé porqué pero no me encaja mucho lo que dice. Un chico americano trabajando en un restaurante de cocina italiana. Claro que en Estados Unidos puedes ver cualquier cosa, desde un chino bailando flamenco hasta un esquimal tomando el sol, pero, a priori, son cosas difíciles de imaginar. Eso es lo que me pasa con Romeo; que ni me cierra su nombre ni que sea cocinero.

—Tal vez debamos volver a la clase con Luca. ¿Crees que habrán llegado ya con los quesos? —le pregunto.

—¿Y tú crees que vas a poder soportar el olor?

Estoy tentada de decir una perogrullada tipo “si estás conmigo, sí” pero gracias al cielo contengo mi entusiasmo. Ahora no tengo ya dudas de que Romeo está mucho más bueno que Luca.

Salsa cuatro quesos:

75 c.c. de nata líquida

20 gramos de queso fontina

15 gramos de queso azul

20 gramos de queso parmesano

20 gramos de queso gruyere

50 c.c de salsa bechamel

Nuez moscada

Pimienta negra molida.

CAPÍTULO 3

Amaretti de chocolate.

Amaretti en italiano significa amargo, razón por la que estas galletas elaboradas a base de pasta de almendras amargas saben a rayos como no les echas azúcar por un tubo. Esto último lo sé porque me lo ha dicho Romeo. Ayer por la noche me escribió un whatsapp en el que me decía que le había llegado a través de Sally (recordemos, Sally la babosa que le hace ojitos al profesor...¿y qué hace Romeo hablando con Sally?) que lo que íbamos hacer el día siguiente en clase era un postre italiano, unas galletas típicas de la gastronomía milanesa. Todo mi concepto de “milanesa” hasta la fecha era la pechuga de pollo pasada por huevo y pan rallado. Ni la más remota idea de que una milanesa pudiera ser una galleta. Ese mensaje iba respaldado por una página web en la que se detallaba como se hacían las biscotti italianas, junto con la recomendación de que les echara más azúcar que en la receta indicada porque si no quedaban amargas.

Y ahora, ante la mirada atónita de Luca, mis galletas y las de Romeo son las que mejor han quedado. Las de Sally están incomibles. Ahora, yo digo una cosa ...¿cómo sabía Sally que se iban a preparar las galletas?, ¿tal vez se lo confesó Luca entre gemidos mientras follaban como locos en el apartamento de él? Lo digo porque si no, dime tú como ella se ha podido enterar. Y otra cosa más, vamos a ver, ya podía Luca haberle dicho lo del azúcar a ella, porque de que hayan follado no estoy segura, pero de que no tenía ni idea de que había que echarle más azúcar de lo indicado estoy super mega segura.

—Maraviglioso, principessa —me dice Luca. Juraría que Sally se ha puesto verde.

Sally se acerca a Romeo y a mí con paso cauteloso. Nosotros fingimos que no la vemos pero eso no la detiene, ella está dispuesta a sacarnos la información.

—¿Cómo habéis sabido lo del azúcar? —dice mientras la vena de su cuello se hincha rebelando un chupetón reciente.

Romeo y yo la miramos atónitos. ¿Dónde está el dulce ángel de celestiales

ojos? Joder, esa vena la hace parecer una vampiresa.

—Acabo de hacer una pregunta —insiste irritada.

Me doy cuenta de que me mira a mí, exige una respuesta mía con los ojos de cejas levantadas y la mirada fija. ¿Y a mí que me cuenta la loca esta? Me pone la mano en el brazo.

—Contéstame, Claire Holmes.

—Eh, eh, eh, cuidadito, me quitas la manita de encima ya, bonita —mientras pronuncio estas palabras, no sin cierto temor, le quito la mano de mi brazo intentando intimidarla, o por lo menos parecer alguien intimidante, porque no nos engañemos, yo no asusto ni a un conejo.

—Romeo —dice con voz chillona. Menos mal que ha resultado mi medida intimidatoria, aunque puede que ni le haya movido un pelo y crea que el otro interrogado es más fácil —te dije a ti que hoy teníamos amarettis en la clase de Luca. ¿Por qué se lo has dicho a ella?

—Sally, estás levantando la voz lo suficiente para que el resto de nuestros compañeros nos miren —le responde Romeo.

—También Luca está mirando, querida —añado yo.

—Tal vez sea mejor que hablemos esto en otro momento —le aconseja él.

Ella echa un vistazo alrededor. Comprueba que, efectivamente, está llamando la atención de los demás que han dejado de comerse los amarettis para intentar pillar algo de la conversación que, a todas luces, se adivina tensa.

—Creí que podía confiar en ti —aunque su tono de voz es mucho más bajo que el anterior sigue sonando indignada.

—Sally —le digo—. ¿no estás exagerando un poquito? Por el amor de dios, esto es solo un curso de cocina. Romeo me dijo que hoy se harían las galletas porque sabe que no se me da bien cocinar y añadió que el secreto estaba en el azúcar porque lo había visto en una web, eso es todo, tú misma podrías haberlo visto en la red.

—Puede que para ti no signifique nada porque eres una niña de papá pero yo me estoy jugando mi puesto de trabajo y mi dinero, que nadie me dio, para pagarme el curso. Aprende a respetar el trabajo de los demás, Claire Holmes. Y en cuanto a ti, Romeo, deberías ser más selectivo en cuanto a tus ayudas. ¿Qué le puede pasar a una alumna cuyo padre es dueño de una cadena de restaurantes? Por favor, le van a dar el título sin ni siquiera saber cocer un huevo. Qué bueno haberme dado cuenta de la clase de persona que eres.

Joder, joder y joder. Vale, yo no sé cocer un huevo, mi padre tiene una cadena de restaurantes, no me va a pasar nada si suspendo, de hecho, creo que incluso tiene razón y me aprobarán por muy mal que lo haga... pero oye ¿es necesario ser tan cruel conmigo? ¿por qué será que duele tanto que alguien te hable tan claro?

—Sally, no tenía ni idea de que el curso fuera tan importante para ti —le digo.

Ella no me contesta, mantiene una batalla no verbal con Romeo que la sigue mirando fijamente. Ella no se acobarda. Me está empezando a gustar la Sally. Una en la vida siempre valora en los demás aquello de lo que carece y Sally tiene un par de cojones si es verdad lo de pagarse ella misma el curso para no perder su puesto de trabajo. Supongo que para alguien así yo debo ser una especie de sanguijuela.

—¿Che succede qui? —pregunta Luca. No me gusta la gente tan inoportuna, con lo entretenida que estaba yo esperando la respuesta de Romeo.

De repente noto un click en mi interior, un giro de pensamiento de 360 grados. Ya no pienso que Sally sea una trepadora. Puede que se haya acostado con Luca, pero si está tan desesperada por no perder su trabajo se puede justificar. Vamos a ver, no es que yo defienda que nadie se acueste con su jefe, pero hay que tener en cuenta las circunstancias de cada persona antes de juzgarla.

—Sally nos estaba felicitando por el sabor de nuestros biscotti amaretti y nos preguntaba cual había sido el secreto —me apresuro a contestar a Luca de una forma totalmente convincente, lo que hace que tanto Romeo como Sally me miren sorprendidos.

—Ah, molto bene, eso me gusta, que mis alumnos sean solidarios con los demás. Por cierto, principessa ¿cómo sabías lo del vino barbaresco?

Y, cómo no, la cagué como siempre al decir una frase que hizo parecer de nuevo una niñata rica:

—Bueno, es el vino de mesa en mi casa.

Amaretti de chocolate:

120 gramos de almendras tostadas

120 gramos de azúcar glas

120 gramos de chocolate negro al 85%

1 clara de huevo

15 gramos de canela en polvo

1 vaina de vainilla

CAPÍTULO 4

Espicias.

Solo hay una cosa que me gusta de las clases de cocina; el origen de cada ingrediente. Mientras Luca va contando como especias como el orégano y la pimienta negra se traían de Asia para aromatizar las comidas a través de la ruta de la seda, yo me quedo embobada imaginando mundos lejanos donde los barcos tardaban meses en llegar a Europa y como desde Italia aquellas hierbas que igual servían para dar gusto que para conservar los alimentos, se distribuían por el resto del mundo.

En los días anteriores también he notado esta nueva pasión que crece en mí hasta el punto que el día de la clase sobre los quesos, ese fatídico día en que como una moñas me desmayé del olor tan fuerte al llegar al mercadillo, estuve consultando los orígenes de aquella salsa, de donde procedía cada queso, cual era la diferencia entre uno y otro, y así, entre fontinas y quesos parmesanos transcurrieron dos horas en las que mi móvil volaba de web en web para saciar mi curiosidad. Era la primera vez en mi vida que me ocurría algo así, la única vez que no usé el móvil para conectarme a mis redes sociales, o para hacerme una foto que luego subiría a mi muro. De alguna manera me sentía bien, como si un hueco vacío dentro de mí (y no es mi cabeza) se estuviera llenado de cosas nuevas que, para mi sorpresa, no precisaban usar tarjeta de crédito.

Últimamente he pensado muchos en las palabras de Romeo, en aquella pregunta que me hizo el día del mareo sobre qué era lo que a mí me gustaba hacer y yo me quede en blanco tratando de encontrar una respuesta que no costara dinero. Me siento bien, tengo que reconocer que me empiezo a sentir bien.

—Eso es maravilloso, hija, al fin noto entusiasmo en tu voz.

O sea, que no había colado todo aquello de que era la mejor haciendo la pasta al dente, joder, con el trabajo que me costó mentir.

—¿Y por qué te alegras tanto, papá? Que me guste saber el origen de los

ingredientes de cocina no garantice que aprenda a cocinar.

—Hija, nuestros restaurantes cuentan con los mejores ingredientes de cada país, tal vez podrías dedicarte a esa parte.

Y el entusiasmo sigue creciendo y creciendo hasta el punto de que rallo la nuez moscada con una ilusión que me hace tatarrear *Il mondo de Jimmy Fontana*.

Luca me mira y sonrío. Dice que le gusta ver como la gente disfruta en la cocina. Sally le sigue con la mirada recelosamente. Tengo que abordar a esta chica pero tiene tan mal carácter que no sé cómo hacerlo. Me fijo en su cuello, el chupetón sigue estando ahí pero más claro, igual se ha echado algo de maquillaje.

—Sally —le digo—. ¿puedes ayudarme a machacar la vaina de vainilla?

Ella me mira sorprendida y busca con la mirada a Luca para que le dé su aprobación. Después de que él asienta con la cabeza me sonrío y se coloca a mi lado. Es la primera vez que la veo sonreír.

—Mira, es mejor que pongas la hoja del cuchillo aquí , así ¿lo ves? Ya verás que pronto sale el polvillo.

Una nube de olor dulzón nos envuelve. Realmente esta chica tiene manos de ángel para la cocina.

—¿Eres cocinera, Sally?

—Sí —dice ella por toda respuesta.

—Me gusta la gente tan profesional como tú que siempre quiere aprender. Es admirable que en tus vacaciones quieras aprender más sobre tu trabajo.

—Bueno, si fuera por decisión mía seguramente estaría disfrutando aún más porque estaría relajada, en realidad el restaurante en el que trabajo me pide una titulación sobre comida italiana.

—¿En serio?

—Sí, y lo peor es que ni siquiera me ayudan a costearlo. He tenido que pagar con mi sueldo el viaje a Italia y la estancia, también el curso por supuesto.

—Pero eso es injusto, —ya poco importa la vaina de vainilla y el polvo que se mueve en forma de minúsculas virutas a nuestro alrededor —la formación tendría que correr a cargo de la empresa.

—Así debiera ser, por supuesto.

—De eso me gustaría hablarte —le digo. —He pensado algo pero no sé si puede llegar a molestarte.

Ella me mira entornando los ojos. Puede que esté tratando de decidir si soy o no de fiar. Me imagino que para una currante como ella yo soy persona non grata. No pasa nada, yo lo entiendo perfectamente. Si ella fuera yo y yo fuera ella la odiaría. La llamaría niñata, mantenida, regalada... sin embargo, ella sonrío al fin y me contesta:

—No sé cuál es la clase de mañana. Sé tanto como tú o Romeo, pero si quieres que te ayude a manejar las recetas básicas para que no vayas tan perdida estoy dispuesta a ayudarte. Podemos quedar para cocinar juntas cuando quieras.

Oh Dios, ¿cómo he podido ser tan idiota y juzgar mal a esta chica? Ahora a ver como le digo que lo que quiero es pagarle el curso y los gastos que ha tenido. Claro que también he escuchado decir a mi padre muchas veces que hay que tener cuidado de no molestar a la gente cuando decidimos ser generosos, que hay que dejar bien claro que lo hacemos porque creemos firmemente que esa persona vale mucho porque de lo contrario podemos estar ofendiéndola. Pues lo llevo claro, teniendo en cuenta las pocas habilidades sociales que tengo no me voy a saber explicar y me va a mandar a la mierda.

—No se trata de eso pero estaré encantada de que me ayudes. Lo paso mal hasta para cocer pasta —la carcajada de ella me recuerda que no es una mala persona y me vuelvo a sentir mal de haberla juzgado con tanta ligereza. —En realidad me gustaría hablarlo a solas ¿tomarías un café conmigo al salir de clase?

—¿Mejor porque no comemos juntas en la Plaza Saluzzo? Es un lugar de muchísimo ambiente y deseo conocerlo, solo está a una hora en coche

Acepto la invitación encantada y después de oler, machacar y aromatizar unas cuantas ramas de albahaca salgo de clase dispuesta a conocer uno de los mejores lugares de Piamonte; Turín. Sentadas frente a dos platos rebosantes de tallarines bañados en crema de leche y hierbas aromáticas, le cuento a Sally mi propósito. Presto atención a mis propias palabras para no ofenderla.

—Sé que sabes quién soy, Sally.

—Discúlpame aquel día en que fui tan desagradable. Estoy muy arrepentida porque me he dado cuenta que eres una buena chica, un poco torpe en la cocina pero buena chica —dice riendo.

—No te equivocabas. Realmente estoy haciendo este curso por complacer a mi padre pero como bien sabes no es lo mío —. Me abstengo de comentarle que acabo de descubrir una pasión en mi vida y ha sido gracias al curso. —Me

parece injusto, tal y como te dije hace un rato, que alguien que trabaja tanto como tu tenga que gastar su sueldo en formación que debería correr a cargo de la empresa. Puede que no sepa cocinar pero mi padre está en el mundo de los negocios y jamás consentiría algo así. Es por ese motivo que me he decidido a hablarte. Por favor, no me malinterpretes, no está en mi ánimo ofenderte y te ruego que no lo tomes así, si me he decidido es porque no me gustan las injusticias y me parece que tienes muchísimo talento. —Nada, que no termino de decidirme a decírselo mientras no vea una expresión afable en su gesto. Ella me mira con los ojos fijos, concentrados, escuchando mi explicación. Yo me quedo callada... ¿no se supone que ella debería decir algo como “adelante, te escucho”? Pues yo me pienso quedar callada hasta que ella diga algo.

Durante unos segundos que me parecen eternos simplemente me mira, y finalmente, me dice:

—Sigue, mujer, que me tienes en ascuas.

—Ah, vale... quiero pagarte el curso y los gastos que tengas durante tu estancia en el país.

Abre mucho los ojos y pregunta:

—¿Cómo?

—No lo hago por ir de superada, créeme, yo he trabajado con los empleados de mi padre y sé muy bien que hay mucha gente clasista en el mundo que los tratan como si fueran sus siervos y no personas que se ganan la vida. Me gustaría mucho que aceptaras mi propuesta, además si me das clases a cambio es como si te estuviera pagando por tu trabajo.

—¿Esto lo has consultado con tu padre?

—Sí y está completamente de acuerdo. —No era del todo cierto. Le había dicho que los pisos en Piamonte eran carísimos y todo lo que necesitábamos para el curso también. Pero en algún momento le diré la verdad, lo juro. Tal vez cuando le propongo que contrate a Sally como chef.

—Pero yo no puedo aceptar esto, es muchísimo dinero —me dice ella. Uf, nunca me imaginé que encontraría tanta oposición por parte de quien tiene que recibir el dinero.

—Piénsalo, a mi no me cuesta ningún trabajo y tu eres verdaderamente buena en la cocina.

Sally lo medita durante unos segundos.

—Está bien, solo si realmente te enseñó a cocinar.

—Perfecto —le respondo yo.

Puede que al final Sally llegue a convertirse en una gran amiga. La vida da sorpresas constantemente, a veces buenas, a veces malas, nunca se sabe quién, ni cómo, ni cuando... tenemos que irlo adivinando. Puede que me equivoque y Sally sea una arpía que sabe venderlo muy bien, o puede que sea una buena chica que hace lo posible por sobrevivir. Me vuelvo a fijar en el chupetón casi desaparecido de su cuello. En algún momento espero tener la suficiente confianza como para preguntarle quién se lo ha hecho.

Espicias más usadas en Italia:

Albahaca

Orégano

Romero

Tomillo

Hinojo

Cebollino

Pimienta negra

Salvia

CAPÍTULO 5

Spaguetti a la carbonara.

¿Qué pasa, te parece un plato muy sencillo para aprender a hacerlo? Pues yo no me aclaro con la mantequilla, ” el burro ” que dicen los italianos. No sé si echarle una cucharada o dos, si es mejor comprarla salada o añadir luego la sal, y si la compras ya con sal ¿entonces ya no le echas más? Y los ingredientes, vamos que en unos sitios te ponen carnes frías, en otros embutidos, en otros setas... es un lío y yo no valgo para esto, razón por la que entro en el salón donde he dejado a Sally que vino esta noche a ayudarme a hacer la cena.

Para mi sorpresa la pillo en los brazos de Romeo. Vaya tela marinera, y yo pensando todo este tiempo que Luca era un cabronazo que se aprovechaba de una alumna en apuros. O sea, ese chupetón no cuenta los labios del cuoco italiano, son los de mi Romeo los que dejaron cuenta de su paso por la delicada piel de Sally.

Bueno ¿y a mí que me importa? Que se maten a polvos, me da lo mismo... ¿por qué estoy disimulando?, ¿por qué las mujeres tendemos a disimular en lugar de reconocer que no nos parece bien algo? Y no es que me de celos, es que no debería mostrar un interés en mí si está saliendo con otra chica. Que digo yo. Pero claro, esta es la clase de cosas que si dices en voz alta te hacen parecer una celosa, ergo, por eso es por lo que nos callamos.

—Esta sorpresa no me la esperaba yo, ¿qué haces aquí, Romeo? Esto es una reunión de chicas.

—Sally me dijo que podía venir —me contesta tan campante.

—Ya, pero es que la casa es mía, no de Sally.

Romeo endurece sus facciones. Sally se apresura a intervenir.

—Tienes razón, Claire, perdona el atrevimiento. ¿Puede quedarse Romeo a cenar?

¿Y ahora que digo yo? Que poco me gusta a mí que me pongan en esta clase de situaciones, pero mira, por una vez en mi vida no me voy a callar.

—No, no puede. Yo estoy aprendiendo a cocinar aún. —Me vuelvo hacia él. —Será en la siguiente cena.

Sonrío, sonrío mucho, tanto que siento las comisuras de los labios bien estiraditos y casi me llega la sonrisa a las orejas. Reconozco que se pasa un mal rato cuando pones a alguien en su sitio pero supongo que a esos pequeños ratitos se acostumbra a una si lo que consigue a cambio es respeto. A pesar de mi enorrrrrrme sonrisa, él no me devuelve el gesto.

Recoge chaqueta de hilo italiano de la silla y me mira con ojos tristes.

—Hasta mañana —se despide.

Miro a Sally acusadoramente mientras escuchamos el sonido de la puerta al cerrarse.

—Ya sabemos quién es el dueño de ese chupetón —le digo fingiendo otra hipócrita sonrisa.

—Perdona, es cierto que te lo tenía que haber dicho, pero la verdad es que me dijo que andaba por aquí cerca y se me ocurrió decirle que subiera. —Del chupetón no dice ni pio.

La conversación se diluye en el aire mientras Sally viene conmigo a la cocina a preparar la nata que bañara los spaghetti. Algo me pasa. Es esa especie de presentimiento que te dice que algo no está bien. No sé cómo explicarlo. Es una sensación imprecisa pero que no te deja, que te molesta y te hace tener la cabeza en otro sitio.

No son celos, lo juro que no son celos, es asco... ¿por qué se estuvo riendo Romeo de las bromas acerca del chupetón de Luca si era él el que se lo había hecho? Falso de mierda. ¡Qué decepción!

El móvil de Sally suena vibrando sobre la mesa del salón. Ella se limpia las manos con una rapidez que ni Billy el niño y engola la voz para decir “ amore mio ¿come stai? “. Se acaba de ir después de hacernos pasar un mal rato a Sally y a mí y ya está otra vez molestando el puto Romeo. Es obvio que a mi amiga tanto como que no le molestó pero yo estoy que ardo en la cocina hasta el punto de que no me acuerdo que mierda de especia me ha dicho que hay que echarle a la nata... ¿era nuez moscada o canela? Agarro los frasquitos de cristal donde va cada especia. Joder, son iguales, tienen el mismo color y la misma textura. Vuelvo a mirar el polvillo de cada especia intentando identificarlas. Ya podían poner en los jodidos frascos el nombre ¿o es que se supone que todos los italianos saben diferenciar todos los polvitos estos solo con verlos u olerlos? ¡Olerlos! Eso es lo que voy a hacer. Meto la nariz en la

primera muestra y me pica un poco, me suena el olor, luego meto la nariz en el segundo frasco... esto huele mucho mejor, es dulce, pues le voy a poner esto a la nata y sanseacabó. Extiendo el polvo generosamente entre la nata que empieza a calentarse y lo remuevo mientras escucho a Sally de lo más coqueta hablar por teléfono en italiano. No entiendo un poroto de lo que dice, pero no hace falta ser un lince para saber que se dicen cochinas. Entre risita va y risita viene yo ya he echado como he podido la nata sobre la pasta y le he añadido las setas que Sally había preparado.

Ella entra en la cocina apurada.

—Era Romeo —me dice —está avergonzadísimo de lo que ha pasado esta noche y te lo dirá en cuanto te vea. —Claro, claro ... seguro que hablaban de eso mientras ella daba suspiritos. —Ya veo que lo tienes todo preparado.

Se sienta ante el plato que luce bárbaro pero que huele más a un postre caliente que a un plato principal. Me sorprende que no sé de cuenta, o tal vez, como sabe que ha metido la pata con lo de Romeo se está haciendo la sueca para no cagarla más.

Enrolla en su tenedor unos cuantos spaguetti mientras dice:

—A partir de ahora cuando cocinemos pasta lo haremos con tallarines.

—¿Cuál es la diferencia?

—Solo la textura al paladearlos pero si estamos en Italia cocinemos como los italianos y ellos siempre prefieren los tallarines a los spaguetti.

Asiento como si aquella información fuera a salvarme la vida. La veo saborear el primer bocado. Yo hago lo propio. Joder, si esto sabe a arroz con leche ¿qué cojones será lo que le he echado? Pongo cara de circunstancias mientras espero su veredicto. Su primer gesto delata sorpresa. La canela, recuerdo que le eché canela porque su olor era más dulce. Si ella no me hubiera puesto nerviosa con lo de Romeo y sus risitas seguramente hubiera tenido el sentido común para darme cuenta que no era posible que se montara la nata con canela. Era nuez moscada lo que había que echarle. Bueno, no es para tanto, está un poco dulce pero con esfuerzo se puede comer.

Sally frunce los labios y dice entusiasmada:

—¿Qué le has echado? Esto está maravilloso.

—¿En serio? —No puede ser, me tiene que estar haciendo la pelota para hacerse perdonar. Esto se parece al arroz con leche español.

—En serio, Claire, tiene un fondo dulce que me encanta.

Coño, a ver si voy a servir para chef de cocina al final.

—Pues no estoy segura de cuál ha sido la especia que le he echado.

—Yo te dije nuez moscada pero esto no es nuez moscada.

—Era una que había cerca, se parecía mucho —le digo.

—Esto lo podemos convertir en un postre adornando algo más los spaghetti. Mañana probaremos a hacerlo otra vez pero con tallarines y averiguaremos qué especia usaste y qué cantidad. Mira que si nos hacemos ricos patentando un postre nuevo ...

Se ríe. La entiendo, ella quiere destacar en esto, yo prefiero olvidarlo todo. Menos mal que me he hecho con varias botellas de vino italiano que me van a hacer olvidar el desastre de esta primera incursión seria en la cocina.

Una hora después nos hemos zampado dos litros de barbaresco y a Sally se le suelta la lengua.

—Romeo es un chico maravilloso, nunca había estado tan a gusto con nadie. —Pues mira tú que bien. —Es dulce, es atento y hace el amor de una manera increíble.

El vino se me atraganta en la campanilla.

—¿A qué le llamas hacer el amor de una forma increíble?

—Es delicado, no tiene prisa.

—Eso no es increíble —le digo.

Vale, lo reconozco, me jode que lo haya hecho con Romeo. No es que me vaya la vida en ello pero si un tío me está tirando los tejos me molesta que se esté acostando con otra.

Sally me mira con sus ojazos azules sin terminar de comprender porque no me cae bien su Romeo.

—Sí que es increíble, —protesta —yo he estado con muchos hombres y te puedo asegurar que patanes hay para dar y tirar.

—¿Con cuántos? —Es una pregunta impertinente pero de perdidos al río.

—No lo sé. Me despiste al llegar al décimo. ¿Y tú?

—¿Y eso lo sabe Romeín? —Hago caso omiso de su pregunta.

—Sí, lo sabe y no le importa.

—Entonces no le importas para nada serio —sentencio yo cruelmente.

Sally, hasta entonces relajada mientras da sorbitos a su copa de tinto, se incorpora como si le hubiera picado una chinche. La chinche evidentemente soy yo.

—¿Qué quieres decir, Claire?

—Que si no le ha dado la más mínima importancia a la cantidad de tíos

con los que te has acostado es que no te toma en serio.

—Eso no es así —dice moviendo la cabeza con vehemencia —todos los tíos no son iguales. Hay hombres liberales a los que no les importa el pasado de una mujer.

—No, lo que hay son hombres que fingen que son liberales y que no les importa el pasado de una mujer. Te aseguro que si te fueras a casar con él te pediría que delante de su madre fingieras ser una chica poco experimentada.

—¿Quién ha hablado de casamiento? Estás sacando las cosas de quicio, Claire.

No sé si seguir o no con la conversación. Ella está en clara desventaja porque el vino se le ha subido. A mí me parece incluso cruel. Algo me dice que debo callar, sin embargo, me irrita verla tan ilusionada con alguien que ha tonteado conmigo.

—No saco las cosas de quicio. Tu Romeo hace dos días se rió del chupetón que llevabas en el cuello y dio a entender que te llevabas muy bien con Luca.

La reacción no se hace esperar. Se incorpora con la espalda totalmente derecha. Me mira fijamente. Dios bendito, el vino le ha bajado de sopetón.

—No me estás hablando en serio.

—Me temo que sí, Sally. No solo eso, Romeo ha estado tonteando conmigo desde el principio, por eso me sorprendí tanto esta noche cuando os vi juntos.

—Eres increíble, Claire, estás celosa y por eso dices tantas tonterías. Te gusta Romeo ¿verdad?

—No especialmente —le digo sin ponerme nerviosa. —No te estoy mintiendo, Sally, es absolutamente cierto. Soy consciente de que este tipo de confesiones solo consigue separar a dos mujeres en lugar de a una mujer del hombre equivocado, pero no te miento y en algún momento te darás cuenta.

Sacude su ropa como si tuviera algún bicho encima. Madre mía, lo que hace el alcohol. Bueno, con un poco de suerte mañana no se acordará de esta conversación.

—Eres lo peor, Claire Holmes —todos los borrachos me dicen lo mismo —crees que puedes comprarlo todo con tu dinero ¿verdad? Y seguramente también quieres comprar a Romeo. ¿Sabes qué? Metete tu caridad en ese culo esquelético que tienes —que desagradable es la gente cuando pierde las formas —que a mí no me vas a comprar y tampoco conseguirás apartarme del amor de mi vida.

¿El amor de su vida????? Esta está más trompa de lo que pensaba.

—Sally , el amor de tu vida se está entreteniendo contigo mientras hace este puto curso de cocina italiana. Después volverá a Florida y no te verá más en su vida.

Alarga su mano. La veo venir desde lejos. Me da una bofetada. Se cae al suelo. No hago nada por ayudarla. Que se maneje ella con su borrachera. Se levanta como puede del suelo.

—No quiero saber nada más de ti, Claire, no vuelvas a inmiscuirte en mi vida.

Se va dando tumbos y cierra la puerta de un portazo. Agarro el móvil y le escribo a Romeo.

—Tu Julieta acaba de salir de mi casa después de darme una bofetada y está pedo perdida. Sigue fingiendo que te importa y ven a buscarla, solo me faltaba que le pasara algo y tenga yo también la culpa.

Y así me quedo. Con la mejilla enrojecida por haber dicho la verdad. Ya me lo dice siempre mi padre “Claire, querida, tienes que aprender algo de hipocresía social”

Spaguetti a la carbonara.

Ingredientes:

Medio kilo de spaguetti

Un bote de nata

Setas o champiñones

Mantequilla

Sal

Pimienta blanca

Orégano

CAPÍTULO 6

Panna cotta.

El panna cotta parece un flan pero su sabor es mucho más lácteo. También se podría confundir con un helado de vainilla pero tampoco lo es. Tiene un sabor muy dulce gracias a una crema de leche elaborada artesanalmente a la que se le añade muchísimo azúcar, porque —para que lo sepas— los italianos son los más golosos de Europa. Por si fuera poco el gusto dulzón del postre nuestros queridísimos piemonteses lo adornan con mermeladas de frutas. El sabor final es exquisito, suave, delicado, gelatinoso pero ... engorda un montón. No me extraña que las italianas sean tan curvas, realmente lo difícil en Italia es estar delgada con tantas pastas, salsas y postres imposibles de resistir.

Me he aplicado bien durante toda la clase y he escuchado las explicaciones de Luca que ...¿me las dice a mí solamente? Lo digo porque no ha dejado un minuto de mirarme. Por un lado me siento halagada, pero por el otro es casi como llamarme torpe. ¿Será que Luca se ha enterado de mi pelea con Sally? Aunque no hace falta ser un Einstein para darse cuenta de que algo raro pasa. Sally me mira con los ojos entornados, si las miradas matasen yo ya estaría más muerta que viva. Romeo, en cambio, ha pasado de hablar animadamente conmigo durante todos estos días atrás, a mirar hacia abajo y huir de mi mirada. Ergo, Luca no es un vidente, es que todo el mundo puede ver que estoy más sola que un mejillón en el desierto.

Cuando nos disponemos a salir de clase Luca dice:

—Claire, me gustaría hablar un minuto contigo.

Yo levanto mis cejas sorprendida mientras observo como Sally y Romeo salen por separado y tampoco se hablan el uno al otro. Luca vuelve a llamar mi atención.

—¿Puedo saber en qué piensas mientras damos la clase?

Luca y su hoyuelo en la mejilla izquierda, Luca y sus mechones rebeldes cayendo en un tono cobrizo sobre su frente, todo ello, él y todo lo que él

refleja me pillan desprevenida mientras contesto:

—No entiendo que quieres decir, creo que hoy ha sido mi clase más productiva, mi postre era perfecto —lo pienso un momento y sonrío. Sí, mi postre era increíble, es la primera vez que me sale algo bien. Hace apenas una semana mi panna cotta hubiera sido un churrete de crema deshecha y pringosa sobre un plato tristemente adornado con mermelada de fresa. Pero mi postre de hoy se erigía glorioso como los pezones de una doncella haciendo el amor. Vale, la comparación es cochina pero no se me ha ocurrido otra, así estaba mi panna cotta, perfecto y erguido.

Luca me saca del hilo de mis pensamientos.

—A eso me refiero exactamente, bellísima, a que estás con la cabeza en otra parte, por eso te salen ahora bien los postres. Tu cabeza ya no es un hervidero de dudas, estás en algo concreto y eso te hace desembarazarte de tus complejos de torpeza.

¿Me estaba felicitando? Joder, ya podía ser más claro el Luca este.

—¿Y esto que me estás contando es bueno o malo, Luca?

Una carcajada profunda y grave sale de su garganta.

—Ambas cosas. ¿Podemos tomar un café para conversarlo?

Espera, espera, espera...¿el profesor invitando a la alumna a un café, eso es legal en Italia?. De repente me vuelve a suceder lo de siempre. Mi cabeza se llena de pensamientos, y no necesariamente relacionados con Luca y su invitación. Miro las mesas sobre las que hemos trabajado. Los postres están sobre ellas. Luca tiene la costumbre de fotografiar nuestros trabajos para dar cuenta de nuestra evolución.

—¿Toda esta comida se tira?

Parece comprender mi preocupación y me contesta:

—Bueno, yo me como algunos de vuestros trabajos.

—¿Y qué pasa con los demás?, ¿se tiran?

Pone un gesto avergonzado.

—Me temo que sí.

¡Increíble! Y luego a criticarnos a los ricos por nuestra vida de despilfarros.

—¿Por qué no los llevas a algún lugar, a alguna institución de beneficencia? Debe haber algún comedor social en Piamonte ¿no?

—No lo sé.

—Deberías saberlo y tratar de hablar con el que lo gestione para

entregarles la comida.

Me mira como si me descubriera por primera vez. Oh, la chica rica preocupada por los pobres. No me sale nunca demasiado bien. Mira que bofetón me dio ayer Sally, pero oye, lo intento, una cosa es que yo tenga dinero y otra muy diferente es no dárselo a quien de verdad no tenga para comer. Así se lo hago saber a mi profesor de cocina.

—Tienes razón. ¿Qué te parece si hablamos con el sacerdote de San Bernardo?

—¿Eso está muy lejos de aquí?

—No, aquí mismo en Rivoli. Hablaré con él a ver qué se puede hacer ¿te parece bien?

Sí, me parecía muy bien. Me parecía perfecto. Así que me meto en el coche de Luca con total confianza y me voy a la iglesia a hablar con un cura italiano sin saber una papa del idioma para darle de comer a los pobres de Rivoli. En fin, esta vida loca, loca, loca... pero estoy disfrutando solo de ver la cara de alucinado que tiene Luca. Yo también me fijo en su cara y, a mi pesar, lo comparo con Romeo. Son dos hombres diferentes. Romeo es un chico saludable, con aspecto fuerte y atlético, Luca es más distinguido, más delgado, con un matiz de resabiado que Romeo no tiene, pero igualmente atractivo. No soy capaz de decidir cual de los dos es más guapo. Definitivamente el aire de poder que destila Luca lo hace sobresalir por encima de Romeo, pero aún así Romeo tiene un aire de hombre protector que te hace querer envolverte en sus brazos. O sea, que ya estoy como al principio. Aquí desde luego la lista es Sally que para mí que se los ha trincado a los dos. ¿Sería posible preguntarle a Luca si le hizo el chupetón él? Todavía no me cuadra que Romeo se riera de aquel chupetón habiendo sido él mismo su autor.

Luca conduce relajadamente mientras nos acercamos a la iglesia. Eso también me gusta. El aire de seguridad, debe de ser porque yo parezco siempre insegura y asustada, que es como estoy la mayoría de las veces.

Sobrepasamos por caminos de adoquines y casas bajas formando hileras encantadoras. Algo misterioso tiene mirar dentro de las casas e imaginar la vida que llevarán sus habitantes en ellas. ¿Serán felices o desgraciados?, ¿sus vidas serán mejores o peores que la mía? ¿tienen niños?, ¿se ha arrepentido de tenerlos?, ¿tienen perros?, ¿son amantes o enemigos de los animales? , ¿cuáles son sus aspiraciones y sus sueños?, ¿y sus frustraciones?

Mi cabeza puede volar en mil pensamientos a la misma vez. Sumergirme

en ellos me hace evadirme. Me he preguntado muchas veces de qué, puesto que mi vida parece ser perfecta o por lo menos lo era antes de que mi padre me retirara las tarjetas de crédito, pero nunca he encontrado el motivo por el que mi cabeza se evade constantemente buscando mil refugios en los que perderse. Puede que sea uno de los efectos secundarios de tener todo lo que deseas materialmente. De todas formas es un vicio mío que no me disgusta. ¿Qué mal puedo hacerle a nadie siendo así? Que me dejen soñar.

Entramos en una preciosa iglesia donde nos recibe un cura católico, porque los italianos son católicos, catoliquísimos, vamos que tienen al Papa Francisco casi de vecino. Este cura es así como el Papa, tiene ese aire sencillo que te hipnotiza.

Sinceramente y hablando claro, no entiendo un pijo de lo que dicen pero no debe ser algo malo porque mientras Luca parlotea y mueve las manos en ese conocido gesto que hacen todos los italianos, el cura no deja de mirarme cada tanto y sonreír. Claro que igual yo me creo que es bueno lo que dice y lo mismo está diciendo *“esta hija de puta me ha hecho venir hasta aquí para algo tan insignificante como darle comida a los pobres”*.

El cura planta dos besos en mi cara para despedirnos y mientras buscamos una cafetería para tomar un caffè latte, Luca me dice:

—El padre estaba tan sorprendido como yo por tu preocupación por el bienestar ajeno.

Todo el mundo igual. Qué cruz, nunca mejor dicho.

—Él está acostumbrado a tratar con personas adineradas de Rivoli y dice que no es habitual que una persona de buena posición se muestre tan solidaria con las personas con menos recursos. Generalmente suele haber una especie de desprecio hacia ellos.

—Sí, lo he visto muchas veces en los restaurantes de mi padre.

Luca vuelve a mirarme con los ojos llenos de sorpresa.

—Lo sé—. ¿y entonces a que viene su sorpresa? Nunca entenderé las reacciones de la gente. —Ayer hablé con tu padre. Me contó que había intentado ponerte como encargada de las relaciones públicas de sus restaurantes pero que todos los clientes se quejaban.

—Supongo que mi padre lo diría como una queja.

—No exactamente —me responde mientras bebe un sorbito de un expreso humeante —la verdad es que lo contaba como un chiste. —Ahora soy yo la sorprendida. —En el fondo se siente orgulloso de su hija sencilla.

¿Sencilla yo????? No sé. Yo siempre me he gastado vergonzosas cantidades de dinero en ropa de un solo uso. Una vez tuve un novio y mis gastos en lencería eran del todo avergonzantes. No se puede decir que sea sencilla. Me molesta la injusticia, eso sí. No me gusta que a una persona sea tratada mal cuando hace su trabajo lo mejor que puede.

—No sé que te habrá contado mi padre, pero estoy aquí porque ha decidido que debo hacer algo con mi vida.

—Tu camino no es este, Claire, lo sabes tan bien como yo.

Asiento con la cabeza. ¿Qué puedo decir? Es la verdad.

—Tal vez debieras hablar con él y explicarle que estar metida en salsas no es lo tuyo.

—Traté de hacerlo, Luca, pero no me sirvió de nada. ¿Qué más te contó?

—Quería saber si estabas mejorando, si aprendías a cocinar...

—¿Y qué le dijiste?

—La verdad, Claire, yo siempre digo la verdad.

Estaba claro que de alguna manera me llamaba la atención por haberle mentido a mi padre y haberle hecho creer que todo era miel sobre hojuelas.

—Vamos a ver, Luca ¿y qué quieres que haga? No puedo decirle que soy un desastre, que los postres se me caen, que quemo la bollería, que equivoco las especias.

—¿Por qué no puedes decírselo?

—Porque se está gastando un dineral en este curso.

Luca suspira y medita sus palabras antes de decir:

—Claire, desde luego vas a obtener tu título pero no estás preparada para trabajar en ningún restaurante. Esto no es lo tuyo.

Oh Díos, se me está humedeciendo los ojos y ahora Luca va a tener que ver como lloro.

—Ya lo sé, ya lo sé... no hace falta que todos señaléis mi inutilidad, voy a hacer esta mierda de curso y después volveré a Boston y seguiré mi vida. Con suerte mi padre se sentirá dichoso y me volverá a activar las tarjetas de crédito.

Dos lagrimones resbalan por mi mejilla. Luca rodea su asiento y se pone a mi lado. Levanta uno de sus brazos y acaricia mi cabello. Joder, como huele este tío de bien.

—¿Qué perfume usas? —ya he dicho muchas veces que en mi cabeza caben muchos pensamientos, demasiados, puedo estar llorando y a la vez

advertir que un hombre lleva un perfume caro.

—¿Cómo?

Sigo hipando como una niña y vuelvo a decir:

—¿Qué perfume usas?

—¿Tan mal huele? Creí que llorabas porque cocinar no es lo tuyo. —Se me escapa una carcajada. —Solo tú puedes estar llorando y riendo a la vez. —Ahora Luca me tiene totalmente abrazada. Parecemos una joven pareja de enamorados. A mí no me desagrada la idea, pero al cura de la iglesia de San Bernardo sí porque su cara al entrar en la cafetería es un poema.

—Padre Giuseppe, siéntese con nosotros —le dice Luca con naturalidad.

El padre viene con el gesto torcido.

—Luca ¿qué hablamos hace poco?

¿Qué hablaron? Yo también quiero saberlo. Si tuviera las orejas como un perro —y no las tengo, mis orejas son pequeñas y las tengo pegadas —se habrían erguido para prestar atención a la conversación.

—La estaba consolando porque se siente torpe.

—No es exactamente eso —protesto yo —es que quiero que mi padre se sienta orgulloso de mí y no encuentro la manera.

—La encontrarás —dice el Padre —eres una chica de la que un hombre puede sentirse orgulloso.

Coño, eso sí que es novedad.

—¿A qué se refiere?

—Quería darte las gracias personalmente —me dice en un perfecto español —por tu idea de llevar las comidas que hacéis a la parroquia. Voy a organizar un comedor social y cuento con vuestra colaboración.

—Eso es maravilloso, Padre —le contesto entusiasmada.

—Si tú no lo hubieras sugerido tal vez no se me habría ocurrido nunca. He comentado tu gesto con varios feligreses que también se muestran interesados en colaborar. De manera que ya lo ves, dulce niña, un solo gesto puede mover montañas. —Me cae bien el cura este, y eso que en todas las películas italianas cuando sale un cura es para tocar los cojones, con perdón, suelen recordar a las mujeres su deber de recato y esas cosas. —Y tú, Luca, recuerda nuestra última conversación.

Luca asiente con la cabeza y cruza los dedos sobre su boca rozándolos en un beso. ¿Va rezar un Padre Nuestro para que el cura lo perdone o qué? Entiendo por el asentimiento del cura que es una señal que significa

“prometido”.

—De todas formas —continúa el Padre —esta chica sí me parece especial.

Se levanta, rodea la mesa, me da un beso en la mejilla y extiende la mano hacia Luca que la recibe para chocársela como hacen los hombres al más puro estilo macho. Y ahí me quedo yo, sin saber quién es esa otra con la que me ha comparado el cura.

Ingredientes del Panna Cotta:

Medio litro de nata líquida

Un cuarto de leche entera

Cuatro láminas de gelatina

Cuatro cucharadas colmadas de azúcar

Una vainilla en rama

Confitura de fresa para adornar.

CAPITULO 7

HELADO DE CHOCOLATE LAMPONE

En nuestro regreso a Turín después de visitar al cura, Luca decide parar a tomar un *gelato*, o sea, un helado para que nos entendamos. La particularidad que desea que pruebe es la frambuesa que se le añade a la pasta de chocolate. Yo acepto encantada, uno de mis vicios en esta vida es el chocolate.

La placita es encantadora, llena de turistas que cubren sus caras con grandes pamelas. Hace calor, es verdad, pero estamos en Piamonte. No es como caminar por la Toscana. Mi cara se luce al viento y se baña con los rayos del sol mientras el chocolate, deliciosamente adornado con virutas de frambuesa, se deshace en mi boca.

Por un momento se me ocurre preguntar a Luca por Sally.

Le cuento todo lo que pasó entre nosotras.

—Es una buena chica, pero está obsesionada con ser la mejor en todo.

Y nada más, eso es lo que consigo después de decirle que me abofeteó solo porque mis amaretti eran mejores que los suyos.

—Sinceramente —le digo sin dejar que la actitud de Sally quede cubierta por el disimulo de un profesor que no desea hablar mal de la alumna —creo que una actitud así denota algún trastorno.

Me doy cuenta como sus ojos claros se ensombrecen y un mechón de pelo cobrizo cae en el centro de su frente. Lo aparta nerviosamente. Todo en sus movimientos delata algo... algo que no sé descifrar pero que no quiere mostrar.

—Solo te puedo decir que tengas cuidado con ella. —Esta vez es él el que aparta uno de mis mechones mientras le doy otro lametazo al helado. —Mañana haremos helado en clase. Montaremos láminas de chocolate y frambuesa.

Mis labios no dibujan la sonrisa que él espera.

—Se podría decir que eso es darme ventaja.

—En absoluto, principessa, solo te traje a que probaras el chocolate

lampone, no te estoy diciendo como se elabora.

Sigo sin sonreír.

—A Sally también le contaste lo de las galletas amaretti y, sin embargo, no le dijiste que tenía que echarle más azúcar de la indicada... es decir, que la bofetada que recibí fue culpa tuya —esta última frase sí la digo con la sonrisa almibarada en los labios. —Joder, ya que te acuestas con ella bien podrías haberle contado el secretillo.

Su dentadura perfecta queda cubierta por los labios, también perfectos. Vamos que no le ha hecho demasiada gracia la acusación.

—Claire, yo nunca me he acostado con Sally, más bien he intentado huir de ella con mano izquierda desde el primer momento.

—¿En serio? —Bueno, ya sé que no es una gran pregunta pero en semejantes circunstancias no se me ocurrió nada mejor que decir.

—Totalmente en serio. Supongo que debe pensar que todo el mundo tiene la ventaja de tener bastante dinero para costear un viaje y una estancia en Italia y ella no quiere quedarse atrás. Está dispuesta a lo que sea para obtener su título.

Exploto una viruta de frambuesa en la boca y siento como el dulzor se pega a mi paladar. No quiero perderme ese momento mágico a pesar de que algo en las palabras de Luca me chirria. ¿Un hombre rechazando una propuesta de cama de una mujer bonita que no le va a pedir nada a cambio más que un título que conseguiría aunque no se acostara con él? ... Hay algo que no me cierra. Aún así me detengo en la exquisitez de la frambuesa mientras su sabor enamora mis papilas gustativas.

—Poco caballero me pareces contando eso, Luca.

En línea directa y clara. A mí no me gusta andarme con tonterías. Me parecen una basura los hombres que se expresan así de las mujeres.

—Querida *ragazza*, si me preguntas, te respondo. No es una buena chica. Me puedo equivocar, *certo*, las personas nos equivocamos continuamente, y si me doy cuenta de que estoy equivocado retiraré mis palabras ante ti, pero por ahora solo te puedo decir que mis impresiones sobre Sally no son las mejores.

Pues si Luca está diciendo la verdad Romeo es lo más falso que he conocido en mi vida, pero ...¿cómo saber quién mentía y quién no?

Los pasajes hermosos de pueblos unidos unos con otros se me hacen invisibles mientras mi mente vuela de un pensamiento a otro...¿por qué mienten? Uno de los dos ha estado con Sally y ambos lo niegan. Tampoco me

parece que sea algo tan fuerte como para ocultarlo a no ser que ese hilo pueda llevar a otros que no se quieran desenmarañar. Y, de repente, ese último pensamiento me provoca un escalofrío... ¿qué sé yo realmente de Luca o de Romeo? Nada salvo lo que ellos me han querido contar. Podría ir en el mismo auto que un delincuente y no saberlo. Por supuesto Luca tenía una reputación pero Romeo no. E incluso una buena reputación no es más que eso. Había conocido en mi vida millonarios con muy pocos escrúpulos. Entre la clientela de mi padre en sus restaurantes había muy malas personas aunque tuvieran dinero.

Solo deseo llegar a mi pequeño apartamento, hacerme un té y olvidarme de todos mis negros pensamientos. Lo último que se me hubiera ocurrido en Boston cuando mi padre decidió mandarme a este curso de cocina es que tendría a una loca por compañera y a un par de cerdos que después de haberla gozado la negaban. ¿Enviarme a Italia para que me dé cuenta de cómo es la vida? Esto mismo lo podría haber sabido en Boston.

En cuanto llegue a casa haré el té y llamaré a mi padre para decirle que vuelvo.

Luca me mira de una forma extraña, lo que no hace mas que potenciar mis deseos de regresar a mi país.

—¿Por qué de repente tan callada?

Está aparcando delante de mi apartamento. Se acerca a mí, su cara está muy cerca de la mía... demasiado cerca... no sé si pretende besarme o qué.

—Hay algo que da vueltas en mi cabeza —respondo —pero no tiene que ver contigo. —Él me mira entornando los ojos. Acerca más su rostro al mío. Sí, quiere besarme. No pienso hacerlo. —Ha sido un día encantador, Luca, me ha encantado Rivolli y nuestra visita al cura. Espero que prospere lo del comedor social. Hasta mañana.

Puedo jurar que por momentos he sentido miedo de que me detuviera... quizá lo del miedo sea exagerado pero sí una cierta inquietud. Subo las escaleras con rapidez, abro mi apartamento deseando refugiarme en él pero no puedo... hay algo extraño, tengo la sensación de que alguien ha entrado en él. No recuerdo haber dejado la puerta de la cocina abierta.

Este es uno de esos momentos en que el sentido común te dice que te vayas corriendo, que no sigas avanzando. Uno de esos momentos que todos vemos en una película y nos preguntamos porqué la protagonista pone su vida en peligro cuando es evidente que nada bueno le puede pasar. Mientras estamos en la

butaca del cine sentados tranquilamente mirando lo que sabemos que es una ficción no reparamos en la cantidad de adrenalina que corre por las venas y que te hacen creer que tienes fuerzas para enfrentarte a lo que sea... por eso sigo caminando a la cocina, sabiendo, intuyendo que ahí dentro no me espera nada bueno.

Abro la puerta con todo el sigilo que puedo. Si me hubiera parado a pensarlo me hubiera dado cuenta que tratar de no hacer ruido era demasiado tarde después de abrir la puerta de mi apartamento con el ruido normal de las llaves moviéndose en la cerradura, pero insisto, la adrenalina te prepara para la acción, y la acción no te deja pensar demasiado.

Mi corazón late furiosamente, tanto que tengo la sensación de que sus sonidos pueden escucharse en todo Piamonte. Siento mi sudor frío a la vez que la flojera de mis piernas me hace tener la sensación de que son de gelatina y no tienen fuerza para sostener mi cuerpo.

Abro la puerta, lo primero que veo es un reguero de sangre. Cuando piensas en sangre la imaginas roja, rojo es rojo, no rojo bermellón ni granate ni color vino... roja como un rubí, roja como los pétalos de una rosa, roja... pero no, no es roja, es casi negra, con un tono rojizo acero que la sostiene en su densidad, porque tampoco es líquida, es espesa y huele fuerte... muy fuerte, como el hierro oxidado, como el hollín... no sabría decirte, es parecido a cuando entras en un laboratorio para extraerte una muestra y permites porque es necesario que te pongan esa cinta de goma alrededor del brazo que te corta hasta la respiración... pues así, así de fuerte huele la sangre.

Contengo la arcada que llega a mi garganta. Mis ojos buscan algo con lo que defenderse de un posible invasor. Soy consciente de mi ritmo cardíaco desenfrenado. Tomo una maceta de preciosas azaleas que adorna humildemente la entrada de la cocina. Lo único que puedo hacer es estamparla sin piedad en la cabeza del intruso si sigue dentro.

Respiro hondo para llenarme de valor y termino de abrir la puerta de un empujón... No hay nadie, pienso ridículamente mientras sostengo por encima de mi cabeza el patético macetero. Pero allí, a un metro de mí yace el cuerpo ensangrentado de Sally... entonces es cuando huyo, lejos muy lejos, voy bajando las escaleras sin darme cuenta del dolor cuando me caigo dos veces y ruedo sobre ella. Me pongo en pie y sigo bajando, abro la puerta de la cancela, y grito, grito muy fuerte:

—Socorro, socorro... han matado a una chica en mi cocina.

HELADO DE CHOCOLATE LAMPONE

Chocolate fondant

Moldes para hacer láminas

Azúcar glass

Azúcar normal

Frambuesas

Gelatina

Colorante rojo

Capítulo 8

Desayuno italiano.

Estoy prestando declaración mientras miro horrorizada como el cuerpo hermoso y joven de Sally se coloca en una camilla y se tapa con una sábana. Las patrullas de policía hace ya rato que dispersaron la tranquilidad de la sencilla calle donde se encuentran los apartamentos en los que me alojo. La vía está llena de personas que no conozco, vecinos a los que solo doy un saludo por las mañanas antes de irme a la escuela gastronómica, que han bajado a ver lo que sucede. En momentos así es cuando te das cuenta de quienes son las personas. Anna, la panadera a la que todos los días le compro una trenza de trigo rellena de nutella, me tiene abrazada mientras yo le aseguro al policía que acababa de llegar a mi casa cuando me encontré el pastel, expresión hecha que hasta podría tener su gracia fuera de semejante contexto.

—*È vero* —asegura Anna— *L'ho vista arrivare alle undici con un ragazzo.* —Que quiere decir más o menos “es verdad, yo la ví llegar a las once con un chico”.

El policía me pregunta quién es el chico. Le hablo de Luca, de la academia, de que soy americana de ascendencia española, de que Sally era mi amiga... o casi... pero el policía no tiene porqué enterarse de la bofetada... de que ella era alumna también.

Las palabras se mezclan en mi boca en un italiano repleto de palabras en inglés y en español. Me doy cuenta por la mirada del *poliziotto* que le cuesta trabajo seguirme. Sus ojos me recorren. Se detienen varias veces en mi cara. La mira con atención. Debe ser que trata de adivinar si digo la verdad o no. El policía va tomando notas en un bloc chiquitito al estilo de un viejo detective de serial malo de televisión.

—Señorita, si no se tranquiliza me va a costar mucho entenderla.

Respiro hondo y trato de templar mis nervios dando un sorbo a una infusión que alguien, creo que Anna, ha puesto en mis manos.

—Le aseguro que yo no tengo nada que ver con todo esto. Llegué a mi casa

y la encontré muerta.

—¿Había algo en su casa que la señorita Sally quisiera recuperar?

—No, claro que no, éramos amigas pero ella no tenía la llave de mi apartamento. Yo estuve fuera todo el día con Luca.

—¿Luca? —me pregunta mientras anota el nombre.—. ¿Es el profesor de la academia?

Asiento con la cabeza.

—Muy bien, comprobaremos si es así y le tomaremos declaración también al maestro. Puede marcharse.

—¿Marcharme... adónde? Han precintado mi casa, no puedo usarla.

—Llame a alguna amiga porque la casa estará cerrada hasta que se cierre la investigación. —Mi cara debe ser un poema porque añade: —Señorita, esto es muy serio. Han matado a una chica, además es americana, eso nos obliga a dar más explicaciones. Su país no parará hasta que se encuentre un culpable.

—Así lo espero y lo deseo —respondo yo.

—Usted puede correr peligro también en este momento, así que le aconsejo que no se quede sola y busque la compañía de alguien que la cobije durante unos días. Por supuesto no tengo que advertirle de que no debe salir de Italia hasta que todo esto se aclare.

Pues hala, papi, ya lo tienes, querías que supiera lo dura que es la vida... pues sí, lo es... tanto que acaban de matar a una chica de la prestigiosa escuela de gastronomía a la que me has enviado.

Anna, la panadera, me ofrece su apartamento. Es una mujer de mediana edad, la típica italiana madre de familia, de cuerpo contundente y sonrisa amplia. Lo acepto encantada. Ni por un momento se me ocurre llamar a Romeo, de hecho es que la idea de que él ha matado a Sally lleva atormentándome ya un buen rato.

Anna prepara con ayuda de su hija una cama para mí. Su casa es la fragancia de Piamonte; el olor a cocina italiana se despliega por el pequeño apartamento que comparte con la chica, un bombón italiano de unos quince años.

Me pongo un pantalón corto de pijama y una camiseta de algodón que la hija de Anna saca para mí y me siento en una cama extraña de un país que no es el mío a tomar un té mientras Anna me mira con compasión.

No sé si la soledad puede olerse, pero si se puede oler debo de estar apestando la casa porque me siento terriblemente sola. Quiero irme a Boston,

mirar tiendas y comprar zapatos, quiero mi vida, esa vida regalada y sin problemas que tenía...

El sueño se va apoderando de mí mientras escucho las últimas palabras de Anna... *pobre ragazza*... La noche se hace difícil en un sueño a saltos, pesado, en el que me despierto constantemente para volver a dormirme de inmediato y seguir soñando que huyo. Diversas imágenes oníricas, repetidas entre sueño y sueño, dan cuenta de mi único deseo en aquellos momentos; marcharme a Boston y olvidarme de la pesadilla que estoy viviendo en Italia.

Una vez leí en una conocida revista de ciencia —*porque yo también leo el Muy Interesante, no solo revistas de moda*— que los sueños expresan nuestros deseos y temores, es la forma que tiene nuestro subconsciente de psicomatizar lo que nos está ocurriendo. La buena noticia es que lo que exteriorizas no se queda dentro y si no se queda dentro no puede hacerte daño. Así que la próxima vez que tengas una pesadilla presta atención, puede que tu parte inconsciente te esté avisando de aquello que tienes que cambiar en tu vida...

Romeo salía en todos aquellos sueños. Señal evidente de mis sospechas hacia él... sin embargo, en mis sueños aparecía conmigo paseando por las inmensas calles de Boston, yo lo llevaba de la mano arrastrándolo de tienda en tienda y mirando zapatos. Increíble me parece que en aquella situación pudiera salir en mis sueños aquellos zapatos que quise comprar por última vez antes de darme cuenta que mi padre había anulado mis tarjetas de crédito. Pude ver perfectamente la delicada seda en color gris marengo que recubría la estructura perfecta del zapato y como el bordado en pedrería plateada relucía lanzando destellos cegadores que alimentaban mi deseo de adquirirlos. Aquellos zapatos fueron mi bienvenida al mundo real cuando al ir a pagarlos no había saldo en ninguna de mis cuentas... Pues ahí estaba Romeo y mis zapatos, ahí en mi sueño, como si fuera yo una especie de Cenicienta moderna con su príncipe y su zapatito azul.

El olor a pan hecho me despierta al amanecer. Salgo del dormitorio y entro en la cocina. Mi estómago me hace pasar vergüenza porque no deja de hacer ruidos. Tengo mucha hambre. Ahora que lo recuerdo no cené nada.

Encuentro una mesa italiana dispuesta con varias tazas para servir lo que parece que serán capuccinos por el olor a leche evaporada, canela y chocolate. Al fondo una cafetera italiana empieza a borbotear exhalando el delicioso olor a café. Ese aroma se entremezcla con el dulzor de la canela

creando un mar de sensaciones olfativas. Desde luego que los alimentos entran por los ojos y por la nariz antes que por la boca. Sobre la mesa de madera hay pequeños recipientes de vidrio que contienen frutos secos y cereales mezclados en el mismo bol, galletas tipo biscotti de la Toscana, Y en el centro de la mesa, dominando el resto de alimentos como un rey hacia sus súbditos, un *sfogliatelle*, es decir, un jugoso bollo hecho de hojaldre y relleno de mermelada de frutas.

Los italianos se mueren por los dulces, eso está claro, que alejados son estos alimentos de mi huevo con bacon y mantequilla, imagino que cuando los italianos vienen a Estados Unidos deben de alucinar con nuestros *breakfast*.

Anna sirve en las tazas el café tanto para su hija como para mí. Después coge una cucharita y espolvorea canela y chocolate sobre la nata que ha formado la leche evaporada.

—Muchas gracias por todo lo que estás haciendo por mí —le digo.

Ella sonrie. Me recuerda a Sofía Loren cuando muestra esa boca de diente grande y blanco.

—Si yo tuviera una hija en tu país y le pasara lo que te pasó ayer a tí me gustaría que una madre americana le diera hogar y desayuno. Puedes estar aquí el tiempo que sea necesario, Claire. Yo sé que tu eres una buena chica.

—Cuando termine de desayunar me gustaría acercarme a la academia a ver como van las cosas por allí.

Noto su mirada aprensiva.

—No me parece una buena idea, Claire. Recuerda que puede que corras peligro. Lo mejor es que a partir de ahora no salgas de casa sola hasta que se aclare todo esto. Por cierto ¿hay algún familiar al que debemos avisar? No hay problema en que se instale aquí si lo desea.

La generosidad de los italianos es realmente llamativa.

—Sí, a mi padre —respondo —lo llamaré en cuanto termine de desayunar, está todo riquísimo, Anna. Después de avisar a mi padre iré a la academia —insisto yo.

Ella arquea sus cejas, tan oscuras como sus cabellos que consisten en una llamativa cascada de ondas negras hasta media espalda.

—Sé lo cabezotas que sois los americanos así que si estás decidida a ir no permitiré que lo hagas sola. Antonella y yo te acompañaremos. No vamos a dejarte sola —concluye como si intuyera mi queja.

Media hora después las tres; Anna, Antonella y yo, caminamos bajo el

cielo de Piamonte por las calles adoquinadas hasta llegar a la puerta de la academia también clausuradas. Varios periodistas dan el reporte de lo sucedido para la televisión italiana. Una patrulla de policía vigila que la zona sea precintada... y entonces es cuando mi corazón comienza a batallar como si fuera una amazona preparandose para una lucha a vida o muerte. Los latidos se meten en mis sienes y me hacen soltar un gemido por la sorpresa. Anna me coge de la mano sin entender muy bien lo que ocurre pero en la sospecha de que estoy pasando un mal momento. Siento como la mano de su hija se enrosca en mi brazo mientras digo:

—Es Romeo.

Liderando a los policia como si fuera su jefe veo que Romeo, *mi Romeo, el de Sally...* me mira con atención a solo tres metros de mí.

DESAYUNO ITALIANO.

Café con cafetera italiana servido con canela en polvo y chocolate.

Cereales con frutos secos.

Panettone con pasas

Stogliatelle de hojaldre con membrada de frutas

Capítulo 9

Camina hacia mí con una velocidad pasmosa...¿dónde está el chico tranquilo, sanote, americanote, alimentado a base de hamburguesas y cereales del estado de Florida que yo había conocido? Ese americano saludable y bonachón camina ahora en mi dirección con todo el propósito de que no me vaya, lo digo a juzgar por la expresión de su cara cuando me doy la vuelta para ir en dirección contraria.

Siento como la mano caliente de Anna, mano conjugada a base de amasar harina y levadura acostumbrada a coger la masa y que no se le escape, me detiene y me dice:

—Ese Romeo que has nombrado quiere decirte algo importante.

Y no hay escapatoria; las italianas me sostienen sin tregua, sin violencia pero con firmeza. Habría que replantearse eso de que los inmensos campos de maíz de Estados Unidos sean lo mejor para la fortaleza física... yo creo que no hay que subestimar el poder de la pizza y los raviolis.

—Claire, espera por favor —me dice Romeo.

No tengo más remedio que mirarlo. Anna y Antonella también lo miran, estas con más devoción que expectación. No me extraña. Sacado del hábito que llevaba normalmente para las clases de cocina, hábito que ahora entiendo era premeditado puesto que le daban una apariencia más juvenil, mi Romeo parece todo un galán. No se puede negar ni en las penosas circunstancias que está como un queso, o como un camión, o como un biscotti italiano... vamos, que está bueno.

—Creo que te debo una explicación.

—No, no... no me debes nada... tranquilo...

Hago el además de marcharme pero de nuevo me encuentro con las dos torres romanas. Escucho la voz de Anna diciendo:

—Debes escucharlo, Claire, es policía.

—No exactamente —aclara él . —Claire, soy detective y vine para investigar a Luca.

—¿Y por qué un detective sabe cocinar tan bien? —Puede que la pregunta

resulte ridícula pero la verdad es que es chocante.

—Hice un curso de cocina italiana en Florida para no delatarme.

—O sea que viniste ya con los deberes hechos.

—Hasta entonces lo único que sabía era abrir las pizzas del supermercado para meterlas en el horno.

Sinceramente no puedo evitar sonreír. No soy la única. Anna y su hija también lo hacen.

—Necesito preguntarte qué estuviste haciendo ayer durante todo el día. Te vi salir de clase con Luca, sé que llegaste a tu casa con él por la noche aunque subiste sola a tu apartamento.

—Él no pudo ser, Romeo, yo estuve con Luca todo el día, fuimos a la Iglesia de San Bernardo y de allí regresamos otra vez aquí.

—¿Hubo alguna parada en el camino?

—Sí, paramos a tomar un helado pero en todo momento estuvo conmigo. No es posible que fuera él.

—Claire Holmes, límitate a responder y déjame a mí analizar las posibilidades —me dice haciéndome un guiño. —Es mi trabajo.

¿Acabo de escuchar un suspiro de Antonella?

—Ya, bueno, supongo que lo es pero es difícil de creer cuando hasta ayer eras un cocinero de un restaurante de Florida. Tampoco te llamarás Romeo ¿o sí?

A su cara asoma el esbozo de una sonrisa.

—Me llamo Alexander, Alexander Mckenzy.

—Con apellido de Highlander y todo —respondo pensando en la cantidad de Mckenzy de los que me he enamorado leyendo novelas románticas de los guerreros de la Alta Escocia.

Él me mira confundido. Este no se ha leído un libro de Highlander en su vida... él que se lo pierde.

—Me refiero a los escoceses de la edad media, todos sus apellidos empezaban por Mc...

Alza la ceja izquierda. Antonella vuelve a suspirar. Los suspiros italianos son más vehementes que los americanos.

—No tenía ni idea, Claire, me informaré de si tengo ascendencia escocesa. —Cuando sonrío totalmente y muestra su dentadura perfecta se escucha un suspiro más maduro. Anna tampoco escapa al hechizo de mi highlander moderno.—. ¿Sería posible que almorzáramos juntos para poder

hablar de esto?

Niego con la cabeza.

—Claire, no quiero ser aguafiestas pero la verdad es que Sally fue asesinada en tu casa, quizá querían acabar contigo y la mataron por equivocación.

—¿Por qué alguien iba a querer matarme a mí si yo no tengo ni puñetera idea de cocina? Y si el sospechoso es Luca ya te digo que no fue él, que estuvo conmigo. No tengo ni idea de que fue Sally a buscar a mi casa. No te puedo decir más de lo que te he dicho.

—Por eso es importante que hablemos. Seguramente con mis preguntas recordarás detalles que por el momento se te pasan por alto. Claire, no te lo estoy pidiendo, es necesario y debes colaborar en la investigación.

—¿Voy a necesitar un abogado?

—No, sobre ti no recae ninguna sospecha pero pasaste el día con Luca, puede que fueras su coartada. Debemos hablar para averiguarlo.

Y no soy yo la que contesta sino la voz grave de Anna:

—No se hable más. Señor Mckenzy, venga usted a comer a casa a las dos. Claire se alojará con nosotras hasta que todo esto pase. No la dejaremos ir sola a ninguna parte pero usted si puede venir a vernos. Así probará la auténtica comida italiana.

—Me temo que tendrán que acompañarla entonces a la misa por Sally.

Mierda, lo había olvidado, no se hacía funeral puesto que su cuerpo sería trasladado a los Estados Unidos pero sí se daba una misa en su honor.

—¿Dónde es la misa? —pregunta Anna.

—En la iglesia de San Bernardo —Tras sus palabras me mira significativamente.

Un hora después mis dos italianas y yo somos de las pocas asistentes a la plegaria que se da por Sally. Apenas tres compañeros de la academia, Romeo que ahora se llamaba Alexander McKency, Anna, Antonella y yo.

Todos nos miramos nerviosamente. Ya todo el mundo sabe que Luca es el sospechoso del crimen y ninguno espera verlo aparecer por allí, no obstante, una inquietud se cierne sobre nosotros. ¿Conocíamos aquello que había llevado a Sally a la muerte? ¿Se trataba de una receta de cocina?

Con el propósito de averiguarlo camino hacia Romeo pero el cura empieza la plegaria. Entorno los ojos para verlo bien. No es el cura del otro día. Me acercó más al altar desde donde da la misa. No es. Definitivamente no es el

mismo.

Ya no guardo ningún disimulo y sintiendo la mirada reprobadora del sacerdote sobre mí me acerco a Romeo y le digo:

—Este no es el cura que nos atendió ayer.

Romeo-Alexander gira la cabeza despacio hacia mí:

—Este es el único cura de San Bernando, Claire.

—Te digo que no, el de ayer tenía todo el cabello de color canoso, y no estaba gordo, no es el mismo.

—Lo comprobaremos cuando termine la misa.

Como si fuera un custodio contratado Anna se coloca a mi lado. Sigue mi mirada mientras yo me emociono con la sensación de recogimiento que reina en el interior de la iglesia. Llena de una ornamentación compuesta de montones de virutas circulares predispuestas unas sobre otras, columnas enormes, arcos y bóvedas cruzados formando dibujos espléndidos que llenan los techos de enjambres que hipnotizan al punto de sentir que tu mirada se pierde buscando el principio y el final de tal disposición, figuras de ángeles y vírgenes en cada esquina, y lo que más me impacta; vidrieras formadas por trozos pequeños de vidrios de múltiples colores que hacen que la luz que entre por ellas de la sensación de formar un arco iris que se va diluyendo sobre los suelos. Casi siento el deseo de llorar ante tanta belleza. La voz del cura al dar la misa parece acompasar todo el silencio que envuelve la reflexión a la que no puedes dejar de llegar en tal lugar. Es como si no quisiera que su voz quebrara la paz que transmite estar en ella. Siento los ojos húmedos y la mirada de Anna comprobando satisfecha mi fascinación.

—¿Verdad que es fácil dejarse llevar por la sensación de paz? —me pregunta.

Yo no respondo. Solo puedo mirar y admirar al extremo de olvidar que el cura que da la misa no es mi cura, no es el cura con el que yo hablé, no es el sacerdote que me presentó Luca. Una mano me saca del estado de trance en el que parezco estar. Es Alexander, antes Romeo.

—Vamos a ver quién era el cura que estaba ayer.

Veo como la capilla se a dispersando y los pocos alumnos que compartieron con Sally dejan el espacio donde se le rinde homenaje. Me invade una sensación de tristeza. Al otro lado del océano una familia lloraría la pérdida de una hija, una hermana, una amiga ... y sin embargo, que pronto se olvida una vida, que rápido pasa. Sally que había ido a Italia a cambiar esa

vida para convertirla en algo mejor, se encontró con la muerte.

—Padre —la voz de Romeo me saca del estupor. El cura se gira hacia nosotros. La mano de Romeo aún en mi brazo. —Esta joven estuvo ayer hablando con otro sacerdote acerca de un comedor social. ¿Podría decirnos dónde ubicarlo para tratar el tema?

El cura pone cara de no entender nada a pesar del perfecto italiano de Romeo, Me pregunto si también se pagaría un curso de italiano antes de venir.

—El único sacerdote de esta iglesia soy yo.

—Perdón, Padre, soy una alumna de la escuela de gastronomía. —Me mira con cara de pocos amigos.

—¿La escuela donde se ha producido la muerte de Sally?

—Sí, yo soy... era su compañera. Vine ayer con el profesor para ofrecer los platos que se quedaban en la escuela y que fueran aprovechados por un comedor social.

—Señorita, colaboramos con varios comedores sociales pero el único que gestiona esta iglesia soy yo.

No puedo responder y no me lo puedo creer. ¿El cura de Luca no es cura o sí?

—Pero eso es imposible, padre, ayer mismo me lo presentó Luca.

—Lo siento, señorita, está equivocada.

Da la vuelta y comienza a caminar hacia la sacristía. Por unos segundos detiene su paso.

—Señorita, puede que la hayan engañado, no la juzgo, seguramente usted estuvo aquí y creyó hablar con un cura pero desde luego no era el cura de esta iglesia, que soy yo.

Sigue caminando y me olvida con mi mar de dudas. Me vuelvo hacia Romeo.

—Te juro que es cierto, Romeo, Luca me trajo aquí, me presentó a un cura o por lo menos él decía que era cura y estuvimos hablando de dar lo sobrante para el comedor social.

—Te creo —me dice —pero creo que el sacerdote llevaba razón, seguramente el hombre que te presentó Luca ni siquiera es cura.

Anna y Antonella ya están a mi lado. Me resulta curiosa su constante atención. Parecen percibir cada mal momento por el que paso.

—¿Estás diciéndome que todo fue premeditado? ¿Hay algún plan en todo esto? ¿Luca pasó el día conmigo para tener coartada?

La hija de Anna me agarra de la mano. Siento su pulso caliente en mi piel.

—Es mejor que vayamos a casa. Allí hablaremos de todo.

El camino se hace pesado a pesar del delicioso resol que va formando bucles de luz verde reflejando las copas de los árboles. Ni siquiera el delicioso entrecot con pasta de Anna consigue apaciguar los ánimos. Ha sido demasiada la tensión, demasiados los acontecimientos. Hasta ayer mismo yo era una joven norteamericana que había viajado a Italia a hacer un curso de cocina. Era una chica que había conocido a un chico, Romeo, con el que había sufrido una decepción... solo eso, solo alguien más sin otro aporte que mis propias emociones, y tan solo un día después estoy implicada en el crimen de una chica que iba a la academia y encima descubro que mi Romeo es poli, que mi profesor es un posible asesino y , por si fuera poco, dos italianas, madre e hija me adoptan... tenía demasiado que asumir para que mis nervios me permitieran disfrutar de la deliciosa capa de nata y orégano que cubría mi filete.

Sin embargo, los sucesos llegan a su antojo, nada puede detenerlos, tu te las apañas como puedas para digerirlos porque ellos no tendrán la más mínima consideración. Y así es como los tenedores se detienen en el aire cuando Romeo en mitad de la comida dice:

—Es el momento de que hablemos seriamente.

Capítulo 10

El sol de la sobremesa choca contra la presencia contundente de las hayas y castaños que rodean la calle donde se ubica el apartamento de Anna y su hija. Ese impacto de luz contra las majestuosas copas de los árboles crea un juego de luces y sombras que van adornando el rostro de Romeo. Porque para mí siempre va a ser Romeo aunque su nombre real sea Alexander Mckenzie.

—La policía ha levantado el precinto de tu apartamento —lo escucho con atención a pesar de los juegos de luz de su cara por los efectos del sol y los árboles. —Claire, en Francia también murió una de sus alumnas. Además tenía un perfil psicológico muy parecido al de Sally.

—¿Era por eso por lo que estabas tan pegado a ella?

Reconozco que la pregunta era mitad interés policíaco y mitad sentimental.

Mi Romeo también debe notarlo porque sonrío y, tanto Anna y su hija como yo, podemos ver hasta la última pieza de su dentadura perfecta.

—Sí, era por eso. —Durante unos segundos la conversación se detiene y nos miramos fijamente a los ojos. Anna carraspea y Romeo baja la mirada por unos instantes. Después vuelve a levantar su rostro y sus ojos vuelven a ser los de un policía. —Sally tenía grandes dotes culinarias, como Gabrielle, la chica que fue asesinada en Francia, y yo tenía que descubrir quienes eran las víctimas potenciales.

—Es decir —interrumpe Anna —que no saber cocinar la ha salvado.

Las vueltas que da la vida; aquello que era lo más criticado en mí, había sido mi arma de protección. Pero aquella información me llevaba a otro dato... Romeo jamás había estado interesado en mí, solo estaba haciendo su trabajo.

—Así es —responde Romeo —. Luca no podía querer nada de alguien sin conocimientos en el ámbito, por lo tanto Claire estaba a salvo. —Se gira hacia mí antes de decir: —Claire, yo nunca te mentí. Iba a contártelo todo ayer por la mañana pero te fuiste con Luca.

—Ya te dije que estuvo conmigo todo el día, no ha sido él.

—Y yo te respondí que fuiste su coartada.

—No entiendo nada...

—Vamos a ir despacio para que lo puedas asimilar. —El tono de su voz es interrumpido por el burbujeo del café que cae sobre las tazas. Romeo espera a que Antonella vuelva a tomar asiento y continúa: —En realidad, no creo que tuviera intención de matar a Sally, creo que estaba buscando algo en tu casa, algo que podía servirle. Mi hipótesis es que mandó al falso cura a tu casa mientras te paseaba por Turín para que buscara alguna receta, algún ingrediente, por eso, Claire, es importante que recuerdes si hablaste de algo nuevo con él... algo nuevo en cuanto a cocina, a tus conocimientos, o tal vez alguna receta que ibas a probar con Sally...

Y entonces sucede. Se enciende una luz en mi cabeza. Algo que no sé descifrar todavía pero que está ahí con una certeza que me asusta. Trago saliva. No puedo evitar que las imágenes de Sally muerta vengán a mi memoria, eso y la última tarde que compartimos como si fuéramos buenas amigas antes de aquel bofetón. Aquella tarde ...¿qué fue lo que hicimos? ... no soy capaz de recordarlo pero ella se había ofrecido a ayudarme con las recetas.

Le cuento a Romeo a trompicones todo lo que va pasando por mi mente ...

—Tiene que haber algo, Claire, algo de lo que podamos tirar.

—¿Y por qué tiene que ser ella la que encuentre ese algo? —pregunta Anna con los brazos en jarras. —Tu eres el investigador. No puedes pedirle a ella que haga tu trabajo

Romeo la mira sin que nada denote un ápice de impaciencia.

—Ella fue la última persona que vio con vida a Sally.

—Eso no justifica el acoso policial —insiste Anna.

—Tampoco podemos olvidar que Sally fue asesinada en su apartamento.

—¿Y ella tiene la culpa de eso?

—No estamos hablando de culpas. Estamos intentando averiguar quién mató a una chica.

Anna vuelve a replicar. Yo ya no escucho nada... mi mente está en aquella tarde noche en que estábamos preparando una sencilla cena a base de pasta y salsa carbonara.

Romeo ha dejado de escuchar las quejas de Anna que parece más una abogada defendiendo a su cliente que una panadera italiana. Me mira... Romeo me mira mientras yo reconstruyo la tarde en que mezclaba la mantequilla con la harina y la sal y le daba un toque de ... ¿qué especia era?

Romeo sigue con sus ojos pétreos en mí. Tengo la noción de la fijeza de su mirada, más que una noción es una certeza. Soy totalmente consciente de que advierte que estoy recordando algo importante. La voz de Anna continúa dando quejas. Antonella habla de vez en cuando para respaldar lo que dice su madre. Ninguna de las dos parece italiana en este momento. Su acento es como el mío, puede que incluso más americano teniendo en cuenta que yo vivo en Texas y que el acento allá está muy latinizado. Pero todo aquello; la mirada fija de Romeo, las voces de Anna y Antonella, los cuestionamientos sobre la forma de trabajar de la policía ... pasan a un segundo plano.

Yo estoy en aquella tarde y recuerdo la sensación de complicidad de Sally, su promesa de ayudarme a cocinar, la visita inesperada de Romeo y mi confusión con las especias. Y al llegar a este punto es cuando siento un escalofrío que me recorre desde la nuca hasta el final de la espalda. Tengo la dolorosa certeza de que la muerte de Sally tiene que ver con aquel día, con aquel plato que salió exquisito por error.

Miro a Romeo, quiero contárselo todo pero las palabras se aturullan en mi garganta solapándose unas con otras haciéndome tartamudear. Mi respiración comienza a agitarse. Anna me coloca un vaso de agua delante. Escucho que Romeo me pide que respire con profundidad y retenga el aire.

Creo que ya sé que era lo que buscaban en mi casa y no puedo decirlo. Tiemblo y no me sale la voz. Todo empieza a oscurecerse hasta que llego a un vacío donde no hay nada, donde no ha muerto nadie, donde estoy a salvo...

Capítulo 11

Estoy convencida de que el cuerpo tiene sus propios recursos para evadirse de los momentos de tensión. Los suele usar cuando nosotros mismos no somos capaces de digerir la situación. Entonces es cuando se producen los temblores, las angustias, las palpitaciones...eso es lo que me ha pasado. Lo he visto todo oscuro al recordar algo que no me ha gustado. Algo que ha resurgido en mi memoria.

Oigo las voces de Romeo, Anna y Antonella a mi alrededor. Alguien me ha puesto sobre la cama. Ha debido ser Romeo. Estoy abriendo los ojos. Puedo hablar. Ha sido algo producto del stress.

En cuanto balbuceo veo tres sombras encima de mí. Enfoco bien. Son ellos.

—Qué susto nos has dado, Claire —dice Anna.

Antonella sonrío y Romeo me mira con preocupación. Sé que él ha notado como mis ojos brillaban al recordar y después ha visto como el horror ha nublado mi visión.

—Lo mejor es que te dejemos descansar —dice.

—Sí, le voy a traer un vaso de leche con canela y que descanse.

Canela...

—Sí, eso es lo que le eche a la salsa carbonara —digo —Sally dijo que con aquella nueva receta elaboraríamos un postre pero era todo una broma.

Los tres habían detenido sus pasos prestos a marcharse de la habitación para dejarme reposar.

—No entiendo como pudo saberlo Luca.

—Repíteme eso de la canela —me pide Romeo.

—Deberíamos dejarla en reposo —aconseja Anna.

Hago caso omiso de las palabras de la italiana que cada vez me parece más americana.

—Sally había venido a casa. Yo había hablado con mi padre para que me diera fondos y pagar su curso.

—¿Por qué habías hecho eso? —esta vez la voz de Anna sonaba llena de

desconcierto.

—Ella era una trabajadora y a mi padre le sobra el dinero. Me parece injusto que alguien tenga que gastar su paga extraordinaria para hacer un curso de formación que debería correr a cargo de su empresa. Sally tenía grandes cualidades, incluso había pensado pedirle a mi padre que la contratara para uno de sus restaurantes.

—Muy bonito por tu parte, Claire —dice Romeo dulcemente —es un gran acto de generosidad.

—Es un gran acto de imprudencia —replica Anna. —Si no hubiera pagado su curso no estaría ahora en esta situación. No es problema tuyo solucionar la escasez económica en el mundo.

Cada vez estoy más convencida de que Anna no es panadera, debe ser una gente de la CIA o algo.

—Continúa, Claire, por favor no más interrupciones.

Anna cruza los brazos sobre su pecho evidenciando su irritación.

—Sally estaba muy agradecida, de hecho yo también lo estaba porque eso me había permitido conocerla y me parecía una buena chica, castigada por la vida, eso sí, pero buena chica. Entendí que su desconfianza era el resultado de una vida en la que nadie había hecho nada por ella. El caso es que a partir de ese gesto mío compartimos varios momentos. El último día en mi casa fue tu interrupción —digo mirando a Romeo —lo que me despistó de la receta que estaba siguiendo. Sé que fue canela lo que le eche a la salsa, pero era una canela especial, algo traído de la India, con un aroma mucho más fuerte y un sabor más dulce. Algo más apropiado para un postre que para un entrante. Sally propuso elaborar en los siguientes días un postre a partir de aquella salsa. No sé si eso te puede ayudar en algo.

Romeo se levanta y sale del dormitorio. La verdad esperaba algo así como un agradecimiento por mi esfuerzo al recordar. En su lugar Anna dice:

—Ya le has dado ese hilo del que tirar a Alexander. Ahora a relajarse y descansar.

Miro a Antonella. Nunca he escuchado su voz.

—Mi idea de relajarme tiene que ver mucho más con pasear por la ciudad que con quedarme aquí acostada.

—Si vas a algún lugar nosotras iremos contigo ¿verdad Antonella?

La chica asiente con la cabeza.

—Antonella ¿dónde te gustaría que fuéramos? —le pregunto en un intento

de hacerle hablar.

La joven mira a la madre. Esta le da un papel y ella escribe “*Jardín botánico de Turín*”.

—No se hable más. —Me levanto de la cama y busco mi chaqueta. Miro a Anna.—. ¿Hay algún motivo por el que Antonella no pueda hablar?

Como si la hubiera pillado en un renuncio ambas se miran y permanecen en silencio. De pronto una voz irrumpe en el dormitorio y escucho decir a Romeo:

—Porque podrías reconocer su voz.

Capítulo 12

No puedo creerlo. Lo prometo que se me hace difícil de superar... es decir, todas las personas que yo he conocido en Italia, en mi glorioso viaje a Italia, son unas farsantes.

Miro a Anna y a la dulce Antonella. La chica continúa callada. A mí la verdad es que a estas alturas ya me despierta una curiosidad enorme saber quién narices es, o quien cojones, no me voy a andar con eufemismos.

—¿Quién eres? —le pregunto y mi tono de voz no deja lugar a la duda sobre mi enojo.

Alza una de sus cejas.

—Lo siento, Claire, tu padre nos pidió que lo hiciéramos.

Esa voz ... ¿no era la nueva asistente de mi padre?

—Claire —dice Anna, la panadera usurpadora —Antonella es mi hija. Yo trabajo para tu padre llevando su contabilidad desde hace años. Nuestros nombres son reales, somos italianas pero llevábamos mucho tiempo en Texas.

—Pero yo os llevo viendo aquí desde que llegué a Turín.

—Sí, es que estamos desde el principio. Tu padre nos pidió que te ...

—¿Qué me vigilarais?

—No exactamente. .

Escucho un bufido al otro lado del dormitorio.

Anna parece dispuesta a defenderse del reproche velado.

—Claire —me dice —hay cosas que necesitan explicarse con tranquilidad y no podré si Alexander está aquí.

Me giro hacia Romeo —Alexander.

—Entiendo que tú no sabías nada de todo esto —le digo señalándolo con el dedo.

Se acerca a mí. Pone su mano sobre mi dedo índice, lo baja con dulzura y responde:

—Lo he sabido hace un minuto antes de entrar para contártelo.

Ese es mi chico.

Me vuelvo hacia mis falsas italianas.

—Romeo o Alexander como preferáis no se va a mover de aquí. Os escucho.

Anna da vueltas por la habitación y se frota las manos en señal de nerviosismo.

—¿Por qué no se lo explicas tú, Alexander? A estas alturas ya debes saberlo todo.

—Casi todo pero también me gustaría oír vuestra versión.

Antonella abre un cajón y saca una foto. Me la ofrece. La miro y en ella veo a una chica de veinte años paroximadamente.

—Es Gabrielle Duvalle. La chica asesinada en Paris, en el curso que dio Luca hace dos años. ¿No te suena de nada?

La vuelvo a mirar.

—No, de nada.

—Ella trabajó para tu padre en uno de sus restaurantes. Fue ganadora de un concurso de cocina local y tu padre quiso darle formación. Veía en ella grandes cualidades y sin duda las tenía. No solo era un gran cocinera sino que tenía la creatividad para inventar recetas nuevas, platos que nunca se habían hecho antes, mezclar ingredientes que dieran nuevos gustos. Era lo que tu padre había estado buscando mucho tiempo.

Vuelvo a mirar la foto que sigue en mis manos. La hija que le hubiera gustado tener...

—Y aquí es donde interviene el señor Alexander McKenzie —dice Anna.

Romeo las mira con los ojos entornados.

—Te corresponde a ti contarle lo que sabes, nosotras somos trabajadoras que cumplimos órdenes de un jefe, no hay nada que se nos pueda reprochar, tampoco a su padre que lo único que ha querido ha sido protegerla.

—Un momento —digo mientras siento que los latidos de mi corazón golpean de nuevo mis sienes. —Mi padre...¿mi padre sabía que Luca es sospechoso del crimen de Gabrielle Duvalle y me ha enviado a este curso? ¿Me estáis diciendo que ha puesto en peligro mi vida para ayudar a atrapar a Luca?

—De ninguna manera —contesta Romeo. —Hasta que yo le cuento la verdad sobre Luca tu padre ignora todo. Para él Luca es solo un gran chef. En el momento en que le digo que el profesor es seguido de cerca por la policía esperando que haga un paso en falso me pide que te coloque en un avión rumbo a Texas -. Hace un silencio y toma aire para decir : —Me temo que no

tuve más remedio que decirle que eso levantaría sospechas y te pondría en peligro.

—Entonces estoy atrapada en Italia hasta que no pilles a Luca.

Asiente con la cabeza.

Doy una manotazo en la cama. Pero ¿por qué soy yo tan desgraciada? Cuando alguien viaja a Italia ve monumentos, aprende el idioma, hace cursos de cocina, come pasta y engorda y se enrolla con alguien. Yo no, yo viajo a Italia y me veo implicada en un jodido asesinato. Mierda, mierda y mierda ...

Me pongo las manos sobre la cara. Romeo acude en mi ayuda. Cree que estoy llorando.

—Todo se va a arreglar.

Me aparto las manos de la cara.

—No estoy llorando —le digo —estoy tratando de encontrar la manera de hacer que pilles a Luca y poder volver a Texas.

Camino hacia la puerta del dormitorio.

—¿Dónde vas? —preguntan los tres a la vez.

—Necesito oxigenarme así que tal y como iba a hacer al empezar la tarde me voy al Jardín Botánico a ver plantas, arboles y cielo.

No los espero, salgo de la casa sin mirar atrás.

Capítulo 13

El sol quiebra sobre la luna del coche impidiéndome ver su cara cuando me dice:

—Vamos, Claire, sube al coche, por favor, hablemos.

Es Romeo. Me sorprende que no le acompañen ni Anna ni Antonella, mis guardianas custodias en Italia. No estoy enfadada con él, después de todo está haciendo su trabajo, tampoco con ellas, también están allí por motivos profesionales, lo que me enoja es la situación. Es increíble que no pueda ni disfrutar de un viaje a Italia.

Romeo para el coche y se baja. En algún momento ha decidido que es mejor dejar de conducir y convencerme a la vez con el coche a veinte por hora en una calle transitada.

Me apiado de él. Me doy la vuelta y sin poder ver aún la expresión de su rostro me dirijo al coche. Abro la puerta y me meto sin esperar a que el también entre. Cuando lo hace no está sonriendo que es el gesto más habitual en su cara.

—Quiero que comprendas algo, Claire —me dice con expresión preocupada. —No estoy aquí y ahora porque sea policía sino porque entiendo como te sientes.

Me llevo una de mis manos a la frente e inclino la cabeza pensativa.

—Es imposible que lo sepas, Romeo, no has vivido mi vida ni has estado en mis zapatos.

—Sé que lo que vas a escuchar ahora mismo no te va a gustar, pero tu vida no es precisamente un camino de espinas. —Increíble, ni siquiera en esa situación se va a compadecer de mí. —Me temo que vas a tener que ser más sincera aún si quieres que te comprenda.

No termino de entender a donde quiere ir a parar y permanezco en silencio sin saber lo que decir. Romeo arranca el auto y conduce sin detenerse hasta el Jardín Botánico. Dentro de aquel inmenso recinto que alberga plantas y árboles de todo tipo es fácil olvidarse del mundo. Parece un lugar mágico

donde la naturaleza te deja sin aliento. Pantas alpinas, coníferas, arboles de enormes troncos con cortezas húmedas, hojas alargadas en color verde menta, olor a húmeda y nieve, y lo mejor; a los lejos puede distinguirse la silueta de los montes Apeninos. La belleza de tal vista me arranca un gemido.

—A mí también se me cortó la respiración cuando lo vi por primera vez —me asegura.

Durante la hora siguiente caminamos entre bosques, olores, arbustos y lechos de hojas. Dentro del recinto hay una preciosa cafetería acristalada donde permiten tomar un delicioso caffè latte mientras te deleitas con la verde visión.

—¿Cómo te sientes con la implicación de tu padre en todo esto?

Muevo la cabeza en un movimiento lento de izquierda a derecha mientras lucho por contener la quemazón de mis ojos.

—¿Sabes que sentí celos cuando vi la foto de Gabrielle Duvalle?

—Lo imaginaba —me responde. —Conozco la sensación de no ser para unos padres lo que se espera de ti.

Vaya, aquello sí que era una sorpresa.

Veo como vacía otro azucarillo en su taza y sumerge la cucharilla metálica lentamente en la espuma de se caffè latte. Remueve la mezcla y tengo la sensación de que con ello está también removiendo sus recuerdos.

—Mis padres se dedicaron toda la vida a la medicina y esperaban que yo también lo hiciera —me dice mientras sus ojos alternan de los míos a algún lugar a la izquierda. Una vez leí que cuando alguien miraba a la izquierda mientras rememoraba algo es porque lo que contaba era algo difícil para él. — Mis buenas notas ameritaban una carrera dentro de la sanidad pero yo lo detestaba. Nunca he soportado todo lo que acompaña el dolor humano. Hay que tener una pasta especial para verlo y que no te afecte. En su lugar decidí tratar de solucionar los problemas de la gente, por eso me dediqué a la investigación.

—¿Y qué dijeron tus padres? —le pregunté.

—No era tanto lo que decían como lo que callaban.

Inspiro al escuchar aquello. El aire entra en mis pulmones ensanchándolos para oxigenar el dolor que compartimos. Yo también reconozco aquella desaprobación velada.

—Sé a lo que te refieres. Mi padre también lo hizo muchas veces conmigo. En realidad cada vez que le hablaba de algo que me ilusionaba.

—Sí —me dice confirmando mis palabras —sé que sabes de lo que te hablo. Lo adiviné cuando te escuché decir lo que tu padre esperaba de ti. Los míos jamás me seguían la conversación cuando les contaba mis avances en cada una de mis investigaciones, lo estimulante que era ir completando las piezas de un rompecabezas... ellos se las ingeniaban para relacionar algún hilo de mi plática con la medicina y empezaba el machaque.

—Es doloroso intentar gustar a quienes amas y no conseguirlo ¿verdad?

Durante segundos interminables sus ojos sostienen los míos. Acerca una mano hacia mí y la mantiene con la palma abierta ofreciéndome a asirla. No puedo explicar la lucha que se desata en mi interior. No estoy segura de gustarle. No sé si solo es compasión, empatía y complicidad o hay algo más. La magia que una vez nos unió parece renacer como si fuera un hilo mágico que nunca se hubiera deshecho. El silencio instaurado cada vez pesa más y alargo mi mano lentamente hasta colocarla encima de la suya. Siento el calor de su piel y veo como sus dedos se curvan para entrelazarse con los míos. Una sensación de protección me invade y me hace emitir un suspiro que no pasa desapercibido por él.

—Sé que tu conoces todos esos sentimientos encontrados. Claire —ahora está acariciando con uno de sus dedos la fina piel de mi mano —debes encontrar la manera de sobreponerte a lo que los demás esperen de ti. Yo ya he transitado por ese camino y no es fácil, lo sé, pero debes hacer lo que te guste en esta vida porque es tu vida, no es la vida de tu padre, no es la vida de nadie salvo la tuya y créeme que no te hará feliz dedicarla a algo solo por complacer a otra persona. No importa lo que él piense, si lo que te gusta es dar saltos con un tambor a eso es a lo que te debes dedicar.

El comentario me hace gracia y una risa burbujea en mi garganta hasta salir al exterior. Yo maldigo esa risa porque hace que él suelte mi mano para ponerla en su taza y volverá beber su café con leche.

—Sé que no es la mejor manera de explicarlo pero estoy seguro de que me estás entendiendo.

—Sí, perfectamente, por eso te dije que sentí celos de Gabrielle Duvall, la chica asesinada en Francia, seguro que mi padre veía en ella lo que le hubiera gustado que fuera yo... trabajadora, con talento para la cocina, creativa, joven y llena de talento.

Una media sonrisa asoma a su cara.

—Tú también estás llena de talento... aún no sabemos para qué pero lo

estás.

No puedo evitar que mi mano le dé un manotazo mientras me río.

—Pues para que lo sepas siento mucha curiosidad por el origen de las especias... en realidad siento curiosidad por la procedencia y la historia de cada ingrediente. El mundo de las especias, la forma en que llegaron a Europa desde Asia, la ruta de la seda de Marco Polo, los puertos de otros siglos llenos de barcos con las deliciosas hierbas, el método para convencer a los grandes nobles de que aquellos saquitos de plantas aromatizarían y darían sabor a sus platos... todo eso me fascina, pero no me pidas que lo use porque sé de donde procede y cuáles son sus efectos, tal vez algo inútil si luego no lo sabes poner en práctica.

—No es algo inútil, Claire, es una de las ramas de la gastronomía, se necesitan especialistas en esos temas para conseguir los mejores ingredientes y teniendo en cuenta que tu padre tiene restaurantes de alta cocina no creo que le disguste tanto tu vocación.

Mi mente se puso inmediatamente en *modo on*. Yo ya me veía viajando por Asia, haciendo las mismas rutas que Marco Polo. Siempre tuve una imaginación desbordante. Y de Asia pasé a América y al chocolate azteca. ¿No era allí donde se cultivaba el cacao en sus orígenes? ¿No fue Hernán Cortés el que lo llevó a España?

—No —me corrigió Romeo mientras fantaseaba en voz alta —fue Cristobal Colón y lo llevo a Italia, desde allí se extendió al resto de Europa, pero ibas bien encaminada... Podrías pedirle a tu padre un viaje formativo a México para conocer los orígenes del chocolate.

—Mi padre no tiene chocolaterías.

—Tiene restaurantes y en los postres siempre se incluye el chocolate.

—Mejor aún —respondo entusiasmada —podría montar yo una chocolatería.

—¿Y qué me dices del té? —me pregunta Romeo que participa con entrega y entusiasmo en mis ilusiones . —Has pasado por alto el fascinante mundo del té, Claire, también traído a Europa desde Asia.

—Es cierto, y mira que los hay de todos los colores... digo el té...

—Te había entendido —responde él con una carcajada.

Las risas se van diluyendo en el aire que compartimos como si formaran parte natural de aquel paisaje lleno de árboles y aromas a naturaleza fresca. Apenas se ha disipado una carcajada, nace la siguiente ocupando el espacio

libre que dejó la otra. Tengo la sensación de estar en una nube hecha de risas y miradas porque el sonido de nuestra alegría se sostiene en roces de manos, miradas que se prolongan algo más de lo estrictamente necesario y toques furtivos en el cabello para apartar un mechón de la frente como si fuéramos amigos íntimos.

—Cuando se aclare todo esto —le digo aún recuperándome de la risotada anterior —me dedicaré a estudiar el mundo de las especias, el chocolate, el té, el café... todo lo culinario que enloquece a la gente de todo el mundo.

—Entonces tendré que hacer de guardespaldas porque tu sola por Asia eres un peligro.

Es muy fácil hablar con Romeo, o con Alexander Mckenzie, como se llame... Tiene un don natural para hacer que los demás se sientan cómodos en la conversación.

De regreso a casa me pregunta:

—¿Te has olvidado un poco de todo lo que te preocupaba?

Sonrío y asiento con la cabeza.

—Muchas gracias, Romeo.

—Me alegra seguir siendo Romeo para ti.

—Y yo me alegro de que no fueras tú el que le hiciera el chupetón a Sally.

Se acerca a mí y dije bajando la voz:

—Claire, no quiero perderte de vista.

—Lo entiendo, es tu trabajo.

—No, no me estás entendiendo. No quiero perderte de vista cuando todo esto termine. Antes o después encontraré a Luca y regresarás a Texas y ... yo no quiero perderte de vista, no quiero que te conviertas en alguien más a quien conocí mientras investigaba un crimen.

—Pero habrás vivido esta situación muchas veces.

—Sí, así es, y todas y cada una de esas veces he lamentado que desaparecieran de mi vida esas personas a las que conocí en circunstancias desfavorables.

—Entonces seré un recuerdo más, nada por lo que no hayas pasado antes —. En mi voz hay un deje de tristeza.

—Estás equivocada, antes he perdido la pista de personas con las que simpatizaba, contigo es diferente.

Acerca más su rostro al mío. Levanta mi mentón.

—En lo que me haces sentir, que es lo mismo que lo que yo te hago sentir a

ti.

Su boca está a dos centímetros. Puedo oler su piel, puedo sentir el aroma de sus mejillas, veo sus labios húmedos, me muero porque me bese.

Y por una vez el cielo me escucha y acerca sus labios a los míos. Los entreabre jugando con sus dientes. Mordisquea mi labio superior. Creo que tiene toda la intención de enloquecerme antes de introducir su lengua en mi boca y buscar mi propia lengua. Una de sus manos está enredada en mi cabello que parece fascinarlo. Siento las yemas de sus dedos dar suaves masajes circulares sobre mi cuero cabelludo, la sensación es enardecedora. La otra mano se desliza de arriba abajo a lo largo de mi espalda. Me sujeta con firmeza como si temiera que me escapara de su beso. Su lengua se frota contra la mía en un movimiento lento y lleno de pasión. Su sabor es dulce y masculino. Su boca absorbe la mía por completo. Puedo sentir el deseo que contiene en la forma posesiva en que me sostiene en sus brazos.

Se me pasa por la mente que subamos a casa pero Anna y Antonella deben estar ahí y no puedo llegar con un hombre a una casa que no es la mía. Hago un registro mental del lugar donde nos encontramos. Estamos rodeados de hayas y castaños que bordean la calle. Las manos de Romeo bajan y bajan por mi espalda demandando su deseo. Yo me siento igual. Un fuego ardoroso se ha instalado en el centro de mi vientre y emana su calor hasta el epicentro de mi cuerpo. Incluso alzo mis caderas buscando algo que sacie el calor que me devora por dentro. Su lengua sigue jugando en mi boca.

Sé que estamos cerca de *La Fontana Angelica*. Una enorme fuente llena de simbología donde se puede ver a dos hombres; otoño e invierno, y a dos mujeres; primavera y verano. Una fuente que representa la alegría y el amor llena de connotaciones mágicas. La mayoría de los turineses tienen alguna creencia esotérica y acuden a la fuente en busca de amor o de fortuna. De repente me imagino como si fuera Sofia Loren en la *Dolce Vita*.

Y ya no me lo pienso más... al fin y al cabo ¿no estaba en Italia para vivir una experiencia única? ¿no era eso lo que decía mi padre? Por favor, quiero llevarme el sabor del amor italiano, con un americano, sí, ya lo sé, pero ¿dónde te encuentras a un americano que haga el amor debajo de las figuras de una enorme fuente turinesa? Pues ahí estaba mi Romeo para hacer mi viaje a Italia inolvidable.

—Vamos —le digo mientras salgo del coche.

En cuanto vuelve a tenerme a su alcance me vuelve a besar. Caminamos a

trompicones hasta el final de la calle y llegamos a la plaza. Romeo no ha dejado de besarme donde alcanzaba durante el corto trayecto a pie buscando un lugar donde tener un poco de intimidad. Es lo más loco que se me ha ocurrido en la vida pero ya está bien de tormentos y preocupaciones. Casi casi que me da igual lo que él vaya a pensar de mí. Puede que no vuelva a verlo en mi vida y no quiero perderme lo poco que pueda tener de él.

Él comprende mi propósito cuando me detengo delante de la imponente fuente. Su boca se tuerce lentamente en una sonrisa maliciosa, deliberadamente pícaro. Me coge en sus brazos y entramos juntos en la fuente. Me coloca debajo de la estatua que hace la alegoría del otoño. Las salpicaduras del agua humedecen su pelo y yo enredo mis dedos en él. Escucho el borboteo del agua cayendo de las espectaculares estatuas sobre la superficie. El frescor y olor a humedad abren los poros de mi cuerpo. Romeo desabrocha mis pantalones. Me doy la vuelta y apoyo las manos sobre los pétreos pies de la figura masculina que parece mirarnos desde su altura. Escucho un sonido metálico. Puedo adivinar que está desabrochando la hebilla de su pantalón. Mis nalgas quedan expuestas al aire y noto la brisa cálida del verano chocando contra ellas como si un soplo humedeciera los lugares que rocían las gotas de agua. Las manos de Romeo amasan mis nalgas, las acaricia y en algunos momentos eleva la presión para sentir las en las palmas de sus manos. Yo estiro mi cuello y él me besa mientras acerca su miembro duro y erecto a mis piernas. Moja mis muslos con sus líquidos antes de buscar mi interior. Apoyo las nalgas en su vientre y siento su glándula presionando con delicadeza para entrar en mí. En cuanto está dentro empiezo a moverme desahogando el fuego que me recorre y que hace que solo desee sentir sus movimientos en mi interior. Ya no sé si tengo delante al otoño, al invierno o a la primavera y el verano. La imagen de las cuatro estatuas mirando nuestro encuentro sexual me excita más aún. Italia, desde luego, está llena de encantos ...

Mientras nuestros cuerpos se mueven a la misma vez, no deja de decir:

—Te amo, Claire, me vuelves loco, eres preciosa.

Yo no digo nada. Solo respondo moviéndome más rápida. Sé que estoy a punto de llegar al clímax y ya me he olvidado de las especias, de Marco Polo, de la ruta de la Seda, de Sally y del asesinato en Francia y del dichoso profesor de cocina italiana. Solo existimos en el mundo mi Romeo y yo.

El peso de su deseo se sostiene en mis pechos que son acariciados por las manos de Romeo. Mis pezones están rojos y endurecidos bajo su contacto

mientras él los tortura masajeándolos con suavidad. Lo escucho gemir.

—Oh Dios, Claire...

No dejaba de resultar curioso que nos acordemos de Dios en tales circunstancias. Yo hice lo propio.

—Virgen Santísima .

Que me perdone la Virgen pero no puedo más, me quiero deshacer, mi interior grita para desahogarse en una corriente de agua oleosa que chorrea por el miembro de Romeo.

—Te amo, te amo, te amo... —grita mientras en dos empujones siento su lava ardiendo en mi interior.

Acabamos abrazados bajo el chorro continuo de la fuente que impasible ha contemplado nuestra pasión.

—No había hecho esto en mi vida —me dice mientras sube mis pantalones y mira alrededor para asegurar nuestra intimidad.

—Yo tampoco.

Pone sus manos en mi cuello y me acerca a su boca. Vuelve a besarme, esta vez con más dulzura que deseo. Me coge en sus brazos y me saca de la fuente. Atrás quedan las cuatro estatuas de la Fontana Angelica mientras nuestras ropas van ondeando húmedas por el camino de regreso a casa.

Italia es maravillosa.

Capítulo 14

¿Qué puedo decir del mundo, de la vida y del amor?

¿Qué se puede decir en este enjambre de sorpresas donde todo parece estático por la cadencia con que suceden los acontecimientos pero en realidad está en un continuo cambio?

En un solo segundo, en un click, en un abrir y cerrar de ojos todo lo malo puede convertirse en lo mejor... y viceversa. El amor es la energía más poderosa del mundo y, me atrevería a decir, que la más mágica. Cuando hablo de magia no me refiero a hechizos y pócimas, me refiero a esa corriente que te arrasa, que te hace sonreír con la mirada perdida, que te permite salir de tu cuerpo mientras tu alma viaja a otro momento en el que casi puedes volver a sentir el calor de otra piel, la humedad de unos labios, la sensación resbaladiza y risueña de dos cuerpos amándose. El hecho de que La Fontana Angelica estuviera llena de secretos y supersticiones hacía el encuentro más sublime.

Así me desperté, con el sabor del amor en los labios...

Llaman al timbre y salgo corriendo hacia la puerta como si no hubiera un mañana. Tengo la sensación de que cualquier cosa que me regale Italia debe ser aprovechada como un regalo único. Por el camino hacia la entrada del apartamento casi arraso a Anna por el camino.

—Voy a hacer el desayuno —me dice.

Abro la puerta sin prestar atención a sus palabras y allí está él. Qué guapo, que sonrisa, que porte, que divino es mi Romeo. Por si correr para abrir la puerta no hubiera sido lo bastante patético, hago ahora lo que hace cualquier mujer enamorada; suspiro. Supongo que es algo inevitable hacer todo aquello que cuando lo contemplas en el tiempo lo ves incluso ridículo, aquello que vemos en las películas de amor y pedimos a nuestra amiga que si alguna vez estamos en ese estado nos avise y no nos permita caer tan bajo... pero cuando sucede nuestra amiga nos mira con devoción, con la alegría en los ojos como si ese estado fuera lo mejor que pueda sucederle a una persona... lo llaman amor y debe ser verdad que es maravilloso porque el alma parece suspendida

en el cielo para contemplar el lado bueno de la vida.

Romeo lleva una bolsa de papel entre sus manos y entra con absoluta naturalidad.

—Hola preciosa —tras lo que me besa y me deja los labios llenos de humedad que yo saboreo con la punta de mi lengua —he pensado que hoy podíamos hacer un desayuno a la italiana.

Empieza a sacar cosas de la bolsa y ponerlas sobre la mesa.

—Parece que hoy te libras de hacer el desayuno, Anna.

Antonella ya está sentada y mira con fascinación los manjares que Romeo saca de su bolsa como si fuese un mago sacando conejos de una chistera.

—Aquí tenemos panqueques, dulce de leche, cruasanes de mantequilla, caffè latte, pana cotta y amarettis. Buen provecho a toda la familia.

Su sonrisa al decirlo ilumina el salón.

Me siento en la silla con la baba que se me cae. De verdad que me parece que Romeo tiene algo especial, una dulzura, una natural sencillez para ganarse el corazón de todo el mundo. Anna, lejos de enojarse, se sienta con la boca echa agua y abre los panqueques para llenarlos de dulce de leche.

—El dulce de leche no es italiano —le dice a Romeo.

—Es una licencia que me he permitido para sorprenderos. ¿Lo probaste alguna vez?

Anna asiente con la cabeza pero no pierde el tiempo en contestar. Antonella ya da cuenta de su panqueque mirando con avidez el resto de manjares. Romeo no tiene ninguna prisa. Está dispuesto a servir él mismo el desayuno y rellena con el café y la leche las tazas que Anna ha colocado sobre la mesa.

La luz estival de Turín llena el pequeño espacio del salón y , tengo que decirlo, es el desayuno más glorioso de mi vida. No sé si es porque estoy enamorada y todo me sabe y me huele mejor... es posible... pero de lo que estoy completamente segura es de que en Texas jamás he desayunado con mi padre. Mis desayunos allá son solitarios, servidos por alguna chica del personal de servicio que no quiere arriesgar su puesto de trabajo dándole conversación a la señorita de la casa. Generalmente estos desayunos se producen a las diez u once de la mañana y mi padre ya se ha marchado a trabajar. Así que no tengo que explicar que un desayuno en familia es para mí todo un acontecimiento.

Tomo un trago de mi taza. Observo a cada uno de los comensales. Todos

parecemos contentos. Romeo no deja de mirarme.

—No te demores más con los panqueques... tengo algo que darte.

—¿Una sorpresa? —pregunta Antonella.

Casi me dan ganas de aplaudir. ¡Antonella ha hablado! Creo que si pasara una semana más con Romeo terminaría hablando como una cotorra.

—Sí, es una sorpresa para Claire, pero también tengo una para vosotras.

El rostro apagado de Antonella se ilumina. Deja de comer su panqueque y dice:

—Quiero ya mi sorpresa.

Hay algo en esta chica que me despierta compasión. No sé si es que no está acostumbrada a que la traten bien. Por extraño que parezca hay personas así a las que la vida no se lo ha puesto fácil y les sorprende que alguien tenga un gesto con ella. Esa es la impresión que tengo de esta chica.

—Algo escuché el otro día que me hizo pensar que te gustaba pintar ¿me equivoco?

Observo como su boca va virando en una curvatura tímida hasta convertirse en una sonrisa.

—Sí, pinto desde que era una niña.

Romeo le extiende una caja de madera y ella la abre con la expresión feliz en su rostro. Dentro de la caja hay acuarelas, oleos, pinceles, un mezclador de pinturas y algunos acrílicos.

—Graciasssss —dice alargando la s mientras se levanta y le da un beso en la mejilla.

—Ahora la sorpresa para la señora Anna.

—No soy tan mayor para que me llames señora —le dice ella envuelta en una risa.

—Señora por la elegancia y la clase, no por la edad ni por la apariencia.

¿Se puede ser más divino?...

Un delicioso perfumador relleno con una fragancia dulce con una base atalcada se mezcla con el olor al desayuno dominando finalmente cada nota nuestros olfatos.

—Muchas gracias —Anna tiene una sonrisa francamente bonita —es usted todo un Romeo.

Hale, ya le ha caído otro beso en la mejilla. No se puede quejar, no.

—Y ahora para mi chica preciosa que ha encontrado una de sus vocaciones tengo esto.

Tomo nota de *mi chica preciosa* sin ningún pudor delante de Anna y de Antonella. Me extiende el brazo para que agarre un envoltorio. A todas luces es un libro.

Rompo el papel de regalo de un color púrpura brillante y aparece un ejemplar titulado *La ruta de la Seda y el origen de las especias*. No puedo describir lo que siento al saber como me ha escuchado y se ha molestado en buscar algo para incentivar mi ilusión. Dejo el libro sobre la mesa y me acerco a él. Esta vez no es un beso en la mejilla lo que recibe. Agarro su mentón, levanto sus labios y pongo toda mi pasión en un beso quizá algo impertinente delante de Anna Antonella. Ellas dos, lejos de molestarse, aplauden mientras Romeo y yo nos besamos.

—Algo bueno te llevas de Italia, Claire —me dice Anna mientras todos volvemos a los ricos manjares del desayuno.

—No solo a él, también a vosotras.

Hablamos de Texas, de la forma en que se vive allí, de la influencia latina que tanto me gusta, del sol y de su luz totalmente distinto al italiano, o quizá lo que sea distinto sean los edificios, las fachadas, las calles, la forma en que se adorna cada rincón. Italia tiene un gusto por conservar y embellecer, esta es la mayor diferencia con Estados Unidos, allí se destruye lo viejo y se crea algo nuevo. Prefiero la estética italiana que valora lo bueno y lo convierte en algo intemporal.

Una hora y media de desayuno entre conversación, risas y tazas de café.

—Nosotras tenemos que hacer —dice Anna levantándose de la mesa con la mano en su barriga a modo de protesta por la cantidad de calorías ingeridas.

—¿Tal vez dar un paseo para rebajar el atracón a panqueques?

Ambas ríen la gracia de Romeo y desaparecen tras cerrar la puerta.

Romeo y yo estamos otra vez solos y no tardamos en juntar nuestros cuerpos y volvernos a besar como si hiciera siglos que no lo hiciéramos.

—Sabía que sería fuera de mi país donde encontraría el amor.

Me sienta sobre sus rodillas. Pongo mi brazo sobre su hombro. Me gustan los gestos familiares y cómplices entre una pareja.

—Yo nunca lo hubiera imaginado —le respondo —pero es natural, no tengo un trabajo que me haga salir de Estados Unidos.

—La vida te sorprenderá muchas veces, Claire. No importa lo poco que salgas, puedes creer que el amor te llegará siempre en los momentos más inoportunos.

¿Trataba de decirme que lo nuestro terminaría en cuanto dejáramos Italia?

Quito mi brazo de su hombro y me siento de nuevo en la silla. Sin saber lo que hacer para dispersar el mal pensamiento, me sirvo otro té. Como si hubiera adivinado mis presagios lo escucho decir:

—Estoy tratando de decirte lo contrario de lo que estás pensando.

Suspiro aliviada. Hay veces en que no tienes ni idea de cómo vas a llevar a cabo tus planes pero el hecho de que la otra persona también trate de averiguarlo te consuela, te complace, te hace sentir que también te ama.

Una sonrisa lenta se va formando en mi cara...a mi pesar... No sé explicar muy bien porqué. Tal vez tengo miedo a quedar en ridículo tomándome en serio una historia que probablemente terminará fuera de su contexto.

Me agarra la mano y me pone en pie junto a su cuerpo antes de decir:

—No te voy a perder, Claire, aunque te tenga que llevar conmigo por todo el mundo.

Puede que sea una fantasía, pero es una fantasía maravillosa y yo estoy más que dispuesta a creerla mientras sus labios recorren mi cuello. Mis manos ya están desabrochando su camisa y mis dedos abren uno a uno los botones de su camisa para dejar al descubierto su pecho amplio. Ahora no estamos en la Fontana Angélica pero tocar su piel caliente me parece la dicha más grande del mundo. Romeo imita mis dedos y abre los botones de mi blusa. Momentos después sus manos están sobre mis pechos. Estoy pegada a su cuerpo y mientras su lengua envuelve la mía, noto su erección golpeando mi pelvis.

Levanto una de mis piernas para enredarla en su cintura. No necesita más invitaciones. Entiende mi intención de forma intuitiva y agarra con fuerza mi cintura para que mis piernas puedan trepar por su cuerpo. Enredo mis manos en su cabello mientras él me sujeta en peso y camina conmigo en volandas hacia la habitación.

Me devora el calor, solo deseo que desnude mi cuerpo y lo vista con sus besos. Muero por sentir la excitante humedad de su boca por cada rincón de mi cuerpo

Sus manos van sacando con delicadeza cada una de las prendas que me cubren. La lentitud con que me despoja de la ropa interior mientras mira con fascinación las partes más íntimas de mi cuerpo me hace hundir las manos entre los mechones de su pelo y dirigir su rostro hacia el centro de mis muslos.

Romeo no se deja dominar y antes de hundir su lengua en mí se detiene sobre la cara interior de mis piernas y me da mordisquitos clavando sus

dientes sin hacer demasiada presión al tiempo que va acercándose a mis ingles. Cuando llega allí las trata como si fueran unas diminutas islas de placer antes de llegar al tesoro prohibido y se dedica a succionar con suavidad la delicada piel que rodea mi genital.

Yo me siento hinchada y caliente, hay un punto concreto de mí que parece a punto de estallar. Creo que lo hará en cuanto lo roce con su lengua. Y comienza la dulce tortura, ese exquisito momento en que sabes que antes o después llegará al lugar más prohibido pero mientras tanto da besitos, mordisquitos, succiones, chupaditas...aquí y allá mientras suspiras porque llegue al botín. El tiempo desaparece para transformarse en una nube de algodón rosa...es lo más parecido que se me ocurre a la dulce espera, que no es un embarazo, son esos minutos que transcurren desde el momento en que sabes que pronto llegarás al orgasmo hasta que este se produce. Y cuando ya me estoy preguntando cuando llegará el momento noto su lengua mojada sobre mi punto más álgido, advierto su presión esponjosa y flexible, siento mi cuerpo desfallecer mientras toda la gravedad se concentra en mi vientre. Mis piernas se elevan, mis caderas se alzan buscando más...más presión, más humedad, más velocidad ...y me vacío, me desarmo, me quedo indefensa mientras el mundo deja de existir y se convierte en una fuente de sensaciones parecidas a pequeñas descargas eléctricas que comienzan en mis ingles y terminan en el centro de mi cuerpo. Estoy a punto de sentir mi orgasmo cuando se detiene...*¿qué haces... por qué? ...sigue...*” Apenas una fracción de segundo da para pensar que trata de castigarte pero no, lo que viene a continuación es más delicioso todavía... siento como su miembro duro y erecto se acerca a mí anhelante, como lo coloca y mezclándose con la sensación cremosa de mi pelvis empieza a penetrarme... los movimientos comienzan suavemente pero agarro su cabello y cierro la mano apretándola justo antes de decirle:

—Quiero correrme ahora.

Los deseos del cuerpo, las sensaciones, la expectación del chorro cristalino del placer te hacen olvidarte de todo pudor para pedir lo que en condiciones normales te avergonzaría.

Veó la perversa sonrisa masculina de satisfacción pintada en su rostro antes de que decida acelerar sus embestidas. Los gemidos cosquillean en mi garganta y escapan sin control de mi boca mientras me retuerzo de placer con su boca incrustada en mi cuello donde muerde cada vez que su cuerpo se tensa.

Lo noto completamente endurecido en mi interior. Nos movemos muy rápido. Nos olvidamos de todo lo que ocurre fuera y solo importa lo que sentimos en este momento. Olvidamos a Sally, a Italia, a Luca... solo estamos él y yo.

El primer latigazo de placer me hace estremecer y siento su descarga en mi interior a la vez que mis propios líquidos resbalan de mi intimidad como lava caliente de deseo. En el segundo latigazo me enrosco a su espalda y junto mi pelvis más allá de lo posible a la suya. Escucho pequeños gruñidos de placer de su boca y me doy cuenta de que se está deshaciendo dentro de mí. Y por fin el último, el grandioso, el glorioso orgasmo final que me hace desplomarme sobre él cuando su mano me arrastra sobre su pecho una vez colmados nuestros deseos.

El tiempo no se detiene, pero parece eterno cuando instantes después me acaricia el cabello y la espalda respirando sobre su pecho.

—¿Te parece que hago el amor como un highlander? —Me quedo muerta con su pregunta y no puedo evitar que se me escape una risita.

—La próxima vez puede que te ponga una falda escocesa. ¿Cómo sabes lo que es un highlander? —le pregunto apoyando mi barbilla en su pecho duro.

—Lo busqué en internet cuando dijiste que tenía apellido de highlander — me responde con una sonrisa. —Espero que cumplir tus fantasías si es que ese tipo de literatura te hace fantasear.

Me incorporo sobre él. Nunca dejan de sorprenderme los hombres y en los detalles en los que se fijan.

—Déjame mirarte —digo fingiendo examinarlo palmo a palmo —porque no tengo más remedio que contarte que una de las cosas que caracterizan a los highlanders es el cuerpazo que tienen.

Lo veo poner los ojos en blanco.

—Sí, cumples el requisito a la perfección.

Sus labios emiten una risa grave que cosquillea en mi corazón.

—Vaya, muchas gracias... ¿y qué me cuentas de la forma que tienen de hacer el amor?

—¿Qué sabes tú de eso?

Su sonrisa, sus pequeños celos, la forma suave en que pregunta... todo es absolutamente embriagador con él.

—No tuve más remedio que echarle un vistazo a algunas páginas y , francamente, ahora entiendo porque las mujeres os sumergís en la lectura de esa manera.

—Bueno, entonces sabes que un highlander es lo mejor que hay para hacer el amor.

Me da la vuelta y me agarra las muñecas fingiendo dominarme al tiempo que dice:

—Dime que yo lo hago mejor que un highlander.

Mis carcajadas llenan el dormitorio que luce como el paraíso con nuestras ropas tiradas en el suelo.

—Tú eres el mejor highlander del mundo mundial.

Me besa, me acaricia, me come, me chupa... y cuando todo va a comenzar de nuevo suena su móvil.

Lo veo atender la llamada con gesto severo. Sí y no son las palabras que más dice pero las que se clavan en mi alma son las que me separan de él:

—Estoy allí en un cuarto de hora.

Mierda, ya nos han fastidiado la conversación divertida que daría lugar a otro orgasmo tipo highlander.

—Mi amor —dice mientras me da un beso suave y ligero en los labios — no tengo más remedio que irme. Han llevado preso al falso cura y lo tengo que interrogar. No te muevas de casa. Como mucho a mediodía estaré aquí.

Capítulo 15

Decirle a alguien que se quede e casa esperando es algo que resulta fácil, lo difícil es ser tú la que tienes que esperar.

Al principio vas gastando los minutos en hacer cosas simples como hervir agua en una tetera metálica y escuchar con atención los sonidos del agua cuando entra en ebullición.

En un momento inspirado puede que incluso alucines con los matices auditivos de las burbujas golpeando las paredes alúmicadas y estallando al llegar a la superficie. Una llega a comprender porqué en Asia valoran tanto el silencio; este es absolutamente necesario para poder captar los sonidos cotidianos.

Abrir una delicada caja de plata ornamentada con orfebrería artesanal para sacar las hierbas que compondrán tu té puede ser toda una experiencia cuando estás completamente sola esperando una llamada que te dé las últimas noticias.

Y podrías desvariar aún más cuando echas el agua del hervidor sobre las hojas fermentadas y machacadas que al hacer la mezcla teñirán la transparencia del agua hasta conseguir el líquido oscuro de tu té.

Después puedes colocarte en una terraza con orientación mediodía y disfrutar del cálido día de un verano en Turín mientras bebes sorbo a sorbo el té embelesándote con los colores azules y amarillos del cielo.

Y todo podría ser ciertamente maravilloso si no hubiera nada más. Si fuera tú y tu té y ese día de verano en Italia y no hubiera nada más que te preocupara...entonces sería suficiente el destello brillante de las hojas de un castaño al deslizarse el sol sobre ellas, suficiente el gorjeo de gorriones y palomas aleteando sus alas y trazando líneas imaginarias en el aire mientras recogen pequeñas cañas con las que construir sus nidos, suficiente el devenir de las pisadas de los transeúntes por las calles de adoquines dejando una impresión invisible de las huellas de su vida sobre los asfaltos cementados...

La mente tiene sus fortalezas para evadirse y dicen que la naturaleza es una de ellas, puede que también el té y su olor amargo, el chocolate y su sabor dulzón, un buen libro, una película, una conversación...cada uno elige lo que

quiere para evadirse de su problema y perderse en la eternidad del mundo... pero antes o después nos topamos otra vez con la realidad; la mía en este momento es la llamada de Alexander Mckenzie, mi Romeo.

Los minutos se han convertido en horas y no queda té, .mi mente da vueltas sobre lo que estará pasando en el caso de Sally, y Anna y Antonella no llegan. Sé que lo hacen con buena fe, sé que han querido dejarme a solas con Alexander imaginando que tendríamos horas por delante pero esa inoportuna llamada del departamento policial nos ha arruinado nuestro día de amor.

Son las seis de la tarde de un día de verano y mis nervios ya no se calman con nada. De repente tengo una idea...¿ no dicen que lo mejor para no pensar en ponerse a trabajar? Pues delante de mis narices tengo *El origen de las Especias*, el libro que mi Romeo me acaba de regalar para darle cuerpo a mi propósito de trabajar en el mundo gastronómico desde otra perspectiva; la selección de los mejores ingredientes para elaborar cualquier receta.

Mis labios se curvan en una sonrisa mientras recuerdo como fantaseábamos dando vueltas por el mundo en busca de los mejores materiales; Asia para el mejor té, México para el chocolate, España para el aceite de oliva, Francia para el queso, Escocia para el whisky...puestos a imaginar una vida la mía no está nada mal.

Una vez leí que la inmensa mayoría de la gente cuando cierra los ojos para ir a dormir se imagina otra vida. Solo los poquísimos afortunados que ya tienen una vida perfecta sueñan con su propia realidad.

Abro mi libro y empiezo a pasar sus páginas. Sus líneas me cuentan como era la famosa Ruta de la Seda, la forma en que se probaban las especias, las maneras de almacenarlas y transportarlas. Me encuentro sumergida en un mundo de olores que mi mente imagina mientras leo cada página cuando el rayo de sol que quiebra en mi mente me invita a salir a la terraza para contemplar el día; todo está luminoso y los adoquines de la calzada centellean al ser acariciados por el sol.

No estaría mal bajarme y caminar despacio hasta la Fontana Angélica con el libro en las manos y sentarme en uno de los bancos de madera a leer. No lo he hecho en mi vida, jamás he disfrutado de ese sencillo placer. Cuando salía de excursión en Austin por el parque Zilker y veía personas sentadas sobre la hierba totalmente absortas en sus libros siempre me preguntaba que extraña magia contendrían sus párrafos para conseguir evadirlos de ese modo casi transido.

Me siento y busco la postura. No hay mucha gente, apenas un par de ancianas que conversan en el banco vecino. Tengo una ligera aprensión...¿no dijo Rmeo que me quedara en casa?...¿por qué siempre me acuerdo de todo cuando ya es tarde?

Decido ignorar el extraño estremecimiento que siento durante una fracción de segundo. Vuelvo a abrir el libro...veamos...estaba en el primer viaje de Marco Polo...sí, eso era... Marco Polo se quedó hechizado con el aroma penetrante del orégano... siento como otro viandante ocupa el mismo banco que yo.

Yo quería estar cómoda ...¡qué fastidio!

Esto pasa en todas partes, no solo en Italia. Los bancos de cada plaza, parque o jardín son esos grandes olvidados hasta que ves a alguien sentado sobre ellos. Entonces es cuando te fijas en el color con que están pintados, en si están terminados en hierro para que la gente apoye los brazos, en si son largos o cortos... y te preguntas que es lo que pesa tanto en esa persona como para que haya decidido sentarse en ellos y pasar unos segundos contemplando de lejos la vida.

Consideraciones aparte juraría que el ocupante de mi banco ha acertado las distancias entre ambos. Uf, a ver si va a ser un salido, que de estos los hay también en todas partes.

Me estoy poniendo nerviosa. Conozco esa sensación que ningún científico puede explicar y que se define como intuición.

Durante un año entero estuve suscrita a una revista de ciencia. Lo cuento como un logro personal porque la constancia en mí brilla por su ausencia. Reconozco que en un principio lo hice solo por tener temas de conversación para ligar. En mi círculo social no hay grandes pláticas con las que convencer a un joven adinerado de que no eres solo una niña más de papá.

En este aspecto me gustaría explicarte algo más. No es que las niñas bien seamos unas estúpidas que no tienen de que hablar. Es que nos aleccionan en eso. Nuestra vida, impuesta de alguna manera por nuestros propios padres, especialmente por nuestras madres, es un paseo por las tiendas de firma y por los lugares más caros. De alguna manera se nos alecciona para eso. Lo que quiero decir es que al final todo el mundo habla de lo que conoce y , francamente, a nosotras lo que más nos han enseñado es la frivolidad de las marcas de ropa y maquillajes. Por eso, a nuestra manera, intentamos ser deferentes, intentamos demostrar que no somos una cabeza hueca.

En esta revista fue donde me enteré que el cerebro es capaz de advertir una situación de peligro treinta segundos antes de que nuestra parte racional pueda registrarlo.

Así que solo puedo decirte algo, amiga, la próxima vez que presientas que algo va mal, no lo pases por alto. Las grandes cosas de la vida nunca se pueden explicar racionalmente. Y si no, mírame a mí, sentada en un banco próximo a la Fontana Angélica casi casi presintiendo que una voz ya conocida diría lo que segundos después la realidad confirmó:

—Querida Claire, vas a levantarte del banco sin hacer escándalo y me vas a acompañar.

Me giro para ver los extraños ojos de Luca con un brillo maquiavélico que hasta entonces nunca había advertido.

Capítulo 16

—No tenía intención de matarla, fue todo un accidente, no sabía que había nadie allí.

El falso sacerdote se echa las manos a la cara y llora con amargura. Alexander Mackenzie lo mira entre el desagrado y la compasión. El detenido sigue hablando:

—Se lo prometo inspector. Mi única misión era tratar de buscar la receta que hizo Claire Holmes.

—Claire Holmes no tiene ni idea de cómo se cocina un huevo frito ¿cree que podría ser la autora de un postre con suficiente categoría para que un chef pudiera hacerlo famoso?

El cura inspira y seca las lágrimas de su cara.

—No lo sé, señor Mckenzie, yo no sé nada de Claire Holmes, solo quería hacerle un favor a Luca, parecía muy ansioso y no quería que se pusiera mal. No es un mal chico pero nunca tuvo suerte en la vida.

Vaya, por fin algo interesante. Alexander tenía muy claro que el cura encontraría mil disculpas para justificar su homicidio. No estaba mintiendo al decir que la muerte de Sally había sido un accidente. Era completamente cierto que no la había querido matar. Las conclusiones de los forenses eran esas, tal y como estaban dispuestas las heridas en la cabeza de Sally estas se debían a una caída accidental. Nadie libraría al cura de un año a la sombra pero la falta de intencionalidad se tendría que tener en cuenta en el juicio. Sin embargo para Alexander lo importante era atrapar a Luca y por primera vez el cura decía algo que podía hacer que conociera mejor el modus operandi del ladrón de recetas.

—Explíqueme eso de que Luca no tuvo una vida fácil —. Alexander se sienta frente al cura y lo mira directamente a los ojos.

—Luca es un buen chico que lo único que siempre ha querido es que se reconozca su talento para la cocina. Nadie tuvo la culpa de que naciera en el seno de una familia con problemas económicos.

—Efectivamente , nadie tiene la culpa —repite Alexander.

El cura levanta los ojos y mira con reprobación al inspector.

—Como se nota que es usted hijo de familia adinerada. ¿Por qué se dedico a esto y no siguió los pasos de papá y de mamá? ¿Quería demostrarle al mundo que podía triunfar solo? ¿De verdad quiere que crea que mamá o papá no hicieron unas cuantas llamadas para que no fuera usted un policía mediocre y llegara a ser inspector?

Alexander sintió una punzada en el vientre. Recordó como hacía unos años alguien más le había dado aquella información y como se había sentido al saberlo. Hijo de profesionales cualificados siempre se había sentido orgulloso de haber logrado su ascenso en la investigación gracias a sus propios medios. Aquel sueño se había roto cuando comprendió que sus padres habían ayudado moviendo hilos por detrás. Le supo muy mal entonces y seguía sintiéndose mal por ello ahora. Quizá otra persona estaba igual o más preparada que él para llegar a ser inspector pero había llegado él, seguramente por ser quienes eran sus padres.

Aunque él no había participado de ello seguía sintiéndose avergonzado y para siempre tendría la duda de si hubiera llegado a ser inspector sin la ayuda de sus padres.

—No estamos aquí para discutir mi vida sino para usted me diga donde está Luca.

—No sé donde está pero no se le puede acusar a nadie de querer llegar a lo más alto compitiendo desde la nada sin la ayuda de padres poderosos. Usted de eso entiende ¿verdad Mackenzie?

—Así que Luca ya sabe quién soy yo —concluye Alexander.

—Luca sabe quién es todo el mundo, inspector. También sabe que Claire Holmes es su amiguita. Usted se la quitó por muy poco, apenas una noche más y ahora la tendría en su cama.

La reacción no se hace esperar. A pesar de saber la intencionalidad de aquella frase Alexander no puede evitar agarrar al cura de las solapas y levantarlo en peso mientras dice:

—Vuelva a nombrar a Claire Holmes y le aseguro que va a pasar muchos años a la sombra.

Lo deja caer otra vez sobre la silla donde el hombre cae tambaleándose.

—Ya ha terminado con mi paciencia. ¿Dónde está Luca? —grita Alexander.

—El solo quería una receta, solo eso...

—¿Dónde está?

—Es un buen chico...

El cura vuelve a llorar. Alguien irrumpe en el despacho donde se está haciendo el interrogatorio. Un hombre de mediana edad susurra algo al oído de Alexander que hace que su mandíbula de crispe en un gesto de tensión.

Otro hombre entra en el despacho:

—¿Qué hacemos Mckenzie?

Alexander mira al impostor con dureza.

—Señor Pignatelli, creemos que Luca ha secuestrado a Claire Holmes. Si nos dice donde podemos encontrarlo haremos lo posible para que el tribunal le permita optar a un tercer grado en dos meses ¿sabe lo que quiere decir eso? -. El hombre negó con la cabeza. Alexander continuó: —Podrá salir en libertad condicional pero solo si nos ayuda a ubicar a Luca.

—No le hará daño a la señorita Holmes, eso se lo aseguro —responde Pignatelli —mi hijo no es un violador ni un asesino, él solo quiere la receta.

Todos se miran entre sí ante aquel dato revelador.

—Estaba a punto de preguntárselo, Pignatelli, su afán de protegerlo es demasiado evidente.

Los ojos del hombre se humedecieron de nuevo.

—Usted no le está haciendo ningún favor a su hijo protegiéndolo. Al contrario, está perjudicándolo. El responsable material del homicidio de Sally es usted y no él, el fiscal no lo tiene fácil para demostrar implicación de su hijo en el caso. Díganos dónde está antes de que haga una locura.

Dos pares de ojos miran a Alexander Mackenzie sabiendo que está conteniendo sus ganas de golpear a Pignatelli hasta arrancarle el paradero de Luca.

—Puede creer, inspector, que si lo supiera se lo diría.

Alexander golpea la mesa antes de decir:

—Voy a interrogar a todos y cada uno de los alumnos. Este hombre se queda aquí hasta que yo vuelva.

Tras el portazo de cierre de la puerta metálica el señor Pignatelli vuelve a cubrir su rostro para llorar.

Capítulo 17

Abro los ojos y miro a mi alrededor.

Estoy en una casa bien ventilada y con mucha luz. Noto la cabeza pesada y al moverme mis miembros parecen agotados. Se huele a café. La luz de la ventana me dice que son las primeras horas de un día nuevo...¿he estado durmiendo?

Intento que mi cabeza ordene las piezas de un puzle que no me encaja. Si no me equivoco Luca me secuestró ayer...¿qué hora era? Yo había bajado a la Fontana Angélica para leer el libro de las especias que mi Romeo me había regalado. Recuerdo perfectamente que ya en la calle recordé la advertencia de Alexander “no te muevas de casa”. Bueno, tampoco hubiera creído que pudiera pasarme algo al mediodía en un lugar como la Fontana donde suele haber tantos transeúntes. Curiosamente ayer había menos de los acostumbrados. Pero no puedo negar que olvidé su consejo.

¿Dónde estaba ahora Alexander... y Anna y Antonella?

Oigo unos pasos que se acercan. No sé si es Luca. Un escalofrío me recorre la cintura. Intento incorporarme a la cama. Cuando lo consigo después de luchar contra la pesadez de mis piernas escucho una voz tras de mí:

—Lo siento, fue necesario sedarte porque estabas muy nerviosa.

Me giro en un movimiento que me cuesta tanto trabajo como si cogiera con un solo dedo una bombona de butano. Me encuentro con su cara...una cara perfecta, demasiado perfecta para ser la de un asesino. De alguna manera todos imaginamos a los asesinos muy feos. Pensamos que la maldad se manifiesta en un rostro de ángulos asimétricos, de ojos juntos y pequeños, de bocas de labios fríos y delgados. No se nos pasa por la cabeza que un tipo con un lomazo como el de Luca sea un asesino. Incluso ahora, mirándolo, me cuesta trabajo de creer.

—¿Por qué estás haciendo esto Luca, qué es lo que quieres de mí?

Deja la bandeja donde lleva el aromático café sobre una mesita que hay junto a la ventana.

—No quiero hacerte daño, Claire, solo deseo que me digas el ingrediente

que echaste a tus carbonara.

¿Qué? No puedo creerlo ¿todo esto es por una maldita receta?

—¿De qué me estás hablando Luca? No tengo ni idea de cocinar y lo sabes mejor que nadie. ¿Crees que yo tengo el secreto de tu próximo éxito?

Mi tono es más sorprendido que asustado a pesar de que un temblor invade todo mi cuerpo.

Sus labios se elevan ligeramente en una sonrisa.

—No de forma premeditada pero creo que sí, que tu tienes el secreto de una salsa de postres innovadora. —Me agarra las manos y hace que me siente en la cama. Con toda la calma del mundo me pone una taza de café entre las manos. —Es importante que recuerdes la noche en que Sally fue a cocinar a tu casa. Tu echaste algo por error a aquella salsa y Sally te dijo que aquella textura sería ideal para un postre.

La cabeza me da vueltas. Los pensamientos se amontonan unos sobre otros sin dejarme ver uno solo de forma aislada y con claridad. Estoy impactada con Luca frente a mí pidiéndome que recuerde.

Un recuerdo cruel y doloroso acude a mi mente para advertirme del peligro... Sally está muerta... no debo olvidarlo. Hay una chica muerta solo porque había conseguido elaborar una receta innovadora. Doy gracias a Dios por mi falta de afición a la cocina.

La vida es como un enorme rompecabezas donde por años las piezas se mueven a su antojo sin que parezcan encajar nunca en ningún sitio y luego, de repente, así sin más, encuentran su sitio, consigues la respuesta a aquella pregunta que llevabas toda la vida postergando.

¿Por qué no aprendí nunca a cocinar? ¿no es un poco raro teniendo en cuenta que mi madre tiene una cadena de restaurantes distribuidos a lo largo y ancho de Estados Unidos?

Pues ahí estaba la respuesta... si hubiera sabido cocinar no hubiera ido jamás a Italia, no hubiera conocido a Alexander, no hubiera colaborado para resolver el asesinato de Sally y atrapar a un ... asesino.

No debía olvidarlo, Luca era un asesino. Era muy posible que me matara a mí también. Esta idea se registra en mi mente como si alguien la hubiera grabado con un metal incandescente. Este Adonis italiano ya se ha cargado a dos chicas, a la francesa y a Sally ...¿qué me hace pensar que no hará lo mismo conmigo?

Y entonces noto como transpiro, como las ganas de sobrevivir afloran

mientras silenciosamente prometo decir cualquier cosa y hacer cualquier cosa que me garantice que saldré viva de todo esto.

—Creo que te puedo ayudar, Luca, pero antes necesito una ducha, un desayuno y un buen paseo.

Como si aquella situación fuera lo más normal del mundo me mira con una sonrisa de película pintada en su rostro y dice:

—Claro que sí, querida, estamos en la Toscana, te encantará pasear por la campiña. —Se dirige hacia la puerta y solo antes de cerrarla cambia la expresión de su rostro y dice: —No intentes nada, Claire, todo irá bien si colaboras, te lo prometo, pero si me haces las cosas difíciles ... —Deja la frase inconclusa pero yo he entendido perfectamente la amenaza.

Capítulo 18

Voy caminando por un sendero rodeado de arbustos y vegetación silvestre. Luca a mi lado va señalando los viñedos que destellan a lo lejos bajo el sol. Ahora no tengo ya ningún tipo de dudas... no está bien de la cabeza.

El corazón hace unos minutos que se tranquilizó porque hasta que no he digerido que estoy en manos de un loco no he sido capaz de pensar. Tengo que aparentar que todo está bien, que somos una pareja paseando por los inmensos y coloridos viñedos de la Toscana y cuando en algún momento salga el tema de la receta decirle que fue canela lo que le eché a aquella salsa vomitiva que mezclé con los carbonara.

No hablo, solo lo escucho a él con una media sonrisa que no tengo ni idea de cómo puede él interpretar. Bajo su brazo lleva un mantel de cuadros blancos y rojos y en la mano una botella de vino, a su espalda una bolsa de tela amarilla con viandas. Se me pasa por la cabeza que tal vez quiera huir del país, cruzar la frontera con Francia o con Suiza para huir. Rezo silenciosamente al cielo para que no sea así.

Hemos llegado a un claro de hierba verde, muy verde, la hierba más verde que he visto en mi vida...¿será cierto que estamos en la Toscana? . Luca abre el mantel y se sienta. Yo me quedo de pie contemplando el movimiento de sus manos. Abre la bolsa de tela y saca una paleta de quesos y una hogaza de pan .

—Señorita, le invito a degustar queso y vino barbaresco. Que no se diga que no cuido a mis invitadas.

—¿Cómo la dejaron sola? —La voz es atronadora, desquiciada, ronca y con un matiz de dolor. Anna y Antonella se retuercen las manos mientras el señor Holmes, recién llegado a Italia en viaje de urgencia, les pide explicaciones. —Yo las contraté para que no la perdieran de vista. ¿Recuerdan mis palabras? —No contestan. La mirada de ambas sigue clavada en el suelo. —Les dije que no quería que pasara ni un mal rato. Les conté que solo era un pequeño castigo para que se espabilara, para que dejara de vivir frívolamente y ahora mi hija está en manos de un jodido loco que huye de Italia.

—No la dejamos sola —dice Anna —Alexander estaba con ella.

—¿Quién cojones es Alexander?

—Su novio.

—¿Mi hija se ha echado novio en Italia?

—Alexander es policía, señor Holmes, era la persona que estaba investigando el caso de Luca y la chica francesa que fue asesinada. —Peter Holmes sintió un escalofrío al recordar que Luca ya tenía antecedentes. —Él estaba haciéndose pasar por un alumno del curso de cocina.

—Quiero ver a ese tipo ahora mismo.

El sonido de la puerta al abrirse hace que todos se fijen en la persona que entra por ella. Alexander Mckenzie tiene los ojos enrojecidos y dos profundas ojeras rodean el cuenco de sus órbitas oculares. Las horas sin dormir, la angustia por Claire y el miedo a perderla le han restado ese encanto tan particular que le daba aquel aspecto saludable y bronceado.

—Aquí me tiene, señor Holmes, soy Alexander Mckenzie.

Extiende una mano para saludar al padre de la mujer que ama. Peter Holmes recoge la mano con un apretón que evidencia la rabia y la frustración que siente.

—Siéntese por favor, le pondré en situación.

—Dígame que mi hija está viva —pidió Holmes con desesperación.

—Si estuviera muerta lo sabríamos —responde Alexander.

—Muy bien, entonces dígame que vamos a hacer para encontrarla.

—Tenemos hombres vigilando todas las salidas de Piamonte.

—Y si ha salido ya de Piamonte?

—No le ha dado tiempo. Está aún por la zona. La vamos a encontrar, señor Holmes.

Por primera vez Peter Holmes mira con detenimiento al joven que acaba de asegurarle la vida de su hija. Alexander le mantiene la mirada.

—Usted es su amante según acaban de confirmarme mis empleadas.

Alexander mira a Anna y a Antonella.

—Lo siento, Alex, el señor Holmes quiso saber porqué la dejamos sola y no tuvimos más remedio que decirle que la dejamos contigo.

Alexander tarda unos segundos en hacerse cargo de la situación.

—Señor Holmes, no tuve más remedio que dejarla sola un par de horas cuando recibí la llamada de mi equipo para decirme que el señor Pignatelli había sido detenido. Le pedí a Claire que no saliera a la calle bajo ningún concepto pero debió de desesperarse aquí dentro y salir a tomar el aire.

—¿Quién es el señor Pignatelli?

—Es el padre de Luca. Él fue el que mató accidentalmente a Sally. Fue al apartamento de su hija buscando una receta que Sally había dejado allí anotada. Sally y su hija eran amigas.

—Quiero ver a ese Pignatelli.

—Lo tenemos preso pero tiene derecho a salir bajo fianza hasta que se le enjuicie. En el momento en que alguien le preste el dinero para la fianza saldrá bajo custodia policial. Creemos que Luca se pondrá en contacto con él.

Peter Holmes se lleva las manos a la barbilla en un gesto pensativo. Mira con cautela a Alexander y dice:

—Quiero hablar con él.

—No conseguirá nada. No traicionará a su hijo.

Peter Holmes golpea la mesa de madera con un el puño cerrado. Antonella y Anna dan un respingo.

—Señor Mckenzie ya ha demostrado su inutilidad cuidando de Claire, ahora déjeme hacer las cosas a mi manera. Lléveme a hablar con ese tipo. Tengo un trato para ofrecerle.

Veo como el sol se escapa del día y se esconde detrás de las montañas. La temperatura empieza a refrescar hasta el punto que mi camiseta de algodón es insuficiente para el frío que siento. El cielo parece amenazante mientras pierde poco a poco la luz solar. Luca no deja de hablar de su vida, de lo difícil que fue para él ascender de la nada. Yo permanezco en silencio para no decir nada que lo pueda alterar.

El cielo se ensombrece en cuestión de minutos y comienza a llover.

—Tal vez deberíamos volver ya a casa —le digo. —Es extraño que llueva de esta manera en la Toscana —añado sonriendo.

No responde a mi sonrisa. Saca su móvil y le echa un vistazo.

—Sí, los pronósticos de meteorología ya avisaron, estas variaciones son por el cambio climático.

Al llegar a casa enciende un hogar y echa unas brasas de madera. El techo comienza a hacer el mismo ruido que si estuvieran cayendo piedras del cielo. Me asomo a la ventana y está granizando... ¡en julio!

Calculo que debemos estar en Piamonte Alto, seguramente cerca de la frontera con Suiza.

—Dime, Claire, ¿qué opinas de mi vida y de todo lo que pase para llegar hasta dónde estoy?

No dejo de preguntarme si debo de seguir la pantomima o ubicarlo en la realidad.

—No tuviste una vida fácil, Luca, tiene mucho mérito llegar a lo más alto desde abajo.

—Sin ningún tipo de ayuda, Claire, sin un padre rico que me ayudara en nada.

Espero y deseo que no convierta esto en una vendetta personal contra mí por tener un padre millonario. Seguramente la chica francesa asesinada también venía de una familia rica. Trago saliva antes de decir:

—Por eso quise yo hacer este curso. No me parece bien que las personas con dinero sean unos vagos sin oficio ni beneficio. ¿Sabías que gestiono para mi padre varias organizaciones sin ánimo de lucro para ayudar a los más necesitados?

Me lo acabo de inventar pero si eso sirve para que esté tranquilo yo soy Santa Teresa de Calcuta.

—Siempre vi en ti algo distinto, Clarie —dice mientras pone delante de mí un plato con fresas y chocolate. —Sabía que no eras la típica niña bien. Te esforzabas en aprender a pesar de que lo tuyo no es la cocina. —Me pone en la mano una copa que huele a fambruesas. —Es un licor de frutas ideal para acompañar este postre.

Doy un sorbo a la copa y saboreo un líquido espeso, casi gelatinoso, de una dulzura algo cítrica.

—Está delicioso.

—Tienes un buen paladar, seguramente adiestrado en los fantásticos restaurantes de tu padre.

Trago saliva.

—En casa mis comidas eran muy sencillas. Mi paladar no es sabio, pero sabe apreciar una exquisitez.

—Eres muy amable, Claire —. Pone una de sus manos sobre mi cabello y desliza un mechón entre sus dedos. El temblor de mi cuerpo no le pasa inadvertido. —Tranquila, no voy a hacerte daño ¿te parezco esa clase de tipos que obligan a una mujer?

—No, claro que no, pero...

La prudencia me obliga a callar.

—Adelante, dime lo que estás pensando.

—Pero soy tu prisionera.

Da un sorbo a su copa. No tiene prisa en contestar y en los lentos segundos que se toma para paladear el licor me atormenta pensar en la insensatez de mis palabras.

—Sí, lo eres —dice sin pestañear —pero nunca fue mi intención que lo fueras.

—Dime que es lo que esperas de mí, Luca.

—Quiero la receta de la salsa de Sally.

—La tendrás aunque solo puedo decirte qué fue lo que le eché por error, si Sally añadió algo más lo desconozco.

—Eso será suficiente.

Lo veo titubear...

—Y algo más, Claire, no quiero engañarte.

—Nada me asusta y nada me espanta—. Mentira cochina pero voy a hacer lo que haga falta para salir de todo esto.

—Te necesito para pasar la frontera con Suiza.

—Haré lo que necesites que haga para poder salir de esta injusta situación.

—Hablo de mi situación, no de la suya pero me viene bien que entienda lo contrario. Veo la sorpresa en sus ojos. —Creo que eres una víctima de la vida que te tocó, de la clase social que te tocó. Tu único delito es haber querido destacar rebelándote contra una sociedad que no se lo pone fácil a la gente humilde. Tienes talento y voy a ayudarte. Mi padre tiene mucho dinero, Luca, podemos proporcionarte un nombre nuevo y tendrás como plataforma los restaurantes familiares. ¿Qué te parece?

Me mira con fijeza durante segundos. Chasquea la lengua.

—Eres muy inteligente, Claire, pero yo tampoco soy un imbécil. ¿Crees que no sé que tu padre llamaría a la policía en cuanto te dejara en libertad?

Me ha pillado. Se ha dado cuenta de mi juego.

—Muy bien, si no confías en él, confía en mí. Yo te ayudaré a conseguir el pasaporte falso y a cruzar la frontera hasta llegar a Suiza. Mi padre no sabrá tu nombre y te prometo que jamás se lo revelaré. Luca, sé que todo esto se te ha ido de las manos. No estamos en la Toscana. Estamos en Piamonte y tienes la intención de salvar el pellejo y empezar de cero. Tendrás una nueva identidad y una receta revolucionaria. ¿Qué más necesitas para confiar en mí?

Veo como se frota las sienes. Sus ojos pasan de un objeto a otro sin detenerse en ninguno. Aprovecho sus dudas para continuar:

—Tú no mataste a Sally, y nadie puede demostrar que le hicieras daño a la

chica francesa, pero no lo tienes fácil, Luca. Yo te ofrezco salir de esto y confío en que no te vuelvas a equivocar. Sé que solo eres una buena persona la que los acontecimientos se le fueron de las manos. Déjame ayudarte.

Me agarra las manos.

—Cásate conmigo, Claire.

Parpadeo, trago saliva, inspiro profundamente y trato de contener el ritmo feroz de mi corazón.

—¿Casarme contigo para qué?

—Llamarás a tu padre, le dirás que estás conmigo voluntariamente, le pedirás el dinero suficiente para darme una nueva identidad, te casarás conmigo y nos iremos juntos a Suiza. Allí anularemos el matrimonio y te dejaré libre.

Capítulo 19

—No puedo vender a mi hijo —respondió el señor Pignatelli.

Peter Holmes había agotado su último recurso. Ofrecer dinero al padre de Luca para que los llevara hasta él.

—Puede que a usted le preocupa su hijo, Pignatelli, pero es a mi hija a quien tiene cautiva.

El grito traspasa las paredes y cuando Alexander se gira media comisaría estaba mirando.

—Señor Pignatelli, es su obligación colaborar con nosotros. —Dice Alexander. —Igual va a estar retenido a espera de juicio. El señor Holmes pagaría su fianza y cualquier tribunal tendría en cuenta su colaboración en el caso. Su hijo antes o después será capturado porque tiene una orden de captura internacional. Lo más inteligente que puede hacer es colaborar con nosotros.

Peter Holmes suda mientras mira como se desenvuelve Alexander Mckenzie.

—Aunque quisiera no podría ayudarlos, no sé donde está Luca.

—Llámelo, dígame que todo está bien por aquí, que no hay ninguna prueba, hágalo regresar y el señor Holmes pagará su fianza y le pondrá un abogado.

El padre de Luca desliza su mirada por la pared. Alexander contiene la respiración, lo ha visto muchas veces, sabe que se lo está pensando. Si Holmes mantiene la boca cerrada y no lo presiona aceptará el trato. Desde la otra punta de la sala donde están encerrados ve como Holmes abre la boca para decir algo. Le hace una señal rápida. El padre de Claire frunce el ceño pero guarda silencio.

Por fin la tensión se rompe. Pignatelli se vuelve para enfrentar la mirada de Alexander.

—Está bien, acepto con una condición.

Holmes siente como la sangre se le agolpa en las sienes. Maldito bastardo ¿encima de que le pone un abogado y paga la fianza pone condiciones?. Alexander vuelve a hacerle una señal para que permanezca en silencio.

—Dígame cual condición.

—Yo asumo la muerte de Sally y mi hijo también tendrá un abogado pagado por Holmes.

Holmes ya estaba cerrando el puño para dar un golpe en la mesa. Alexander se precipita sobre él y detiene el movimiento.

—Le damos nuestra contestación en cinco minutos —dice Alexander sacando a Holmes de la sala.

—¿Tengo que pagarle un abogado al cabrón que ha secuestrado a mi hija?

—Señor Holmes, nuestra prioridad y desde luego la mía es mantener a Claire a salvo, si Pignatelli acepta su hija estará muy pronto con nosotros. Déjeme hacer mi trabajo y acepte el trato.

Peter Holmes se rasca la frente. Está agotado, es un hombre fuerte pero la tensión y la culpabilidad por haber enviado a Claire a Italia hacen mella en su constitución fuerte. Alexander puede ver las profundas ojeras de cansancio que oscurecen sus ojos cuando dice:

—Está bien, acepto.

Alexander va a abrir la puerta para entrar de nuevo al cubículo de Pignatelli. Holmes lo detiene.

—Dígame que me va a traer a mi hija viva y en perfectas condiciones.

Alexander ve por primera vez la debilidad que se esconde detrás de tanta dureza. Lo entiende. Él tiene el mismo miedo.

—Se lo prometo, Holmes.

Es de noche, una noche oscura en la que no sé que hacer para dejar de sentir inquietud. Luca se mueve de un lugar a otro, igual echa al hogar barras circulares de madera para caldear el ambiente, que mira por las ventanas para comprobar la climatología. Hay una televisión en el salón pero supongo que no la quiere encender por si salen noticias de mi secuestro. Tampoco puedo escuchar música en la radio ni leer el periódico. Ignoro de donde saca la comida que prepara. O él la va a buscar a algún sitio cercano o alguien la trae. Comemos básicamente pasta con alguna salsa que prepara y vino tinto para acompañarla.

—He pensado que te gustaría leer un poco antes de dormir. —Cojo el libro que me ofrece y me acurruco en el sillón de piel frente a la chimenea. —Me podía haber llevado a La Toscana, aquí hace un frío que pela. —Sonríe ante mi ocurrencia.—. ¿Dónde estamos exactamente? —me atrevo a preguntar.

No es que yo sea una valiente, es que ya tengo claro que no quiere hacerme daño, solo desea escapar, huir, empezar de cero. Algo dentro de mí quiere

darle el beneficio de la duda. Él no mató a Sally, estuvo todo el día conmigo y , francamente, dudo que mandara a alguien a hacerlo. Él quería la receta, quería el ingrediente que por error introduje en la salsa. Luca Pignatelli era un ambicioso, no un asesino.

No me atrevo aún a hablar del tema de la chica francesa. En algún momento le voy a preguntar pero me parece pronto.

—Hasta que no tenga mi nueva identidad no voy a decirte nada de nuestra localización. Espero que lo entiendas , Claire, me estoy jugando mi libertad.

—Luca, si eres inocente lo mejor sería que te entregaras y colaborar para que se aclare todo.

—Creo que quieren culparme también de otro asunto turbio, aunque saliera ileso de este se abriría una nueva brecha. Lo mejor es seguir el plan que trazamos.

¿Trazamos? ... yo no tracé ningún plan, yo solo quería salvar mi vida. Ahora entiendo que no corría peligro pero entonces estaba desesperada.

—Tu plan es arriesgado. En cuanto haya un movimiento de cuentas a mi nombre la policía te localizará y entonces tendrás que afrontar un nuevo delito, el secuestro.

—No tendré que afrontar nada si tengo un nuevo nombre y me convierto en ciudadano suizo.

Escucho como llueve fuera. La madera crepita dentro del hogar y el sonido de la lluvia dan un clima de intimidad que favorece la comunicación, bueno, eso y que no hay tele ni internet.

—Estamos en la frontera con Suiza ¿verdad? —No me responde. —Puede que yo sea una niña bien que no haya leído un libro en su vida pero sé perfectamente que en la Toscana no bajan las temperaturas en las noches estivales, mucho menos llueve o graniza. —Luca tensa su mandíbula. Yo no me desanimo. —Por favor, Luca, trata de ser coherente. Para hacer lo que te propones hace falta dinero y contactos, estamos aislados aquí, no lo conseguirás.

Veo como el aire aletea entre sus fosas nasales. Tiene una nariz perfecta y el gesto le favorece. Y pensar que en algún momento pensé que podía tener una relación con él.

Está a punto de decirme algo pero una llamada en su móvil lo interrumpe. Se lo piensa unos segundos antes de contestar. Finalmente responde:

—¿Estás en la calle?

Alguien le responde al otro lado.

—¿Seguro?

Nuevo silencio. Yo estoy disimulando mientras ojeo el libro que me ha traído. Observo por el rabillo del ojo como da unos pasos por el salón y se vuelve a acercarse a la ventana para mirar al vacío de la noche.

—Claire, tenemos que hablar. —Cierro el libro y lo miro. Se acerca a mi asiento y sigue hablando: —Acaba de llamarme mi padre. Dice que no pesa ningún cargo sobre mí, que la policía solo quiere interrogarme pero que no soy sospechoso. Mi padre ha confesado lo que ocurrió aquella tarde en tu casa y ha omitido toda participación por mi parte asegurando que fue allí a buscar la receta por iniciativa propia.

Me vuelve el alma al cuerpo. Eso quiere decir que podemos regresar, sin embargo, Luca no parece feliz.

—¿Entonces podemos volver?

—Si volvemos tendrás que decir que viniste por tu propia voluntad. Dirás que estás enamorada de mí y tendrás que salir conmigo durante algún tiempo para que nadie sospeche.

—Está bien, cuenta con ello.

Luca sonrío y veo sus dientes perfectos y blancos. Es guapo, muy guapo, lástima que no esté muy bien de la cabeza. Y entonces ocurre... no puedo reprimirme, algo en mi interior acaba con la contención, con la prudencia que había tenido hasta ese momento.

—Luca, ¿mataste a la chica francesa?.

Capítulo 20

—Los tenemos —dice el experto en telecomunicaciones sentado frente a un ordenador. —Efectivamente no salieron de Piamonte, están en la frontera con Suiza, cerca de los Alpes.

El señor Pignatelli se echa las manos a la cara y Alexander y Peter Holmes lo escuchan sollozar.

—No debí llamarlo —dice entre lágrimas. —he engañado a mi propio hijo.

Holmes lo mira con desprecio.

—Es lo mejor que ha podido hacer por su hijo —asegura Alexander.

Minutos más tarde es el propio Peter Holmes el que pone una taza de café entre las manos de Mckenzie.

—¿Cómo sigue esto ahora?

—Nos vamos allí con un operativo. Podemos seguir sus movimientos a través de la llamada. Ya no tiene ninguna posibilidad de huida.

—¿Cuánto tardarán en llegar?

—Una hora, hora y media como mucho. —Alexander sonríe con cansancio. —Dentro de dos horas Claire estará a salvo.

Alexander apura el café sin poder evitar torcer los labios en un ademán de desagrado.

—Le eché todo el azúcar que pude para disimular lo malo que está —por primera vez Peter Holmes sonríe. Alexander responde a la sonrisa. —Dígame, Alexander, y dígame la verdad...¿Luca Pignatelli es un asesino?

—No es conveniente que en este momento reciba esa información, señor Holmes, trate de pensar que dentro de muy poco Claire ya estará a salvo.

—Soy un hombre de negocios, Mckenzie, estoy acostumbrado a recibir informaciones desagradables. Si mi hija está en las manos de un asesino quiero saberlo.

Alexander suspira.

—No es un asesino, es un enfermo.

Holmes arquea sus cejas.

—¿Un enfermo peligroso?

—Creo que sí. Tiene un trastorno de bipolaridad.

—¿Es agresivo?

Alexander bajó la mirada con tristeza.

—Sí , puede serlo si la persona que le acompaña no le sigue el juego. ¿Cómo cree que estará Claire, piensa que ella es capaz de seguirle la corriente?

—¿No la conoce lo suficiente para saberlo?

—Me temo que no. Estas situaciones son límites, señor Holmes, nunca se sabe como va a reaccionar una persona. Amo a su hija, estoy enamorado de ella pero no estuvimos demasiado tiempo juntos para saber como puede actuar en esta situación. Confío en que su inteligencia la aconseje bien. Si se lo pregunto a usted es porque es su padre y la conoce mucho mejor que yo.

—Puede que yo tampoco haya estado con ella el tiempo suficiente para saberlo —reconoció Peter Homes con tristeza. —Siempre fui un padre ausente. A mi hija nunca le faltó nada material pero me temo que si mi compañía emocional. Lo único que puedo asegurarle es que es muy inteligente, yo también confío en que sepa manejarse.

Ambos hombre se miran. Ambos tienen un sentimiento en común por la joven Claire Holmes. No hacen falta palabras. Los dos saben que el otro también la ama.

Alexander se levanta y alarga su mano. Peter Holmes se la estrecha con fuerza.

—Se la voy a traer esta misma noche, Holmes.

Capítulo 21

Algo en sus ojos me avisa de que debí callar. Su mirada hasta ahora concentrada en buscar una salida para su situación, ahora tiene un brillo alterado. Veo que su frente está perlada de gotas de sudor...¿de dónde ha salido todo ese sudor si hasta ahora mismo lucía una piel lozana y sin brillos? ... sus movimientos no son acompasados, parece un depredador, me recuerda a un felino enjaulado. Mi pregunta lo ha enjaulado, lo ha puesto en un callejón sin salida del que no sabe como huir y temo que para esa huida me ataque.

—Solo lo quiero saber para ayudarte... todos podemos perder la cabeza alguna vez...¿sabes la de veces que se me pasó por la cabeza matar a mi amiga Jessica?

No tengo ninguna amiga que se llame Jessica pero una vez una vi a una chica hermosa e inteligente despedirse de su amiga, lo recuerdo perfectamente “ adiós Jessica... adiós Esther” , me llamó la atención porque aquella era chiquita de talla pero tenía una cara realmente hermosa, de labios llenos, de ojos grandes y pestañas kilométricas. No era una niña de papá como yo, era una chica de clase humilde, podía verlo por su ropa, y sin embargo, tan hermosa... fue ahí donde me di cuenta que no hay dinero en el mundo que pueda regalar una cara así. Ya sé que es increíble que recuerde esto justo ahora pero así es como funciona la mente humana. Yo hay veces que estoy pensando lo mucho que me gustaría ir a Noruega mientras me están hablando de zapatos...¿qué te puedo decir?

No obstante, lo confieso, las divagaciones de mi mente no consiguen sustraerme del angustiante momento que estoy viviendo. Luca da vueltas de un lado a otro, suda, se mueve de forma inconexa, se sirve una copa, no sé si debo seguir hablando o callar.

—¿Por qué no lo hiciste? ¿ por qué no la mataste?

Soy totalmente consciente de que debo responder bien a esta pregunta, por si se me ocurre olvidarlo los latidos de mi corazón parecen bombear sangre como si no hubiera un mañana, estoy en pánico pero no tengo más remedio que disimular.

—Alguna vez también me lo pregunté yo —lo miro al decir estas palabras, sus ojos ya tienen esa sombra extraña que lo hace parecer otra persona — incluso me imaginé tirando su cuerpo por el mar o algo así.

—Yo no quise matar a la chica francesa, te lo juro Claire —se sienta a mi lado, las manos le tiemblan —ella se puso violenta y me acusó de que le había robado una receta, yo solo me defendí.

—Es tu derecho defenderte si alguien te ataca, Lucas.

Oh dios, se defendió...¿cómo se defendió, que hizo para matarla?

Como si adivinara mis palabras siguió hablando:

—Solo quería darle un bofetón para que dejara de gritar pero ella me estaba golpeando y no tuve otra opción que darle un puñetazo.

Ahora soy yo la que estoy sudando. Estoy al lado de un hombre que ha sido capaz de matar de un puñetazo a una chica. Su cara está desencajada, las órbitas de sus ojos parecen haberse acentuado mientras que los labios, antes llenos y hermosos, están contraídos y parecen más finos y grises como si ya no hubiera sangre en ellos.

—¿Murió por un puñetazo?

—Murió por osada porque en lugar de callarse y entender que debía dejarme en paz me dijo de todo.

—¿Qué... qué fue lo que te dijo?

Por dios que me lo diga para no decírselo yo.

—Me llamó loco. —Mis glándulas salivares deben pensar que estoy comiendo o que tengo mucha sed porque tengo la boca llena de agua y me estoy esforzando mucho en no traga para que Luca no se de cuenta del terror que me producen sus palabras.—. ¿Sabes lo que es que le hayas contado un secreto a una persona confiando en ella y luego te lo escupa en la cara?

—Me doy cuenta de lo mucho que te alteraron sus palabras —digo intentando que no suene como un susurro.

—Era la única chica a la que le había contado en mi vida todos los problemas que había tenido desde mi infancia.

—No tuviste una infancia fácil —le digo tratando de disimular el temblor de mi voz —eso siempre deja huellas imborrables en la personalidad que se forma.

—Va más allá de eso, Claire, no sabes lo difícil que es intentar recuperarse de un trastorno ...

No completa la frase. Me mira fijamente para sopesar el impacto de sus

palabras en mí. Pido silenciosamente al cielo que lo que vea sea lo que espera y no me destroce a mí también de un puñetazo.

Algo me dice que esos problemas son algo más que un dolor pasajero de cabeza, algo relacionado con las emociones.

—Mi amiga Jessica tuvo muchos problemas emocionales y cuando se brotaba no sabía lo que hacía —intento hablar con dulzura —ella se curó gracias a la medicación.

—La medicación es una patraña, Claire, lo nuestro no tiene solución, solo nos mantienen tranquilos porque creen que le haremos daño a los demás. Yo no quiero vivir así el resto de mi vida.

Ahí estaba. Tenía problemas mentales y no se medicaba. ¿Y ahora que se supone que tengo que hacer? ¿Debo decirle que es importante que se tome la medicación, que efectivamente puede hacerle daño a alguien? No, si le digo eso me mata a mí también.

—Claro, te entiendo, no debe ser fácil, la sociedad debería ser mucho más comprensiva con estos temas.

Su gesto se relaja, deja de temblar, suaviza la forma en que tiene agarrada su copa, se gira lentamente hacia mí.

—Siempre supe que eras distinta, Claire. Desde aquella vez en que me dijiste como te enfrentaste en uno de los restaurantes de tu padre a la gente rica para defender a un trabajador supe que eras alguien capaz de entender las flaquezas humanas.

Y juro que lo hago solo porque tengo miedo pero acaricio un mechón de cabello que cae sobre su frente. Él acerca su cara a mi boca, sus labios vuelven a estar llenos y hasta diría que mantiene una leve, levísima sonrisa.

Dejo que me bese, lo hace de una forma dulce como si mi boca fuera un refugio para su amargura. Y entonces sí, entonces llego a sentir la compasión. No me olvido de que soy su prisionera pero una punzada de mí, un matiz pequeño pero profundo se apiada de él.

Coloco su cabeza sobre mi hombro. Él se acopla en ella como si fuera un bebé y mientras se queda dormido en mis brazos, yo miro hacia las ventanas, busco objetos con los que defenderme y trato de buscar una salida.

Capítulo 22

Los coches se van colocando en línea a la casa amparados por la oscuridad de la noche. La vegetación compuesta por arbustos y enormes árboles coníferos tapan el dispositivo policial. En la casa ubicada al pie de la frontera de Italia con Suiza se ve una luz, una sola que debe corresponder al salón o a uno de los dormitorios. La casa no es muy grande, se parece más a una cabaña de ocio en los Alpes suizos que de una vivienda. El pueblo más cercano está a diez kilómetros. No se podía negar que Lucas Pigantelli había escogido bien el lugar. Alexander pensaba que la colaboración del padre que se había hecho pasar por sacerdote había sido fundamental.

La cosa estaba clara para todos. No había habido intención de matar a Sally, la chica norteamericana que había ido a Italia a perseguir sus sueños, no había sido asesinada, había resultado muerta tras un forcejeo con el padre de Luca. El chef era un tipo inteligente a pesar de su trastorno de bipolaridad. Trastorno que ya había sido confirmado por las autoridades sanitarias. No pesaría sobre él la acusación de homicidio de la chica americana, aunque su detención abriría la mecha para un nuevo juicio, el de la chica francesa a la que sí había asesinado. Seguramente saldría bien parado en el juicio gracias a sus problemas psicológicos y la pena sería menor por esta razón. Esa era una de las cosas que más desagradaba a Alexander; la justicia tenía sus escollos. No se podía justificar la muerte de nadie con la excusa de que el otro no estaba bien de la cabeza. Aquella chica tendría padres, hermanos, amigos, quizá un novio y todos ellos se habrían quedado sin ella para siempre, mientras el verdugo podría salir libre en un años por buena conducta solo porque no estaba en sus cabales cuando cometió el delito...una mierda...

La lluvia golpea con fuerza la carrocería de los coches y Alexander teme que el sonido pueda llegar a inquietar a los habitantes de la casa. No podría conseguir meter entre rejas a Lucas pero no olvidaba en ningún momento que Claire estaba con él y que podía ser la última víctima de un trastornado mental. Claire...Claire... Claire... se había metido en su cuerpo y en su corazón que una intensidad que nunca había recordado. Él había amado antes

de Claire pero incluso el sentimiento de la pérdida de su anterior amor había quedado apaciguado con su sonrisa.

Alexander mira al cielo. Cuando era un niño pasaba los veranos en un pueblo de Italia próximo a los Alpes. Conocía bien el clima, le bastaba mirar la disposición de las nubes o respirar la humedad de la noche para vaticinar una tormenta. De momento solo llovía pero faltaba muy poco para que empezaran a sonar los truenos y los relámpagos quebraran el cielo. Todos parecen animales agazapados, esperando el momento de tirarse sobre su presa, pero todos esperan la señal de Alexander para empezar a caminar hacia la casa armados.

Alexander contempla como el humo del cigarrillo se evapora mezclándose con la oscuridad de la noche. Apenas unas caladas más y se escuchará el primer trueno....

He dejado a Luca apoyado sobre el sofá. Está durmiendo como un niño. Hay algo en él que me despierta ternura. Una lucha se ha desatado en mi interior... no sé si estoy con un asesino o con un enfermo mental... no es lo mismo...¿o sí?

Quisiera poder saber que es lo que está pensando mi Romeo...¿dónde está? ¿por qué no viene a salvarme? En todas las novelas de amor que he leído el enamorado salva a la princesa en apuros... vale... pues yo soy en este momento una princesa en apuros y mi Romeo no está por ningún lado. Me temo que ese tipo de novelas son pura fantasía. Hoy en día las mujeres tienen que salvarse a sí mismas. Algunas incluso salvan a los hombres. Como han cambiado las cosas.

La vida es un carrusel. Igual puedes ser una rica heredera ociosa que una prisionera en los Alpes Suizos. Igual puedes hacer el amor en la Fontana Angélica que estar tratando de salvar tu vida en una cabaña bajo la lluvia. Igual puedes estar enamorada que preguntándote donde demonios está el que se supone que te tiene que salvar.

Pero voy a decir la verdad; yo no le echo la culpa a Alexander de nada. Es cierto que me previno para que no saliera a la calle. Tal vez debía haberme avisado de la situación de peligro real que corría. Aunque debo decir que para mí que no era tanta la cosa puesto que yo sabía que Luca no había matado a Sally. No lo había podido hacer porque mientras se produjo el delito estaba conmigo.

No voy a fingir más y a callar lo que siento por Alexander. Puede que no

salga de aquí viva con lo que ya no hay razones para negarlo, para rechazar la idea. Las imágenes de nuestra última mañana juntos en Turín vienen a mi mente una y otra vez mientras compruebo las ventanas analizando la posibilidad de una huída. ¡Todas cerradas! Y yo no dejo de pensar que por lo menos si muero he experimentado el amor verdadero, he sabido lo que es amar más allá de la piel de alguien, he comprobado que la magia existe.

Un trueno rompe el monótono repiqueteo de la lluvia contra el techo de la casa. El primero de la noche. Ya he pasado las suficientes noches aquí para saber que ahora empieza de verdad la tormenta. Los días son calurosos en verano en el Alto Piamonte, pero las noches pueden ser muy frescas con lluvias y tormentas.

Tercer trueno... lo amo ... amo a Alexander... no sé si él me ama a mí pero yo lo amo a él locamente como jamás he amado a nadie en mi vida. Estoy sola, ya lo sé, me tengo que salvar yo sola, también lo sé, pero lo amo, lo amo, lo amo...

Alexander aplasta el cigarrillo contra la tierra mojada por la lluvia. Las luces de los coches permanecen apagadas. La tormenta arrecia y es el momento. Da la orden a sus hombres y comienzan a caminar sigilosamente hacia la casa. Un enorme trueno hace temblar la tierra.

El último trueno ha hecho que Lucas se remueva en el sillón. No dejo de comprobar cada ventana. Tal vez pueda dejarme caer desde la planta alta de la casa. Luca se vuelve a mover. Si quiero intentar huir debo hacerlo ahora. Creo que es el momento porque ya sé que Luca no está bien. Sé que no está en sus cabales. Vuelvo a sentir una punzada de compasión pero no puedo poner en riesgo mi vida por lástima.

Voy a la parta alta de la casa. Enciendo la luz...

Todos se detienen esperando nuevas órdenes cuando ven como se van encendiendo las luces de la casa. ¿Qué está pasando allí dentro? Es imposible que los hayan detectado con la lluvia que cae.

Luca gira la cabeza sobre el reposabrazos del sofá. Algo le inquieta. ¿Dónde está Claire? Él confía en ella. Adivina algo distinto que nunca antes había visto en otra mujer, ni siquiera en la chica francesa de la que se enamoró. Claire tiene un corazón más grande que sus ojos y estos ocupaban media expresión de su cara.

Se levanta del sofá...¿no se ha escuchado algo arriba... algo así como cristales?

Acabo de romper el cristal de una ventana con un objeto envuelto en mi suéter. Tengo la piel erizada. El frío suizo ya se nota en mis huesos. Joder, y eso que estamos en verano. Ya estoy arrepentida de mi plan. ¿Cómo voy a sobrevivir medio desnuda y malherida por la caída en las noches suizas? Además, en las pelis se ve muy fácil cuando alguien dice “apártate” y coge un objeto para romper una ventana. Los cojones marineros... me ha costado tres golpes y un poco más y me dejo la mano en el intento. El hilo de sangre que brota de los cortes de mi brazo son una prueba de que en las películas todo es mentira.

He escogido una ventana alejada del salón donde Luca duerme y he calculado la distancia con el suelo para no romperme ningún hueso en la caída, pero aún así tengo mis dudas, tengo miedo...

Todos miran a Alexander. Acaban de escuchar algo parecido a la rotura de cristales. ¿Estarán discutiendo dentro?

Luca se frota los ojos ... tiene que volver a la realidad. El sonido que ha escuchado lo reconoce como un cristal roto y Claire no está con él. Su corazón dispara adrenalina. ¿Estaría su chica intentando huir? Le había prometido que cambiaría de identidad y se casaría con él en Suiza. Él era un hombre de palabra. Le había dicho que la dejaría libre una vez que estuviera a salvo en otro país y con otro nombre. Era cierto que la idea de no dejarla ir se había posado varias veces en su pensamiento porque Claire tenía todo lo que él siempre había buscado en una mujer, pero luego había deshecho la idea. No podía fallarle también a ella.

Agita la cabeza para espantar esos pensamientos y sube a la parte alta de la casa.

Un figura se mueve como a unos cuatro metros en una ventana. Efectivamente el ruido que todos han escuchado era el de un vidrio roto. Los ojos de Alexander lagrimean bajo la tormenta intentando identificar la figura. Fuera quien fuera, había sido muy inteligente al dar los golpes en el vidrio acompañándolos con el sonido de los truenos.

Ordena que avancen un par de metros más en la oscuridad.

Todos contienen la respiración cuando ven aquella figura inequívocamente femenina saltar desde la ventana rota.

Alexander Mckenzie siente una punzada en el corazón... Claire Holmes acaba de tirarse por una ventana.

Capítulo 23

Una vez leí que cuando caes de un sitio que tiene mucha altura te da un infarto, la impresión de que ya no hay vuelta atrás en lo que acabas de hacer te produce un paro cardíaco. Bueno... pues este no es mi caso. Voy cayendo y los segundos parecen horas y en ese trayecto de tres metros de la ventana al suelo pienso que me voy a romper una pierna, un brazo o peor aún, la espalda, tal vez el dolor sea insoportable, puede que me de un mal golpe en la cabeza, incluso puedo morir... o quedarme parálitica...¿por qué me he tirado? Pero como sucede en las caídas desde alturas mucho más vertiginosas es tarde... mi cuerpo se precipita inexorablemente al suelo. No hay nada que pueda hacer para frenar la situación.

Hubiera podido calcular mejor el ángulo de caída si no hubiera sido porque Luca ha entrado en la habitación y ha dicho:

—¿Qué coño te crees que estás haciendo?

Y en ese instante, temerosa por si me mataba como hizo con la chica francesa (algún día me enteraré de su nombre si sobrevivo a la caída), me precipité al vacío. Seguramente estoy sonando exagerada. No le voy a pedir a nadie que se tire de tres metros hacia abajo para comprobar el estado de pánico en el que entras pero, obvio, estoy aterrada. Miro hacia arriba y Luca está asomada a la ventana. Mi último pensamiento antes de sentir el tremendo y horrible impacto es que pensarán que fue él el que me empujó.

Alexander corre hacia mi cuerpo. Yo ya no noto nada, no siento nada, me he hecho mucho daño en el brazo izquierdo, mucho, no recuerdo un dolor más grande en mi vida, es tan grande que a pesar de que intento mantener los ojos abiertos para ser consciente de lo que ocurre a mi alrededor puesto que mi sexto sentido me avisa de movimientos y voces que antes no estaban, no consigo que los párpados se mantengan abiertos. Una espesa nube negra cargada de lucecitas baila alrededor de mi cara. Estoy perdiendo el conocimiento. El dolor insoportable que siento ha debido dar una aviso a mi cerebro porque mis neuronas no son capaces de registrar tanto dolor y están provocando un desmayo. No me he desmayado jamás en mi vida pero la

sensación no es nada agradable.

Ya tengo los ojos cerrados. Siento que alguien cambia mi cuerpo de posición. Escucho voces pero son una letanía. En ese estado de semi inconsciencia no puedo distinguir lo que dice la persona que ha debido acurrucarme sobre su pecho porque tengo una sensación cálida y conocida.

¿Será Alexander? ¿Será mi príncipe azul...mi Romeo?

Termino de caer en un abismo oscuro y silencioso mientras que mi cabeza se ríe ante el pensamiento de que al final sí ha sido como en una película.

—Claire, mi amor, por favor, abre los ojos, dime que estás bien.

Alexander pone su mano en el cuello de Claire para observar su pulso. Respira tranquilo cuando nota un pulso poderoso latiendo tras la frágil piel.

—Está desmayada. Llamen en seguida a un equipo médico y traigan una manta.

Dos policías han entrado en la casa tirando la puerta abajo mientras Luca Pignatelli grita desde la ventana.

—Yo no he sido, lo juro, no he sido, ella se ha tirado.

Luca no trata de huir cuando los hombres lo apresan. Repite una y otra vez que no ha sido. Alexander lo ve salir de casa esposado. Luca lo mira y grita.

—No he sido yo, Mckenzie, jamás haría daño a alguien como ella.

Las luces de la ambulancia destellan al llegar junto a ellos y dos médicos empiezan a examinar a Claire Holmes.

—Solo tiene el brazo roto y magulladuras por todo el cuerpo, nada grave —dicen dirigiéndose a Alexander—. No despertará hasta dentro de un buen rato porque la hemos sedado pero está bien. Ha tenido mucha suerte.

—No creo que sea solo suerte. Esperé a escapar un día de tormenta para que la tierra estuviera blanda, rompió el cristal al tiempo que sonaban los truenos, supo mantener calmado a Pignatelli... creo que se trata más de inteligencia que de suerte —responde Alexander sonriendo.

Era justo reconocer que solo una persona llena de templanza hubiera podido mantener a Luca a raya, solo conservando la tranquilidad era posible pensar y esperar el momento adecuado para tratar de ponerse a salvo. Tal vez no había estado muy afortunada al llevar tan poco ropa puesto que era muy difícil que hubiera podido huir por la zona alpina con sus descensos bruscos de temperatura pero nadie salvo ella sabía lo que había ocurrido allí dentro. Era muy posible que algo la hubiera asustado antes de coger más abrigo y precipitara su caída. Su mente de policía estaba segura de que había sido ese

el motivo por el que no había calculado mejor la caída.

Alexander sentía como el orgullo por Claire Holmes llenaba su pecho de paz. Era hermosa, era valiente, era inteligente... era perfecta.

Capítulo 24

Me despierto con el cuerpo tranquilo sobre algo blando. Me cuesta trabajo abrir los ojos. La conciencia va llegando a mi mente poco a poco. Estaba en lo alto de la ventana y Luca entró, entonces fue cuando el pánico se apoderó de mí. Yo había mirado de que manera podía bajar apoyándome en los salientes de la fachada y con la tranquilidad de que había escogido un lugar donde el agua hacía charcos y garantizaba una tierra húmeda... bueno... la tierra es tierra en todas partes pero no es igual la caída de tres metros de un cuerpo sobre tierra fangosa que sobre asfalto.

Es curioso que con los ojos aún cerrados piense amargamente en todas aquellas personas que deciden acabar con su vida de una forma tan dolorosa, y cuando digo dolorosa me refiero a que duele de verdad, no es algo metafórico por la pérdida, es que duele que te cagas el impacto. Si a mí en solo tres metros y con tierra mojada me produjo tal dolor ¿qué dolor no sentirán los que se precipitan al vacío y se hace añicos?

Todos estos pensamientos deben ser efecto de la sedación que estoy segura que me pusieron. No debe haber pasado mucho tiempo desde que me tiré de la ventana al escuchar a Luca preguntarme que coño estaba haciendo. Tal vez horas.

Mi cuerpo parece flotar e intento un movimiento... bien... se mueve. Estoy viva y a salvo.

Agudizo el oído. Alguien habla cerca de mí. Las manos de alguien me acarician el cabello, los labios de alguien me besan la frente, los dedos de alguien se entrelazan entre los míos aún laxos...

—¿Romeo?

Me ha costado trabajo pronunciar su nombre y yo creo que ha sido solo un susurro. Mi cuerpo continúa volátil aunque siento una pesadez en el brazo.

—Claire, estoy aquí, mi amor, intenta abrir los ojos.

¿Es la voz de mi Romeo, verdad?...¿al final me salvó como en una película de amor?

Me esfuerzo en abrirlos pero son como dos losas de plomo. Lo consigo.

Enfoco a mi alrededor. Ahí está, es él, mi Romeo, mi hombre guapo y maravilloso, el sanote muchacho de Florida que fue a Italia para estudiar cocina... ¡qué mentiroso, como me engañó!

—Y todo esto por echarle canela india a la salsa carbonara...

Una carcajada tintinea a mi alrededor. Siento sus labios mojados sobre los míos. Es una dulzura de sabor...

Epílogo.

Un mes más tarde.

Texas.

—¿Todavía estás aquí? Te recuerdo que te casas en dos horas.

Anna me mira con los ojos abiertos como platos mientras yo sirvo otro plato en el comedor social que gestiono. Ironías de la vida... Mi padre tiene una cadena de restaurantes y yo le doy de comer a la gente más necesitada.

—Además —continúa Anna —ya haces bastante con manejar los números para que todo esto funcione ¿es necesario que además sirvas los platos cada vez que tienes un rato?

—Me gusta enterarme de la vida de cada una de las personas que vienen a comer. ¿Sabías que muchos de ellos son personas que han estudiado algo? Puede que incluso podamos darles un puesto de trabajo en nuestros restaurantes.

—Que tu padre no oiga eso, por favor.

A papá no le parece bien que esté aquí. Dice que sí, que hay que darle de comer a todo el mundo, que está muy bien, pero sigue teniendo ese punto clasista que a mí no me gusta. He aprendido que a las personas hay que aceptarlas y quererlas como son. Mantenemos sanas discusiones intercambiando puntos de vista encontrados pero al final él tiene su manera de pensar y yo la mía. Ambos nos respetamos y creo que, en el fondo, se siente orgulloso de mí.

Alexander detiene su coche y entra con una sonrisa que ilumina el comedor entero. Llega hasta donde yo estoy y me besa delante de todo el mundo. Siempre me han gustado los hombres que no esconden sus sentimientos delante de los demás para parecer más machos. Es una idea absurda. Las mujeres amamos más a los hombres que nos tratan bien que a los que se comportan como si no les importáramos. Por lo menos las mujeres maduras entre las que quiero creer que yo me cuento.

—¿No sabéis que da mala suerte que el novio vea antes de la ceremonia a

la novia?

Alexander y yo nos reímos, con lo que hemos pasado juntos todas esas supersticiones no pueden más que darnos risa.

—Pues va a ser difícil porque me voy a preparar para casarme en casa de mi novia.

—Tanto progresismo empieza a resultarme intolerable , vámonos ya — responde Anna.

Alexander y yo no nos separamos hasta una hora antes de la ceremonia.

Entro en la habitación y mi vestido con cuerpo de pedrería y escote princesa me espera en una percha. Regalo de mi padre y de Anna. ¿Ah, que no lo he dicho? Anna y mi padre son pareja. Mira que calladito que se lo tenían.

Al lado de la percha que sostiene mi vestido cuelgan los de Antonella y Anna, vestidos de damas de honor en un color malva suave con cristales de Swarovski incrustado en el talle y unas flores naturales engarzado en la cintura.

La falda de mi vestido camina por sí sola, o esa es la sensación que me da a mí mientras camino por una alfombra de color rojo que lleva hasta el altar donde me espera el hombre más guapo del mundo.

Haciendo honor a mi torpeza sonrío creyéndome que estoy en una película de amor con final feliz y doy tremendo traspié que casi me lleva al suelo. Ha sido el brazo de mi padre el que ha sostenido mi peso. Alexander está a punto de abandonar el altar para cogerme pero se detiene cuando ve que sigo avanzando.

Llego al altar y entonces es cuando veo relajado a mi Romeo... tiene la extraña idea de que tengo un imán para meterme en líos...

—¿Acepta a Alexander Mckenzie para amarlo, honrarlo, respetarlo y serle fiel por el resto de su vida?

El resto de mi vida me parece que es un tiempo demasiado largo pero prometo amarlo mientras mi corazón y mi cuerpo sientan que lo aman. Naturalmente no expongo mis pensamientos en voz alta. Amo a Alexander con mi vida. Claro que prometo amarlo, de hecho es que lo amo.

—Acepto.

Los labios de Alexander se ensanchan en una sonrisa blanca. Creo que temía que dijera alguna de mis parrafadas.

—Sí , quiero.

Un momento...¿cómo es posible que el cura haya dicho toda su

parafernalia mientras yo me quedaba pensando lo bien que le cae el cabello sobre la frente a mi chico?

—Puede besar a la novia.

Y nos besamos, mucho, despacio, como si nadie nos mirara, como si estuviéramos solos, como si volviéramos como aquella noche a la Fontana Angélica e hiciéramos el amor bajo las estatuas alegóricas de las estaciones del año.

Nos besamos por siempre y para siempre...